

Leyendas del agua en México



Andrés González Pagés



Leyendas del Agua en México



Andrés González Pagés

Prólogo de Daniel Murillo Licea

Autor de la versión de "Tajín y los Siete Truenos" aquí incluida: Felipe Garrido.

Leyendas del agua en México

IMTA

Coordinación de Desarrollo Profesional e Institucional

México, 2006

398.272 González Pagés, Andrés
G64 Leyendas del agua en México / Andrés González Pagés.- Jiutepec, Morelos: IMTA, 2006.
140 pp. 21.5 x 28 cm
Incluye bibliografía
ISBN 968-5536-65-1
1. Agua 2. Leyendas mexicanas 3. Folclore 4. México

Coordinación editorial:
Instituto Mexicano de Tecnología del Agua,
Coordinación de Tecnología de Comunicación,
Participación e Información
Subcoordinación de Editorial y Gráfica

Cuidado de edición:
Antonio Requejo del Blanco.

Ilustraciones:
Carlos Parra Sánchez.

Diseño de diagramación y portada:
Óscar Alonso Barrón.

Fotografía:
Daniel Murillo.

Primera edición: 2006.

CP-0601.1.5

D.R. © Instituto Mexicano de Tecnología del Agua
Paseo Cuauhnáhuac 8532,
Progreso, Jiutepec, Morelos
CP 62550
MÉXICO

Permiso por escrito de Norma Ediciones, S. A. de C. V., 2005.
“Tajín y los Siete Truenos”, texto de Felipe Garrido.
© Felipe Garrido, 2003.

Permiso por escrito de Editorial Everest, S.A., 2005.
“Hapunda” (variante purépecha) y “El puente de los carmelitas”, referidas por José Corona Núñez.
“Los árboles que lloran”, referida por Luis Rosado Vega.
“Leyenda de la laguna de Tequesquitengo”, colaboración de Antonio García Montaña.
“El pez que cenó San Juan”, de Andrés Henestrosa.
“Ndareje”, referida por Julio Garduño Cervantes.
“Marina”, de Justo Sierra Méndez.

Cuarta de forros: Reelaboración de un fragmento del mural de Tepantitla, Teotihuacan, conocido como el “Tlalocan”, por Carlos Parra Sánchez.

ISBN 968-5536-65-1

Impreso en México – *Printed in Mexico*



Contenido

PRÓLOGO: AGUAS DE RECUERDO, AGUAS DE LEYENDA, O DE CÓMO LAS AGUAS CONCENTRAN, EN SU CORRIENTE, REMOLINOS DE MEMORIA

Daniel Murillo Licea

<i>Aguas introductorias</i>	7
<i>Las aguas antiguas</i>	9
<i>Las aguas coloniales</i>	16
<i>Las aguas de hoy</i>	21
LEYENDAS PREHISPÁNICAS	31
<i>Nahui Atl: el Cuarto Sol, o Sol de Agua</i>	33
<i>Hapunda</i>	39
<i>Tajín y los Siete Truenos</i>	43
<i>Los árboles que lloran</i>	51
<i>El Tlalocan, o Paraíso de Tláloc</i>	57
LEYENDAS COLONIALES	63
<i>El puente de los carmelitas</i>	65
<i>Cuando se cambió el mundo, o cuando cayó el diluvio</i>	73
<i>El manantial de la Alcantarilla</i>	77
<i>El origen del lago de Tequesquitengo</i>	81
<i>El pez que cenó San Juan</i>	87
LEYENDAS MODERNAS	91
<i>La Llorona</i>	93
<i>Las golondrinas de agua del Salto de San Antón</i>	99
<i>Ndareje, Río Lerma</i>	105
<i>Marina</i>	109
<i>Popchón y Xulubchón</i>	115



Prólogo

AGUAS DE RECUERDO, AGUAS DE LEYENDA, O DE CÓMO LAS AGUAS CONCENTRAN, EN SU CORRIENTE, REMOLINOS DE MEMORIA

Daniel Murillo Licea

Aguas introductorias

El libro que tiene en sus manos el lector es una muestra de la amplia variedad de leyendas que existe en México en torno al agua, en tres momentos históricos: el prehispánico, el colonial y la época actual. Está armado de esa manera, pero también tiene un eje que lo atraviesa, y es el de las concepciones y la relación del agua y el ser humano, a través de la tradición oral y la recreación de los relatos que realiza el compilador-autor, Andrés González Pagés. Las leyendas son como grandes tejidos: se entrelazan los hilos de la memoria, del recuerdo, de lugares, dioses, personajes y acontecimientos.

El agua siempre ha estado presente en la cosmovisión de los pueblos de tradición mesoamericana, desde el mítico Tlalocan, el paraíso de Tláloc, hasta las leyendas sobre seres sobrenaturales que producen agua en los pueblos actuales indígenas. En el México prehispánico el agua era un elemento con el que había que convivir; así, puede decirse que existía una comunicación entre el hombre y la naturaleza: los dioses entraban en esa relación.

El agua es origen, del agua se levantaron los Bacabes que sostuvieron el cielo, en la cosmovisión maya antigua; después del diluvio los seres humanos actuales aparecieron, para varias culturas mesoamericanas. Tláloc y Chalchihuitlicue gobernaron las aguas celestes y subterráneas, mientras que los antiguos mayas hablaban del Cauac, el monstruo del cielo y la vieja diosa roja quienes, en presencia de un Bacab negro, derramaron aguas sobre la tierra, como aparece en la página 74 del *Códice Dresde*.



Ilustración 1. Tejer los recuerdos, contar una historia.

Hay una diversidad de historias contadas acerca de dioses del agua, de lugares relacionados con el agua, en fin, de la existencia humana ligada a las aguas, la lluvia, los diluvios, las inundaciones, los vientos, los relámpagos, los rayos y los lugares sagrados, las cuevas, las entradas al paraíso de Tláloc, a los cenotes, lagunas, manantiales, montañas. La creación del mundo para los pueblos mesoamericanos siempre estuvo ligada al agua: de hecho, el mundo estaba sobre el agua, el Cemanáhuac, para los nahuas antiguos y actuales; pero no sólo en la cultura nahua, sino en otros pueblos mesoamericanos también. Como me mencionó un indígena tzotzil: “Encima del mar está el cerro y ahí está el *Anjel*.”¹

1 Salvador Díaz López, entrevista realizada en 2004, en la comunidad tzotzil de Pozuelos. El término es acentuado de tal forma que la palabra se convierte en aguda, dejando para el castellano la pronunciación de la cual deriva: “Ángel”.



El mundo se encuentra rodeado por agua. La tierra es un espacio en el que se encuentran los movimientos fríos y calientes, lo femenino y lo masculino, las aguas subterráneas y las de lluvia, las celestes.

El agua se desliza entre la tradición oral, a través de mitos, leyendas y cuentos. Los pueblos mesoamericanos actuales mantienen una oralidad viva y en las historias que se cuentan el agua aparece, en repetidas ocasiones, como un elemento importante, lleno de significación y de simbolismos.

La recuperación de leyendas es un puente entre la memoria, la tradición y el simbolismo. En las culturas indígenas se mezclan, entonces, la historia y el mito. Este libro es, pues, un enlace entre la memoria, la historia, el mito, la leyenda y la tradición, al estilo particular y literario del escritor Andrés González Pagés. Tabasqueño, originario de tierras mayas-chontales-olmecas, González Pagés tiene la invención en la punta de su pluma. No en balde ha escrito 17 libros de cuento, ensayo, guión cinematográfico y varia invención. Ahora es nuestro guía en este asomo al mundo de las leyendas prehispánicas, coloniales y actuales.

Las aguas antiguas

Para los antiguos aztecas el agua fue creada por Quetzalcóatl y por Huitzilopochtli, en el comienzo del mundo.² Junto con el agua, los dioses crearon al Cipactli, un enorme lagarto que aparece en varios códices y que representa a la tierra. De ahí que en varias imágenes se observen unas grandes fauces que salen de la tierra y que devoran. Para los antiguos mayas:

... la tierra se concebía igualmente como un lagarto o cocodrilo (Itzam-Na) que flotaba sobre un mar inmenso. También en este caso Itzam-Na tenía valor celeste y terrestre: como divinidad celeste regaba con su lluvia la tierra, mientras que como divinidad terrestre constituía el suelo fértil que generaba la vegetación.³



Ilustración 2. El gran diluvio (página 74 del *Códice Dresde*).

2 *Historia de los mexicanos por sus pinturas*, Conaculta, México, 2002. El libro se atribuye, no sin ciertas dudas, a fray Andrés de Olmos.

3 Alcina Franch, José, "El agua en la cosmovisión mexicana", *El agua. Mitos, ritos y realidades*, Anthropos-Diputación Provincial de Granada, España, 2003.



Ilustración 3. Tlaloc, con su cetro en forma de rayo, sobre el Cipactli (página 4 de *El Tonamát de los Pochtecas*).

Regresando a los antiguos dioses mexicanos, Quetzalcóatl y Huitzilopochtli se unieron a sus hermanos, a Tlatlahuiqui Tezcatlipoca y a Yayauhqui Tezcatlipoca —éste último el más poderoso de todos— para crear a los dioses del agua, el gran Tlaloc y a su esposa, Chalchiuhtlicue, quienes vivían en el Tlalocan, un lugar descrito como “cuatro cuartos, y en medio un gran patio, do están cuatro barreñones grandes de agua”⁴ y donde se mantenían todas las aguas de la tierra. Había aguas de lluvia, aguas malas, aguas que provocaban heladas y aguas que no dejaban crecer las semillas.

El Tlalocan era conocido, también, por tener una abundancia de alimentos; era la morada de los que perecieron ahogados o como consecuencia de algún percance relacionado con el agua o los muertos por rayos. El paraíso del Tlalocan era un lugar privilegiado donde, según los Murales de Tepantitla, ubicado en Teotihuacán, se practicaban juegos y deportes, se jugaba, se nadaba y se recitaba poesía. Existían allí también animales y había árboles y vegetación. Laurette Sejourné⁵ dice sobre los murales de Tepantitla:

Esta tierna imagen de la Creación está encerrada en un cuadrilátero formado por dos cuerpos de serpientes entrelazados, recubiertos de signos de agua y de cabezas de Tlaloc.

Según el antropólogo López Austin,⁶ el Tlalocan es un depósito de agua en el que también hay árboles y en el que se encuentra un árbol mítico, el Tamoanchan. Una historia acerca del Tlalocan, recreada por el autor Andrés González Pagés, está incluida en este libro: “El Tlalocan o paraíso de Tlaloc”.

Pero Tlaloc y Chalchiuhtlicue no podían regar la tierra solos. Por ello tenían sus “ministros”, llamados tloloques y que eran quienes viajaban por el mundo y hacían llover. Así, Tlaloc fue conocido como el dios de la lluvia y Chalchiuhtlicue como la diosa de las aguas subterráneas, aguas terrenales como manantiales y lagunas. Para la cultura maya, Chac era quien gobernaba las aguas y tenía, a su vez, ayudantes, los chaques. La esposa de Chac para los mayas era Ixchel, quien también era

4 *Historia de los mexicanos por sus pinturas*, p. 29.

5 Sejourné, Laurette, *Pensamiento y religión en el México antiguo*, FCE, México, 1994, 11a. reimpresión.

6 López Austin, Alfredo, *Tamoanchan y Tlalocan*, FCE, México, 2000.



diosa de la luna, de los partos y de la tierra.⁷ Los ayudantes de los dioses fueron llamados de distintas formas, de acuerdo con las distintas culturas prehispánicas. Por ejemplo, los totonacos hacían referencia a los truenos, como se puede leer en la recreación de la leyenda “Tajín y los siete truenos”, que aparece en este mismo volumen.

Hubo cuatro eras antes de la nuestra. En la primera los humanos fueron devorados por jaguares; en la segunda, fueron destruidos por el viento; en la tercera, por fuego; el cuarto sol fue el de agua, y duró 52 años. Nuestra era actual pertenece al quinto sol, Ollin, el sol de movimiento. También en este volumen aparece una recreación sobre la leyenda del sol de agua, el cuarto sol.

En este quinto sol, del agua dependía la vida en la tierra, los sembradíos, los años buenos, pero no sólo para los aztecas y los mayas. Muchas ciudades antiguas se fundaron cerca de cuerpos de agua, lagunas o ríos.

Ciudad (denominación actual)	Cuerpo de agua	Ubicación actual
Tzintzuntzan	Lago de Pátzcuaro	Michoacán
Chupícuaro	Río Lerma	Guanajuato
Tenochtitlan	Lagos del valle de México	Ciudad de México
Tizatlán	Río Zahuapan	Tlaxcala
Tula	Río Tula	Hidalgo
Las Pilas	Río Cuautla	Morelos
Xochicalco	Río Amacuzac	Morelos
Cholula	Río Atoyac	Puebla
Yohualichan	Río Apulco-Tecolutla	Puebla
Tamuín	Río Pánuco	San Luis Potosí
Castillo de Teayo	Río Tuxpan	Veracruz
Tres Zapotes	Río Papaloapan	Veracruz
La Venta	Río Tonalá	Tabasco
La Organera-Xochipala	Río Mezcala	Guerrero
Zaachila	Río Atoyac	Oaxaca
Chiapa de Corzo	Río Grijalva	Chiapas
Izapa	Río Suchiate	Chiapas
Yaxchilán	Río Usumacinta	Chiapas
Edzná	Río Champotón	Campeche
Dzibanché	Río Hondo	Quintana Roo

7 De la Garza, Mercedes, “Introducción”, *El Chilam Balam de Chumayel*, Conaculta, México, 2001.



He dicho que los mitos se confunden con la historia prehispánica, ya que existen hechos que se ven reflejados en el arte mesoamericano antiguo y que corresponden a una versión de los hechos históricos. Un lugar mítico, del que partieron los aztecas en su gran peregrinar, era llamado Aztlán, lugar que tenía “enmedio de él un cerro, del cual sale una fuente que hace un río”.⁸ Aztlán y Chicomoztoc, las Siete Cuevas, forman parte del origen del pueblo azteca. Ambas tienen que ver con el agua: una, Aztlán, ha sido representada en los códices como un cerro rodeado de agua, por ejemplo, en el *Códice Aubin* o en el *Códice Boturini*. De las cuevas de Chicomoztoc, también puede decirse que forman parte de un cerro o montaña que, en la cosmovisión prehispánica, está lleno de agua.

Por su parte, los purépechas también tenían un lugar sagrado, conocido como Calchiuhtlapazco, que significa “en el cajete de piedra verde preciosa” y es:

... la patria originaria, la caverna primitiva, al agujero de donde salió el género humano. Pues bien, si esto se califica aquí de “cajete de piedra verde preciosa”, en el fondo la idea es que estos hombres salieron del agua, del mar del este.⁹



Ilustración 5. La mítica ciudad de Aztlán (*Códice Aubin*, lám. 3r.).

8 *Historia de los mexicanos por sus pinturas*, p. 45.

9 Seler, Eduard, “Los antiguos habitantes de Michoacán”, *Relación de Michoacán*, Colegio de Michoacán, Zamora, 2000, p. 158.



Existe otra ciudad nahua mítica que fue denominada como Tollan, “Entre juncias”, y que estaba cerca de un lugar de agua. La ciudad tenía un cerro, el Monte del Grito, y era la ciudad de Quetzalcóatl. Durante años varias ciudades recibieron el mote de Tollan: Teotihuacan, Tula, Cholula, Tenochtitlan.¹⁰ Tula fue la ciudad donde Huémac, uno de sus gobernantes, ganó una partida a los tlaloques y, por no aceptar el elote que le ofrecieron como ganador, la ciudad sufrió una helada y después, un periodo de fuertes sequías.¹¹ La ciudad de Tula sucumbe cerca del 1200 d.C., pero se da una profecía para la fundación de una nueva ciudad: México-Tenochtitlan. El augurio conocido decía que se encontraría un águila devorando una serpiente sobre un tunal, lugar que vino a ser la cuenca de México. Sobre este lugar, nos dice Teresa Rojas:¹²

Pero, como mucho se ha reiterado, la Cuenca de México no era un valle ni el lago era un solo lago. Se trataba más bien de un sistema compuesto por cinco subcuencas con espejos de agua someros y fondos relativamente planos, con secciones pantanosas y con lagunetas, que ocupaba entre 800 y 1,000 km² de superficie. Esos cinco lagos adquirieron los nombres de las poblaciones vecinas más importantes, cuya orilla se encontraba a una altura promedio de 2,240 msnm. El conjunto, de alturas ligeramente diferentes, funcionaba como un sistema de vasos comunicantes que confluía en el de Texcoco, el central y el más bajo de todos.



Ilustración 4. El Tlalocan.
(Murales de Tepantitla).

10 López Austin, Alfredo y Leonardo López Luján, “Tollan y su gobernante Quetzalcóatl”, *Arqueología Mexicana*, vol. XII, núm. 67, mayo-junio de 2004, pp. 38-43.

11 “Leyenda de los soles”, *Mitos e historias de los antiguos nahuas*, Conaculta, México, 2002.

12 Rojas Rabiela, Teresa, “Las cuencas lacustres del altiplano central”, *Arqueología Mexicana*, vol. XII, núm. 68, julio-agosto de 2004, pp. 20-27.



En este conjunto de lagos, los antiguos mexicanos supieron establecerse, hacer diques para controlar las inundaciones en sus ciudades y construir chinampas. Tenían una relación con su entorno, con su medio ambiente. Muchas obras hidráulicas fueron realizadas en varias ciudades, no solamente en el centro de México. En Palenque, Chiapas, hay un acueducto para controlar las aguas de las crecientes del río que atravesaba la ciudad. En Yohualichan, Puebla, también se aprecia un conjunto de pirámides totonacas que fueron construidas de acuerdo con un manantial y obras realizadas para su aprovechamiento. En Chupícuaro, Guanajuato y en Hierve el Agua, Oaxaca, hubo canales construidos para irrigación, como los hubo en Cuernavaca, ciudad de México.

El agua, los dioses y la naturaleza formaban parte de un sistema de relaciones: hubo sacrificios humanos en cenotes de Yucatán, en la laguna de Pantitlán, en la actual ciudad de México; en cerros, cuevas y lagunas a lo largo de toda Mesoamérica.





Las aguas coloniales

El fray agustino Diego de Basalenque, cronista que por años escribió su obra, de tres tomos, *Historia de la provincia de San Nicolás de Tolentino de Michoacán*, registró, entre otras muchas cosas, la fundación de conventos en el territorio que ahora ocupan los estados de Michoacán y Guanajuato. Basalenque se encontró con varios acontecimientos que llamaron su atención y que se relacionaban con los “naturales” que poblaban las provincias. Su mirada y su intuición, siempre entre el reflejo de la vida monacal y la maravilla de encontrar lugares nuevos, lo llevó a conocer, como he dicho, entre muchas otras cosas, una laguna, de la que escribió:

... digo que este pueblo se llama Yuririapúndaro, que quiere decir laguna de sangre, porque se fundó en sus principios alrededor de una laguna cuya redondez debe de ser de una legua corta, y su agua no es sangre sino agua, que tiene un color turbado y no claro estando en la laguna, que sacada fuera más clara es de lo que en ella parece. Tiene una cosa admirable esa laguna: que no se le halla fondo en medio, y su agua nunca mengua ni crece, ni por de fuera se ceba de otras aguas que le entran si no es la del cielo. (...) Su agua no es de provecho para cosa viviente ni dentro ni fuera. Alrededor se planta caña dulce y se da bien. Dicen algunos que allí echaban los cuerpos que se sacrificaban a sus dioses, desto no hay escrito, sola tradición (...) en medio no se le halla suelo, que es cosa que espanta; no se navega ni nadie se atreve a pasarla.¹³

En este breve relato identificamos las reservas del fray agustino, un sentimiento de encontrarse frente a una laguna con características extrañas, distintas, de acuerdo con su pensamiento, su formación y su origen. El agua de la laguna de Yuririapúndaro era sobrenatural, no era provechosa, tenía un color y una turbidez inquietante y fue utilizada para realizar sacrificios, ofrendas a dioses paganos. Los españoles que llegaron al llamado Nuevo Mundo tenían sus propias maneras de pensar. Para ellos, por ejemplo, el agua turbia escondía, distorsionaba, es decir, era un tipo de agua que no purificaba ni mostraba la verdad de las cosas. Por ello, el simbolismo para Basalenque no era el mismo que para los habitantes de Yuririapúndaro. En el

13 Basalenque, Diego de, *Los agustinos, aquellos misioneros hacendados*, Conaculta, México, 1988, p. 122.



mismo pueblo, años atrás, en la segunda mitad del siglo XVI, otro fraile agustino, Diego de Chávez, había realizado una obra de ingeniería interesante: desvió el río Lerma para formar una gran laguna, que hoy se le conoce como Laguna de Yuriria. De ella, Basalenque dice:

Al otro lado del pueblo, hacia el norte, tiene otra laguna muy grande, de linda agua dulce y de grandes pescados que es riqueza del pueblo. Ésta es voz común, que el primer fundador del convento, que fue el padre Fr. Diego de Chaves la hizo (...) El modo de hacerla no fue cavando como algunos piensan, sino que eran algunos bajíos, donde corrían otras aguas y se hacían unas ciénegas, mas pasadas las aguas se secaban; y viendo el P. Fray Diego de Chaves la disposición de los bajíos, trató de meter el río grande (el río Lerma) que pasa media legua deste sitio, e hizo una acequia muy ancha y honda del río hasta este bajío, de modo que con el tiempo se ha hecho río por donde entra en esa laguna...¹⁴



Ilustración 7. Vista de la laguna de Yuriria.

¹⁴ Basalenque, *op. cit.*, p. 122.



La construcción de la nueva laguna tiene una concepción nueva: el dominio de la naturaleza, en contraposición con la relación que tenían los pueblos mesoamericanos prehispánicos. Esta nueva concepción del agua es expuesta de manera clara por Michael Meyer, de la siguiente forma:

Era históricamente inevitable que en el choque de culturas que tuvo lugar durante la conquista española de América el agua desempeñara un papel muy importante. Por primera vez los indígenas fueron instruidos para hacer lo que debe haber parecido una retahíla de absurdos. El hombre no era parte de la naturaleza, sino que de alguna manera estaba colocado fuera de ella para utilizarla. Su objetivo no era adaptarse de manera sosegada a su hábitat, sino dominarlo y cambiarlo. El agua era de pronto una fuente de bienestar privado, de capital, de rentas, de ingresos y, sobre todo, de poder del hombre sobre sus semejantes.¹⁵

Estas culturas distintas tuvieron sus encuentros y sus desencuentros. En lo que tiene que ver con la tradición y las leyendas, existen muchos ejemplos de cómo los seres sobrenaturales y los dioses prehispánicos fueron confrontados con dioses de otras religiones. El Mictlán, lugar de los muertos, se convirtió en el Infierno; los tlaloques y los chaques se convirtieron en ángeles; los grandes lagos del centro de México se volvieron inmanejables para los conquistadores que perdieron el sentido de las obras hidráulicas construidas por los aztecas y, al fundar la nueva ciudad de México, la presencia de aguas provocaba inundaciones, por lo que era necesario desecar los lagos.

Las órdenes religiosas que llegaron a México en los años de la Conquista se dedicaron a tratar de cambiar símbolos de una nueva religión por las figuras de los dioses prehispánicos. Muchas veces los indígenas recurrían a sus antiguos dioses, poniendo debajo o detrás de las cruces los ídolos que representaban a deidades prehispánicas.¹⁶ Se acudía a cuevas o lugares apartados a rendir culto a estas viejas deidades, mientras que la imaginería colonial imponía el sello de leyendas en construcciones arquitectónicas y en personajes de distinta índole.

15 Meyer, Michael, *El agua en el Suroeste hispánico, una historia social y legal, 1550-1850*, México, Instituto Mexicano de Tecnología del Agua-Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 1997, p. 29.

16 Así lo cuenta fray Gerónimo de Mendieta, en su *Historia eclesiástica indiana*, libro III, cap. 23, 1971, p. 234.



Es durante la Colonia que, por ejemplo, se impulsa la leyenda de La Llorona, de manera generalizada. O en Chiapas la historia del personaje conocido como El Sombrerón. Durante el proceso de sincretismo que se dio entre los indígenas, varios santos se mezclaron con las deidades prehispánicas, por lo que no es de extrañar que esos santos vivieron, caminaron y hasta fundaron pueblos en México. Algunas leyendas cuentan sus andares y aventuras, como en el caso de “El pez que cenó San Juan”, en este mismo volumen. Como en el caso de la laguna de Yuriria, así existen historias que tienen que ver con la mano humana y nuevos lugares que son inundados por el agua. Es el caso de la leyenda “El origen del lago de Tequesquitengo”, que también se incluye en este libro, y en la que también queda patente el deseo de dominar a la naturaleza, como también en la leyenda “El puente de los carmelitas”.

Las descripciones que ofrecen los cronistas coloniales como Bernardino de Sahagún, Diego Durán o Diego de Landa, entre otros, nos presentan un panorama de lo que era el simbolismo del agua en las culturas prehispánicas visto por los frailes de la época colonial. El sincretismo ha hecho que elementos parecidos se fundan para crear nuevos referentes, y ello puede conocerse a través de los mitos y leyendas, sus transformaciones y sus puntos de partida.

Pero los indígenas continuaron con una concepción arraigada, que se basaba en la relación hombre, dioses y naturaleza: así lo hicieron durante el siglo XVI hasta el XIX. Una muestra de que los indígenas continuaban con este tipo de relación con la naturaleza es un conjuro del siglo XVII registrado por Ruiz de Alarcón,¹⁷ y que trata sobre el calendario agrícola y la petición a un sacerdote llamado Siete Serpiente para que el maíz crezca sano y fuerte.

17 Ruiz de Alarcón, *Tratado de las supersticiones*, fragmentos traducidos e incluidos en el artículo de Alfredo López Austin, “Conjuros nahuas del siglo XVII”, *Revista de la Universidad de México*, vol. 27, núm. 4, diciembre de 1972.





Las aguas de hoy

Este proceso sincrético sigue presente en el pensamiento y el actuar de las comunidades indígenas actuales, cuyo simbolismo en relación con el agua han tratado de mantener. Las formas han sido diversas, pero se puede reconocer un patrón especial y es el intento por recuperar o mantener la relación entre hombre y naturaleza y, particularmente, el agua. La tradición oral de los pueblos indígenas actuales nos demarca una evidencia contundente a este respecto. No se trata de decir que los pueblos indígenas actuales mantienen elementos simbólicos prehispánicos, sino que algunos resquicios sobrevivieron al largo proceso de sincretismo por el que atravesaron durante sus procesos históricos.

El simbolismo del agua ha variado en algunos aspectos, pero en otros hay paralelismos interesantes. La Llorona es un personaje que se ha mantenido vivo en varios lugares, aunque en otras latitudes, por ejemplo, Chiapas, los tzotziles le llaman Xpak'inté'. En este libro aparece una versión de La Llorona en el estado de Hidalgo.

En estos elementos que no han variado con el tiempo podemos mencionar a los totonacos actuales, por ejemplo, que siguen hablando de los truenos y del Dios Tejé, Tajín o Juan Atzin, y cuentan que:

Si llegara a saber el dios Tejé qué día nació va a celebrar en grande y no va a dejar de llover, va a relampaguear y va a llover porque él lo va a celebrar en grande. Pero es mejor que no sepa, ése es el cuento del dios Tejé (que está), en el agua, en el mar, sí.¹⁸

Muchos simbolismos sobre el agua se han mantenido en las comunidades indígenas. En varios lugares, por ejemplo, se realiza la fiesta del 3 de mayo o de la Santa Cruz. Esta fiesta tiene que ver con la petición de lluvia a los dioses, que, en algunos lugares, son santos y seres sobrenaturales. Esta fiesta la realizan los pueblos indígenas tzotziles, tzeltales, nahuas, otomís, mayas y totonacos, entre otros.

En la comunidad tzotzil de Pozuelos, por ejemplo, la fiesta del 3 de mayo se realiza mediante peregrinaciones a la cabecera municipal, a uno de los pozos de agua que dan agua a la

Ilustración 8. (Página anterior)
Detalle de la fachada del
Convento de Yuriria.

18 Entrevista realizada a Antonio Lorenzo Guzmán, en 2005, de la comunidad totonaca Ixtepec.



comunidad y a las cruces que marcan la entrada al paraje. Ahí se da el cambio del *Martoma Vo'*, el Mayordomo del Agua, cada año, y se entrega la imagen de *San Isigro* para que sea llevada a su nueva casa.

Los tanques que tienen agua potable entubada también tienen sus cruces, como lugares simbólicos, en los cuales se rinde culto a unos seres que han sido llamados *Anjeles*. Éstos viven en los manantiales, en el interior de los cerros y en las cuevas.



Ilustración 9. Lugar donde se festeja el 3 de mayo y la “fiesta de Medio Año”, Día de Muertos, en una comunidad tzotzil.

Las cuevas son una entrada a otro mundo, a la casa de algunos dioses. Adentro hay agua, semillas, animales y plantas. En muchas cuevas se llevan a cabo festividades y ritos que tienen que ver con el culto del agua y que también se conectan con los manantiales que brotan de las montañas. En la sierra norte de Puebla, por ejemplo, se sigue hablando del Tlalocan, con su variante lingüística de Talokan. En una comunidad nahua del nororiente de Puebla, un anciano me comentó:

... En los cerros que hay cuevas y se va así el agujero, se va, se va hasta llega uno. Dicen que también es como aquí, también hay muchas... pero ése es Talokan. Ahí salen, dice, que por ejemplo, los tejones, tejones, toda clase de animales, hasta las víboras dicen, pero de eso yo no sé, pero me han contado que ahí en el Talokan esos animales allá están bastante.¹⁹

19 Entrevista realizada a Miguel Félix, en 2005, de la comunidad nahua San Miguel Tzinacapan.



El Talokan es lugar en el que se puede entrar por medio de oquedades, manantiales o cuevas. Pero quien entra ahí no puede dejar de sentir los efectos con el contacto sobrenatural y, si no sigue las instrucciones del dueño del Talokan, puede enfermar o morir. Muchas comunidades nahuas saben que cuando ven niebla o humo saliendo de una caverna no pueden entrar, porque eso significa que están saliendo las nubes, que los señores del Talokan están trabajando y no quieren interrupciones.

En los Altos de Chiapas existen las cuevas de rayo, lugares donde viven los *Anjeles* y que toman la forma del relámpago cuando entran o salen. Son lugares sagrados y en los que,



Ilustración 10. Cruz que marca una encrucijada en un camino y un río en la sierra norte de Puebla.





generalmente, se encuentra en su interior una cruz de color verde o azul. Ahí se llevan ofrendas y se dicen rezos. También los nahuas de Pajapan, Veracruz, denominan como *Ta:logan* al lugar dentro del volcán de San Martín Tuxtla, y en donde vive el dueño de los animales.²⁰

Ilustración 11 (página anterior).
Un rezador tzotzil realizando una ofrenda.



Ilustración 12. Don Miguel Félix, indígena nahua.



Ilustración 13. Una posible entrada al *Talokan*: el manantial de San Miguel Tzinacapan.

20 Medina Hernández, Andrés, “La cosmovisión Mesoamericana”, *Cosmovisión, ritual e identidad de los pueblos indígenas de México*, FCE-Conaculta, México, 2001, p. 84.





Pero si hay lugares en donde se hacen ofrendas a los ángeles, o antiguos tlaloques, también hay sitios dedicados a las diosas del agua. Una deidad femenina que aparece mencionada en la literatura y acerca de la cual se han recogido testimonios, es la Atmalin:

.../círculo, espiral de agua/ -para ponerla en estrecha relación con la diosa precolombina Chalchiuhtlicue /la que tiene falda de jade/, compañera de Tláloc, señora de las aguas y, especialmente, de los mares.²¹

Según Lupo, Atmalin aparece en algunas súplicas rituales, junto a Malintzin y a “María remolino”.²² En la comunidad de Yohualichan está la Virgen del Carmen, que tiene el poder de crear remolinos:

De alguna manera a nuestra virgencita le tenemos un poquito de miedo porque tan sólo en su fiesta se tiene que hacer varias ceremonias, para poder moverla de su lugar, entonces para pedirle algo sería como... pedirle un diluvio, así sentimos, porque hubo algún tiempo... como 13, 14 años, se tuvo un comité y se le ocurre bajarla, la virgen no... no pasa nada, es como un santo, cualquier santo, lo podemos mover y ¡zas!, todos los señores bajan a la virgen, la bajan abajo, y pues había dos señoras ahí, limpien a la virgencita y vamos a limpiar nosotros (...) lo bajaron, cuando fueron las mujeres por algunos trapitos y regresaron, cuando llegaron a la iglesia, estaba un ventarrón de aquellos, que todo mundo corrió, entonces sí, a veces pensamos que la virgencita es un poquito enojona y por eso nadie la mueve...²³

Pero si hay seres sobrenaturales que pueden controlar los elementos, también existen personajes en algunas leyendas que perecen por la acción de los elementos naturales, tal es el caso de la leyenda “Marina”, que se incluye en este libro. Sin embargo, también hay leyendas en las que los humanos deciden la suerte de los elementos. En el caso de la leyenda “Ndareje, río Lerma”, los otomíes y los jñatjo deciden compartir el río que les fue proporcionado por sus dioses.

En varios lugares de México también existen campesinos e indígenas que han sido designados para llamar a las lluvias. Estas personas, generalmente, han sido tocadas por rayos y han sobrevivido. Es la primera prueba que pasan, ya que mientras

Ilustración 14. Entrada a una Cueva de Rayo en la comunidad toztzil de Pozuelos.

21 Lupo, Alessandro, *La tierra nos escucha*, INI-Conaculta, México, 1995, p. 251.

22 Lupo, *Ibidem*, p. 262.

23 Entrevista realizada en 2004 a María Ocotlán Cecilia Ávila Francisco, de la comunidad de Yohualichan.



Ilustración 15. Iglesia de Yohualichan.



están inconscientes, los señores del agua les revelan sus secretos y los preparan como ayudantes. Estos ayudantes se llaman *ahuaques*, en Morelos; *ahuizotes*, *claclasquis* o *graniceros*, en Toluca; o *tlamatines*, en la zona del Cofre de Perote.²⁴

Quiero cerrar este texto introductorio, para que el lector pueda apreciar ahora las leyendas que nos ha preparado Andrés González Pagés, con unas frases mencionadas por un rezador tzotzil:

Hay veces nos enojamos entre las personas que tomamos agua en el manantial, por ejemplo, cuando algún patronato no funciona bien y le decimos, pero se enojan y hacen su trabajo enojados, entonces eso no les gusta los *Anjeles* y por eso disminuyen la cantidad de agua.²⁵

Así, la acción de la naturaleza está entrelazada con la acción del ser humano y con el designio de los dioses. Hay muchos ejemplos y podríamos escribir libros enteros, pero no contamos con ese espacio. Baste, entonces, este breve panorama para dar cuenta de la relación actual de los indígenas y el agua y de cómo se crean las leyendas actuales y de dónde surgen. Las leyendas acerca del agua tienen que ver con la historia, la memoria, pero, sobre todo, con esta relación entre ser humano y naturaleza, donde los dioses, los santos y los seres sobrenaturales juegan un papel importantísimo.

Zacapoaxtla, Puebla, octubre de 2005.

24 Medina Hernández, *op. cit.*, p. 117.

25 Entrevista realizada en 2004 a Salvador López Collazo, de la comunidad de Pozuelos.



Ilustración 16. La Virgen del Carmen de Yohualichan.

*Leyendas
prehispánicas*





Nahui Atl: el Cuarto Sol, o Sol de Agua

Náhuatl.
Versión de Andrés González Pagés.
2005.



La humanidad había vivido ya tres épocas en la Tierra, y otras tantas los dioses la habían hecho perecer, casi siempre debido al mal comportamiento de los propios seres humanos.

La primera época o sol se había llamado *Nahui Océlotl*, o Sol Jaguar.

Después de 676 años, un día 1 Ácatl, comenzaron los jaguares a devorarlos. Este proceso duró 13 años, y en un nuevo día 1 Ácatl el último hombre fue devorado. Entonces murió también el primer sol.

Luego nacieron otros hombres. Su sol se llamaba *Nahui Écatl*, o Sol de Viento, y vivieron 364 años. Entonces, en un año 1 Técpatl, fueron arrastrados por ese viento y perecieron todos en un solo día, quedando convertidos en simios. El sol también fue arrastrado por el viento.

La tercera época o sol se llamó *Nahui Quidhuitl*, o Sol de Fuego. Esta vez, los hombres perecieron quemados. La destrucción de la tercera humanidad acaeció luego de 312 años, en el año 1 Técpatl, y también duró sólo un día, en el

que llovió fuego y el sol mismo fue quemado por él. Los hombres se convirtieron en pipiltin, o “guajolotitos”, y por eso ahora a las crías de las guajolotas se les llama pipilpípil, o “muchachitos”.

Más tarde, pero aún antes de la época que los humanos estamos viviendo ahora, hubo un cuarto sol, que fue llamado el Sol de Agua o *Nahui Atl*. Los hombres de aquel sol vivieron otra vez 676 años. Entonces, en un año 1 Calli, y de nuevo en un solo día, fueron inundados y se volvieron peces. El agua creció durante 52 años seguidos, hasta que todos los montes desaparecieron.





Cuando esto iba a suceder, el dios Tlitacahuan Tezcatlipoca llamó a Nene y a Tata. Eran ellos una mujer y un hombre virtuosos que ya habían vivido durante la era o sol anterior, y que precisamente por su virtud habían sobrevivido a la destrucción del *Nahui Quiáhuitl*.

Tata y Nene gobernaban ahora sobre una humanidad que los seguía en la virtud y los honraba como sus guías. Al llamarlos ante sí, el dios Tlitacahuan Tezcatlipoca les dijo:

—Ya no se preocupen por nada. Ahuequen un ahuehuate grande, para que entren en él cuando en la veintena del hueitozotli, o sea el comienzo de la temporada de lluvias, se hunda el cielo.

Y hagan una tapa para la entrada, la cual yo pondré cuando ya estén adentro. De este modo, el tronco podrá flotar cuando sea arrancado por la corriente del agua, y ustedes estarán siempre a salvo.

Marido y mujer comenzaron de inmediato la tarea que les había dado el dios, y trabajaron ahuecando el ahuehuate más grande que encontraron, hasta dejarlo en condiciones de ser habitado. Esto ocurrió a tiempo, o sea al llegar los veinte días llamados hueitotoztli, que hacían madurar la temporada de las lluvias.

Tlitacahuan Tezcatlipoca fue a visitarlos entonces a su casa y, luego de revisar muy bien lo que habían hecho, aprobó su trabajo. Como los esposos sabían que el dios les iba a ordenar

meterse ya en el tronco ahuecado, al cual él mismo le pondría la tapa aislándolos del exterior, y como ya habían previsto esa situación, Nene le preguntó:

—Oh gran Tlitacahuan Tezcatlipoca, ¿qué comeremos Tata y yo en el interior de este tronco ahuecado mientras llueve hasta que el cielo se hunda?

—Una sola mazorca de maíz comerá él, y otra tú —le contestó el dios—. Y cuiden bien de comerla poco a poco, pues sólo así ese tiempo podrá ser el mismo que dure la lluvia.

Acto seguido, los esposos entraron en el tronco ahuecado y el dios, luego de despedirse de ellos, puso la tapa que los aisló del exterior. De inmediato la pareja comenzó a oír los truenos que anunciaban una fuerte





tempestad, y el ruido que afuera hacían ya las primeras gotas al golpear contra la madera.

¿Qué había ocurrido para que Titlacahuan Tezcatlipoca dispusiera la lluvia torrencial que iba a provocar el hundimiento del cielo, y que también la cuarta humanidad muriese, aun cuando ésta no venía comportándose indebidamente?

Lo ocurrido fue que, tiempo después de castigados con la muerte los seres humanos anteriores, la diosa Chalchiuhtlicue, la de la falda de jade, recibió la orden de Huitzilopochtli de convertirse en sol para hacer propicia de nuevo la vida en la Tierra.

Como gracias a la voluntad de esta diosa había suficiente agua, la vida proliferó. Y, como ya se ha dicho, siguiendo el ejemplo de Nene y Tata la humanidad entera progresaba en la virtud. O sea que los seres humanos trabajaban honradamente y vivían del producto de su trabajo. Después de cada jornada productiva, llegaba el merecido descanso, mismo que podía ir precedido, al gusto de cada quien, por diversas actividades recreativas o intelectuales. Había destacados deportistas, pintores, escultores y poetas.

Molesto por tanta bonanza de los hombres, el dios Titlacahuan Tezcatlipoca fue a hablar con la diosa Chalchiuhtlicue para corromperla, convenciéndola de que clavara su cayado en lo alto del monte Atépetl, y de este modo se desatara una tormenta que acabase de nuevo con la vida en el Tlaltipac, o sea precisamente la Tierra.

Como el propio dios había anunciado a Nene y a Tata, llovió tanto que el cielo perdió el equilibrio y se derrumbó sobre el planeta, cubriéndolo todo con agua.

Pero, sabedores de que había sido Titlacahuan Tezcatlipoca quien sin otra razón que la de su propio capricho había convencido a Chalchiuhtlicue para que cometiera tan grande atrocidad, los demás dioses ayudaron al resto de los seres humanos a no morir del todo, convirtiéndolos en peces.

Así, al encallar en arena nuevamente seca el ahuehuete ahuecado que había servido de refugio a Nene y a Tata, y al salir ellos otra vez al exterior, vieron peces en el agua baja y se les antojaron para desayunar.

Aquel día, que era 2 Ácatl, Nene y Tata pescaron tantos peces como creyeron necesarios para satisfacer su apetito, y con el propósito de asarlos encendieron fuego. La humareda del asado alcanzó a llegar al cielo, donde los dioses Citlalinicue y Citlallatónac, encolerizados porque alguien estaba matando a los seres que tanto ellos como los demás de su estirpe habían salvado, los convocaron a todos para cuestionarlos:

—Dioses; ¿quién está haciendo fuego allá abajo en el Tlaltipac? —preguntó golpeadamente la primera de las mencionadas deidades.

—¿Quién está ahumando nuestro cielo, que de seguro va a permanecer así de sucio un buen tiempo? —preguntó a su vez la segunda.

Las miradas de los demás dioses se dirigieron entonces a quien era el culpable en primera instancia, pues ninguno de ellos ignoraba que había sido Titlacahuan Tezcatlipoca, no sólo quien influyó en



la diosa de las faldas de jade para que provocara la pasada catástrofe, sino quien estuvo dirigiendo a la pareja de sobrevivientes a fin de que pudieran salvarse en el ahuehuete ahuecado. En ese momento, fue Quetzalcóatl quien lo reconvino con estas palabras:

—¡Creo que deberás ser tú mismo, Titlacahuan Tezcatlipoca, quien baje al Tlaltipac a castigar con la muerte a esa mujer y a ese hombre que están matando y devorando a los hombres a quienes, en forma de peces, los demás dioses salvamos de la inundación que bien a bien tú provocaste!

El increpado buscó en los rostros de los demás dioses una señal que le dijera si estaban de acuerdo con Quetzalcóatl para, de ser así, cumplir con tan severa

sugerencia. Para su fortuna, ya que no deseaba dar muerte a Nene y a Tata, Tláloc, dios de la lluvia, tomó la palabra y habló de este elocuente modo:

—¡Te ruego, oh enorme Quetzalcóatl, que reconsideres tu posición al respecto! Recuerda que esa pareja de humanos han sido siempre virtuosos, desde los tiempos del corrompido *Nahui Quidáhuatl*, y que, además, fue por el comportamiento virtuoso que ellos mismos inspiraron en toda la humanidad de esta última era, que Titlacahuan Tezcatlipoca los obligó a comer muy poco durante todo el día de la tempestad. Es lógico que ahora quieran saciar su hambre, ignorantes de que los pescados que asan son nada menos que algunos de sus antiguos y muy queridos súbditos...





Los demás dioses, y en particular el inculpado, comenzaron a cambiar su semblante, de los propios del disgusto o la preocupación, a los propios de la tranquilidad o de la esperanza.

—¿Qué opinan ustedes? —fueron interrogados los demás dioses por Quetzalcóatl.

—Yo quisiera solicitarles... —comenzó a decir Chalchiuhtlicue, con voz humilde.

—¿Sí, habla, diosa de la falda de jade! —dijeron al unísono Citlalinicue y Citlallatónac, que ya estaban mucho menos enojados que antes — ¿Cuál es tu posición en este delicado asunto? ¿Sigues queriendo destruir la vida de los humanos en el Tlaltipac, o prefieres que siga, aunque sea en la forma que ahora tiene?

—¡Gracias! —recomenzó, ya con más confianza, la de la falda de jade— Yo quisiera solicitarles a todos ustedes, y más que a nadie al poderoso Quetzalcóatl, que les concedan la vida a Nene y a Tata. Pienso, como Tláloc, en sus méritos anteriores, los que no podemos dejar de reconocer a riesgo de ser soberbios. Estaría de acuerdo, a cambio de ello, en que se les dé un castigo menor, porque, aunque sin saberlo, al fin y al cabo están alterando nuestra buena obra de haberlos preservado de la destrucción cuando el fin del “Nahui Quiáhuitl”. Y, por último, les pido me disculpen por haberme dejado corromper por Titlacahuan Tezcatlipoca, quien me convenció de desatar la tormenta fatal sobre el Tlaltipac.

—¡Muy bien, Chalchiuhtlicue! —exclamaron todos los demás

dioses, excepto el inculpado, que sólo con la mirada y el semblante pudo apoyarla, temeroso de hablar en aquella circunstancia tan penosa para él.

—Y estás disculpada, a condición de que no vuelvas a dejarte arrastrar por ninguna propuesta mala —dijo Quetzalcóatl, que, como hemos venido viendo, llevaba la voz cantante en aquella reunión.

—¿Qué les parece, de tal modo —intervino otra vez Tláloc—, que sea el mismo Titlacahuan Tezcatlipoca quien decida el castigo menor que deberá imponerles a Nene y a Tata?

—¡De acuerdo! —se oyó exclamar al unísono.

Llegar al sitio del asado y ponerse a toser inconteniblemente a causa del humo, fue una sola cosa para Titlacahuan Tezcatlipoca.

—¿Qué haces, Tata? ¿Qué están haciendo? —los increpó tratando de hacer a un lado el humo, con las manos, para encontrar su mirada. Volvió a toser.

Aunque por igual Nene y Tata quisieron invitarle uno de los pescados que aún tenían en el asadón, el dios, habiendo montado en cólera, se dejó llevar por un impulso negativo, tomó el cuchillo de obsidiana con el que los esposos habían estado preparando su comida y les cortó a cada uno la cabeza.

Titlacahuan Tezcatlipoca recordó de inmediato que el encargo de sus compañeros dioses no había sido el de matar a la pareja, sino el de darles un castigo menor, y se sintió muy apenado.

Rápidamente buscó las cabezas y los cuerpos de Nene y Tata entre la humareda, para unirlos de nuevo como



era debido. Pero el humo seguía siendo tan denso, que no se fijó, al pegárselos, que no estaba haciéndolo por arriba, sino por abajo.

De tal modo, Nene y Tata quedaron convertidos en perros, y así tuvieron que vivir todos los años que faltaban para completar los 676 que duró el *Nahui Atl*, el Cuarto Sol, o Sol de Agua.

Luego vendría el Quinto sol, que es el nuestro, en el que vivimos los seres humanos de hoy.

Referencias

foros.kaliman.com.mx, chaneque.

López Austin, Alfredo, *Los mitos del Tlacuache. Caminos de la mitología mesoamericana*, UNAM, México, 2003.

Sánchez Sesma, Jorge, *Análisis y síntesis del cambio climático*, División de Estudios de Posgrado, Campus Morelos, UNAM, México, 2004.

Tena, Rafael, *Mitos e historias de los antiguos nahuas*, Conaculta, "Cien de México", México, 2002. Purépecha.





Hapunda

Versión de Andrés González Pagés.
2005.



Hapunda, la princesa de la isla de Yunuén, situada en medio del lago de Pátzcuaro, era una joven hermosa y especialmente agraciada por los dioses con el don de la gentileza, desde el día de su nacimiento. Al menos, esto pensaban los pobladores de la isla, incluida su familia, pues estando ella presente todas las personas se comportaban con cuidada corrección e incluso trataban de lucir sus mejores modales y su mejor lenguaje.

También los animales de la isla y aun los del lago se dejaban influir por la resplandeciente hermosura de Hapunda, pues bastaba con que la vieran aproximarse desde lejos para que exhibieran sus mejores cantos y sus más adornados vuelos, si se trataba de aves o, si quienes la descubrían eran los peces de la orilla, para que saltaran de las aguas como esforzándose por mostrarle a la princesa su alegría de vivir, aumentada en aquel momento por su regia presencia.

Incluso, no faltaba quien en tales momentos señalara en las aguas una espontaneidad consistente en un brillo y un oleaje especiales, con los que el lago dibujaba paisajes acuáticos en los que las plantas flotadoras y la espuma eran las bailarinas de un ballet lleno de rítmicos adornos.

La fama de esta joven de excepcionales belleza y gracia era ya igual de incontenible que el viento, y por eso llegó a oídos de unos guerreros de otro lugar, quienes decidieron dirigirse a Yunuén para hacerla prisionera y llevársela para casarla con su rey.





Por relativa fortuna, si podemos decirlo así, a los soldados aquellos les gustaba mucho presumir de todo lo que hacían, y en todas partes por donde pasaban se ponían a hablar de sus conquistas y de sus crueldades. Una noche, mientras se emborrachaban en un pueblo del otro lado del lago, adonde habían llegado en su camino hacia Yunuén, sometiendo a los pobladores y obligándolos a entregarles sus riquezas, hablaron abiertamente de sus intenciones de embarcarse rumbo a la isla, tomarla y apoderarse de su ya legendaria princesa para entregársela a su propio monarca.

—¡Si esa princesa de la que ustedes tanto hablan existe de verdad decía uno de los soldados—, no es esta tierra la que debe gobernar, sino la nuestra, junto con nuestro rey!

A Hapunda le avisaron esto sus hermanos, que se habían disfrazado de pescadores para poder mezclarse con los soldados, y fueron quienes los oyeron presumir de lo que andaban buscando.

Cuando el ejército invasor hizo su campamento para pasar la noche, los príncipes abordaron su lancha y remaron silenciosamente hasta su hogar, muy preocupados por la situación, y haciendo planes para librar a su hermana de ser secuestrada por aquellos soldados chichimecas.

La princesa oyó con mucha atención lo que sus hermanos le contaban y, a diferencia de ellos, que pensaban que podría haber escapatoria, ella misma sintió que todo estaba perdido y que finalmente los soldados la encontrarían en cualquier lugar donde se escondiera.

El ejército enemigo era muy numeroso, y además tenía ya vigilados todos los caminos de la región. Lo único que no había invadido aún era el propio lago, pero no tardaría en hacerlo, con toda seguridad al día siguiente. Por último, Yunuén, la isla donde ellos vivían y gobernaban, era muy chica y tampoco había allí lugares donde esconderse.

Además, ni Hapunda ni sus hermanos querían poner en peligro la vida de ninguna de las familias de los isleños, aunque sabían bien que, de pedírsele ellos, todos les ofrecerían gustosos sus casas para esconder a su querida princesa.

Hapunda estaba muy triste, pero no quiso alarmar a sus hermanos diciéndoles lo que pensaba, y les pidió que se fueran a descansar para, al día siguiente, decidir lo que deberían hacer. Esperó un poco a que la familia se durmiera, y sin hacer ningún ruido abandonó su palacio y se encaminó hacia el lago, que era su novio, para contarle su pena y hacerlo partícipe de ella.





Durante el trayecto, al ver las casas donde sus súbditos dormían en paz, y pensando en que esa era quizás una de las últimas veces que estaba viéndolas, la joven no pudo evitar que algunas lágrimas brotaran de sus ojos. Pero como tampoco quería asustar a su novio, se secó los ojos y trató de aparecer normal el resto de su camino.

Aun así, al llegar la joven a la orilla, el lago, dueño de la sabiduría, agitó sus aguas y le habló de esta manera:

—¿Qué te sucede, amada mía? Sé que unas lágrimas han humedecido tu bello rostro. ¿Cuál es la causa? ¿Vienes acaso a decirme que ha muerto en tu corazón el cariño que hasta ahora me habías profesado?

—¡No digas eso, amor mío!
—le contestó la princesa—. Jamás he pensado en abandonarte, y jamás lo haría, pues me siento feliz de corresponder a tu entrega. Es otro el dolor que adivinas en mí.

El lago, conmovido, le dijo entonces a su novia:

—Ansioso estoy por oír de tus labios qué dolor es ése, y hacer hasta lo imposible por librarte de él. Habla, Hapunda, amada mía.

La princesa le dio al lago la terrible noticia de la invasión de los chichimecas, y le contó lo que sus hermanos habían oído decir a los soldados enemigos. También le comentó su preocupación de que en pocas horas, cuando aquellos malos hombres despertaran de su borrachera, emprenderían ya el cruce hacia Yunuén, para apresarla y llevársela lejos.

—No lo harán todavía— dijo el lago—; esperarán un día más, pues también necesitan alimentarse con el producto de nuestros pescadores de la ribera, y ellos no terminarán su labor hasta casi el mediodía.





—¡Vendrán entonces por la tarde!
—supuso Hapunda.

El lago agitó sus aguas para salpicar a la joven, que era el modo como siempre jugaba con su novia. Ella sonrió y le agradeció a él su alegría, que la tranquilizó un poco. Pero insistió en el tema de los soldados, que amenazaban con secuestrarla:

—¡Será por la tarde de mañana, entonces, cuando vengan por mí y me lleven con ellos, amor mío, pues nosotros no somos tantos como para enfrentarnos a su ejército, que es muy poderoso, según mis hermanos me han contado!

El lago agitó nuevamente sus aguas, pero ahora no para jugar con Hapunda, sino para indicarle que estaba reflexionando con toda seriedad sobre la situación, que sin duda era la más difícil a la que se había enfrentado hasta entonces.

Cuando terminó de considerar todas las posibilidades del asunto, le dijo a su novia:

—Voy a plantearle algo muy grave, amada mía; no sé si estés de acuerdo conmigo, ni si estés dispuesta a hacer lo que quiero sugerirte, o puedas considerarlo una locura.

—Tú sabes cuánto te respeto y te admiro, no sólo por tu belleza, sino por tu sabiduría, Pátzcuaro, amor mío —le contestó Hapunda—. Ten la amabilidad de decirme cuál es tu parecer sobre esta lamentable situación.

—Entonces —dijo el lago serenándose lo más que pudo, conteniendo la mezcla de emoción y dolor que lo invadía—, mañana, al caer la noche, vístete de blanco y espera a que salga la luna. Aborda luego una barca y rema hasta mi centro. Una vez allí, salta al agua. Yo te voy a recibir, y nunca nadie podrá alejarnos.

Convencida del acierto de las palabras

de su novio, que habían sido pronunciadas con todo amor y con el deseo de no verla a ella mancillada por los enemigos, Hapunda regresó a su casa para esperar el siguiente día. Cuando el padre Huriata, el Sol, desplegabá ya sus rayos en medio de la bóveda celeste, la joven se vistió de blanco, con el propósito de conservar por siempre su luz. Luego esperó a que la noche supliera al día y a que la luna le mostrara el camino hasta el centro de las aguas.

Como su novio el lago se lo había indicado, abordó una barca y remó hasta su centro. Una vez allí, se despidió de sus días anteriores y se tiró en busca del fondo.

Aunque habiendo notado desde temprano su ausencia, y acongojados por eso, sus hermanos y todos los pobladores de la isla se dieron a buscar a Hapunda, pero nadie supo dónde encontrarla. Mientras tanto, allá en el centro del lago, la princesa volvió a salir a la superficie, tan blanca como la luna misma. Ahora sus vestidos eran las hermosas plumas de una garza, y ella toda era una bella garza blanca.

Desde entonces el lago de Pátzcuaro protege a la princesa Hapunda, su novia, y le ofrece los peces que ella necesita para alimentarse. La princesa vuela siempre por sobre todas las aguas de su novio para mostrarle su amor y su agradecimiento.

Los pobladores de Yunuén, quienes un día fueron enterados de este prodigio por la voz del viento, saben que cuando en el lago de Pátzcuaro ya no haya garzas, él habrá perdido a su novia, y que entonces escogerá secarse, enfermo de tristeza.

Referencias

Corona Núñez, José, "Hapunda, leyenda del lago de Cuitzeo", de *Voces del pasado*, en José Rogelio Álvarez (comp.), *Leyendas mexicanas*, 3, Editorial Everest, S. A., León, 1998.

Libro de lectura para el sexto año de primaria, SEP Michoacán, México, 1996.



Tajín y los siete Truenos

Totonaca. Versión de Felipe Garrido.

2000.



Una mañana de verano, hace mucho tiempo, llegó a las selvas del Totonacapan un muchacho llamado Tajín. Iba por el camino buscando bulla porque era un chamaco maldoso. No podía estar en paz con nadie. Si encontraba un hormiguero le saltaba encima; si veía una banda de monos los apedreaba; zarandeaba los árboles y les arrancaba ramas sin ninguna consideración.

Todos salían corriendo en cuanto lo veían venir.

—Ahí viene Tajín —decían las hormigas rojas y las hormigas negras en sus hileras apretadas, y se apresuraban a entrar a sus túneles con la acostumbrada disciplina.

—Ahí viene Tajín —decían los monos entre aullidos y gestos, y se daban prisa para encaramarse a las ramas más altas, a las rocas más escarpadas, donde no pudieran alcanzarlos las piedras del intruso.

—Ahí viene Tajín —decían los árboles temblando de miedo, pues ellos no podían huir.

Por eso el muchacho vivía solo. Porque nadie podía soportar su compañía.

Pero ese día Tajín andaba con suerte. Al dar la vuelta en un recodo del camino se encontró con un extraño hombrecito de barba cana y grandes bigotes y cejas tan pobladas que casi le cubrían los ojos.

—Buenos días, muchacho. Tú no eres de por aquí —le dijo el anciano con voz pausada.

—Vengo de atrás de la montaña —contestó Tajín—; me gustaría pasar un tiempo por aquí.

—Mis hermanos y yo andamos buscando alguien que nos ayude a





sembrar y a cosechar, a barrer la casa y a traer agua del pozo, a poner los frijoles en la olla y a vigilar que el fuego no se apague. Ven con nosotros —le ofreció el hombrecito.

—¿Quiénes son tus hermanos?

—Somos los Siete Truenos. Nuestra tarea es subir a las nubes y provocar la lluvia. Nos ponemos...

—¿Suben a las nubes? —exclamó Tajín, que era bastante impertinente y solía interrumpir a las personas.

—¡Claro que subimos! —replicó el hombrecito un tanto molesto de que alguien pusiera en duda sus palabras—. Nos ponemos nuestras capas, nos calzamos nuestras botas, tomamos nuestras espadas y marchamos por los aires hasta las nubes más altas. Sobre ellas zapateamos bien y bonito hasta que desgranamos la lluvia. “¡Jajay, jajay, jajay!” , gritamos entonces y sentimos que la felicidad nos desborda.

Tajín era un chamaco curioso y atrevido. Apenas escuchó aquello se imaginó por los aires, haciendo cabriolas entre las nubes. Así que le dijo al anciano que estaba bien, que iría a la casa de los Siete Truenos para sembrar y cosechar, para barrer la casa y traer agua del pozo, para poner los frijoles en la olla y estar atento a que el fuego no se apagase.

Los Siete Truenos vivían en una casita de piedra, encima de una gran pirámide llena de nichos. Seis hombrecitos de barba cana y grandes bigotes y cejas tan pobladas que casi les cubrían los ojos se asomaron a recibirlos.

—¿Quién viene contigo, hermano?

—preguntaron a coro.

—Un muchacho que encontré en la

selva. Viene para ayudarnos a sembrar y cosechar, a barrer la casa y traer agua del pozo, a poner los frijoles y atender el fuego para que no nos falte.

—Y también para subir a las...

—comenzó a decir Tajín, pero nadie le hizo caso. Los Truenos no estaban muy conformes.

—¿Un extraño en nuestra casa? ¡Ya no tendremos secretos! ¡Aprenderá nuestras mañas! Tiene cara de bribón —dijeron todos hablando al mismo tiempo.

Tajín sintió que la rabia lo colmaba y estaba a punto de arremeter a pedradas contra los siete ancianos, cuando su protector tomó la palabra:

—Calma, hermanos, por favor.

Nosotros tenemos tareas importantes que atender. ¿No protestamos cada vez que nos toca quedarnos en casa mientras los demás van a bailar a las nubes? A ver, ¿quién se queda hoy a poner los frijoles?

—Yo me quedé ayer —dijo uno.

—Hace dos semanas que no me toca salir —mintió el Trueno Doble, que siempre hacía trampas para ir a bailar.

—Nadie taconeá como yo —presumió el Trueno Viejo.

—Yo no sé preparar los frijoles. No es mi turno... Tengo esta mano lastimada... —argumentaron los demás.

—Pues yo tampoco me quedaré —concluyó el Trueno Mayor, que era quien había encontrado a Tajín—. Para eso traje a este muchacho. Nosotros le diremos cómo nos gusta que haga las cosas y pronto aprenderá.

Después de mediodía unas nubes se asomaron a la orillita del horizonte, enormes y grises, por el lado del mar. Tajín ya había recibido instrucciones.



Ya sabía tomar la escoba y llevar sobre los hombros el cántaro lleno de agua y consentir al fuego entre las tres piedras del fogón. Sobre todo, ya sabía cómo poner los frijoles en la olla para que, por la noche, al regresar de su baile, los Siete Truenos pudieran cenar.

Muy contentos estaban los ancianos. Entre bromas y risas abrieron su gran arcón de maderas perfumadas y sacaron sus trajes de faena. Se pusieron las capas, se calzaron las botas, se ciñeron las espadas.

—No te asustes cuando sople el viento —le dijo uno de los Truenos a Tajín—; son nuestras capas cuando las agitamos.

—Ni te espantes con los relámpagos; son nuestras espadas que relumbran en la oscuridad.

—Ni te hagan sufrir los truenos; son

nuestras botas que retumban contra las nubes.

—No permitas que la lluvia te moje, porque si te resfrías después no podrás ayudarnos.

—No vayas a descuidar los frijoles porque se pueden quemar y el baile nos abre el apetito.

—Ni te vayas a quedar dormido, pues alguien podría entrar y llevarse nuestra cena.

—Sobre todo —le dijo el Trueno Mayor—, no dejes que se apague el fuego, porque cuesta mucho trabajo volver a encenderlo.

Así se despidieron los Truenos y Tajín les dijo que sí a todo. Al principio pudo verlos mientras iban subiendo por los aires con sus trajes de labor, como si la escalinata de la pirámide continuara más





allá de las copas de los árboles. Todavía pudo distinguirlos cuando corrían reuniendo las nubes como si éstas fueran los animales de un rebaño.

Y, en efecto, cuando los Truenos movían las capas Tajín sentía cómo el viento le sacudía los cabellos; y cuando saltaban de un lado a otro se escuchaba como el rodar de truenos lejanos; y cuando desenvainaron las espadas para dar la señal y comenzar un baile un relámpago gigantesco iluminó el cielo hasta el último confín, y el estruendo que lo siguió fue tan violento que sacudió la tierra.

La lluvia comenzó a caer suave y tibia como una bendición. Tajín ya no podía ver a los Truenos pero sabía que estaban encima de las nubes, bailando con todas sus fuerzas, agitando las capas y blandiendo las espadas, taconeando con las botas y gritando de vez en cuando, si la felicidad los desbordaba, “¡Jajay, jajay, jajay!”

Durante algunos días Tajín fue un ayudante ejemplar. Barría la casa —¡y cada uno de los nichos!—; ponía los frijoles en la olla; traía agua del pozo; trabajaba en la milpa; estaba atento a que las ascuas no perdieran su brillo de joyas entre las tres piedras del fogón; también cepillaba las botas de los Truenos. Y cada vez que tocaba esas botas le renacía el mismo pensamiento: “Tengo que subir, tengo que subir”.

La soñada oportunidad llegó. Una mañana los Siete Truenos se pusieron sus blancos trajes de viaje y le dijeron a Tajín que debían ir a Papantla, a comprar puros en el mercado.

—No te preocupes, no tardaremos mucho —le dijo el Trueno Viejo, que se había encariñado un poco con el muchacho.

—Antes de que se acabe el día nos verás por aquí —dijo otro de los Truenos palmeándole la cabeza.

—Pero no olvides todo lo que te hemos advertido —le dijo el Trueno Doble, que no quería parecer blando.

—Pon los frijoles en la olla, porque el viaje es largo y regresaremos con hambre.

—No vayas a descuidarte ni dejes la casa sola.

—No te quedes dormido.

—Sobre todo —le recordó al salir el Trueno Mayor—, no vayas a permitir que se apaguen las brasas.

Tajín dijo que sí a todo y los Truenos se fueron muy contentos porque ahora sí tenían alguien que los ayudara; que fuera a sembrar y a cosechar; que barriera la casa y trajera agua del pozo; que pusiera los frijoles en la olla y cuidara amorosamente la dorada flor del fuego. Muy contentos se fueron los Siete Truenos a comprar sus puros al mercado de Papantla.

Apenas se quedó solo Tajín tiró la escoba en un rincón y comenzó a palmotear de contento. Corrió al gran arcón de los Truenos y se lanzó de cabeza a buscar unas botas que le quedaran. Tuvo que echar fuera todas las prendas antes de encontrar unos zapatos de su medida. La capa y la espada presentaron menos dificultades.

En cuanto se hubo vestido el muchacho corrió al pozo para verse reflejado en el agua.

—¡Ahí viene Tajín! —pasó la voz entre los árboles y los monos y las



hormigas negras y las hormigas rojas, que apresuraron el paso pero sin romper filas.

El chamaco se sintió un tanto decepcionado porque sus cejas no eran tan pobladas como las de los Truenos. Le molestó ver su rostro lampiño, sin barbas ni bigotes, y frunció el entrecejo.

—¡Cuidado, cuidado con Tajín!

—corrió la voz por los diminutos túneles en sombras y por las más altas ramas, hasta que alcanzó a los Truenos, que iban por el camino muy quitados de la pena.

—¿Qué dicen los árboles? —preguntó el Trueno Viejo, que no tenía el oído muy fino.

—No hagas caso, hermano, ya los conoces. Son unos escandalosos. Harían cualquier cosa para llamar la atención —le contestaron los demás, ansiosos por llegar a Papantla y comprar sus puros. ¡Si hubieran visto lo que hacía Tajín!

El muchacho había recorrido ya la escalinata y comenzaba a subir por los aires. Los primeros pasos fueron difíciles. No se atrevía Tajín. Sentía miedo. Sin embargo, no tardó mucho en tomar confianza. Por unos momentos quedó

arrobado. ¡Qué hermosa era la selva vista desde arriba! Tajín tenía la pirámide a sus pies, entre un sin fin de colinas rabiosamente verdes, y más allá las montañas y a lo lejos el mar. Pero pronto dejó de admirar el paisaje. Comenzó a correr persiguiendo las nubes. Cada vez que agitaba la capa para juntarlas soplabla el aire. La agitaba con más fuerza y entonces arreciaba el viento y las nubes enloquecían como venados perseguidos.

“¡Jajay, jajay, jajay!”, comenzó a gritar Tajín. En voz baja primero. Después más alto, dándose ánimo. Por fin con todas sus fuerzas, al mismo tiempo que sacaba la espada y comenzaba a girar. Todo el cielo y la tierra y aun el mar interminable se llenaron con una luz cegadora.

Empezó a bailar Tajín. Pero sus pasos no eran acompañados y armoniosos como los de los Truenos; eran torpes y descompuestos. Alzaron un viento terrible. Entre relámpagos y truenos desgranaron contra la selva un chubasco violentísimo. No era la lluvia bendita de los Truenos, sino una tormenta devastadora. Había tantas nubes, y tan negras, que el día se había oscurecido. La lluvia desgajaba





ramas de los árboles y hacía crecer los ríos. Tiritando y empapados, los animales buscaban guarecerse en las alturas.

Y mientras más arreciaba la tormenta Tajín bailaba con más bríos, taconeaba con mayor fuerza, hacía revolotear su capa con más ganas clavaba furiosamente los tacones en los lomos de las nubes, gritaba más y más alto: “¡Jajay, jajay, jajay!”

Apenas iban llegando a Papantla los Truenos cuando un repentino vendaval les arrancó los sombreros.

—¡Diablos! —gritó el Trueno Mayor al mismo tiempo que salía corriendo por su sombrero.

—¡Las nubes! ¡Miren las nubes! — exclamó el Trueno Viejo, que siempre tenía la buena o la mala fortuna de

descubrir todo lo que estaba pasando.

—¡El muchacho! ¡Esto lo hizo el muchacho! —dijo el Trueno doble, a quien no era fácil engañar, pues todo lo consideraba por los menos dos veces.

—¡Ese demonio! De seguro ni siquiera puso los frijoles. ¡Dejó sola la casa! ¡Acabará con el mundo! —se quejaron los demás mientras intentaban vanamente protegerse de la lluvia y del viento.

Mojados de la cabeza a los pies regresaron a toda prisa a su casa. Con trabajos subieron la escalinata de piedra, resbalando de vez en cuando, ahogándose casi con el agua. Apenas entraron sintieron que iban a desmayarse: ¡jamás habían visto tal desbarajuste! Junto con otras prendas de vestir, las botas, capas y espadas estaban tiradas en el mayor





desorden. La escoba flotaba en un charco. ¡Los frijoles se habían quemado! Entre las tres piedras del fogón había únicamente ceniza.

—¡Tras él, tras él, vamos a atraparlo! —exclamó el Trueno Viejo, que había perdido todo su cariño por el muchacho.

—Si no nos apresuramos acabará con el mundo —dijo el Trueno Doble mientras comenzaba a calzarse las botas.

—¿Dónde están mis botas? —preguntó el Trueno Mayor lanzando las capas por el aire para buscarlas.

—Deprisa, deprisa, que los ríos ya se desbordan.

—Deprisa, deprisa, que el viento arranca los árboles.

—¡Mis botas, mi capa, mi espada! —gritaba el Trueno Mayor, desesperado porque no las encontraba.

—Deprisa, deprisa, que la tierra se desmorona.

—Deprisa, deprisa, que el mar nos arrasará.

—¡Mis botas, mi capa, mi espada! ¡Demonios, se las llevó! —comprendió finalmente el Trueno Mayor, arrancándose los bigotes de rabia.

—Deprisa, deprisa, vamos por él —dijeron a coro solamente seis Truenos que salieron para perseguir a Tajín.

Era difícil subir con tanto viento, con tanta agua, con el estrépito de la tormenta. Empapados iban los Truenos, trabajosamente. Deslumbrados por los relámpagos. Quitándose el agua de la cara con las manos. Respirando apenas. Resbalando en las primeras nubes como si fueran piedras de río.

Por fin lograron pasar la barrera de las nubes. Más allá brillaba el sol y el cielo

era tan azul como siempre. Allí estaba Tajín, brincoteando de un lado a otro. Primero sobre un pie, luego sobre el otro, después dando vueltas como un remolino, tirando tajos con la espada. Y cada uno de sus movimientos daba un nuevo impulso a la tormenta: resoplaba el viento o crecía la lluvia o caían más relámpagos y truenos.

En cuanto Tajín vio venir a los Truenos salió corriendo entre las nubes. Trepaba, se escondía, saltaba, se escabullía, burlaba a sus perseguidores. Los seis Truenos se afanaban por alcanzarlo; se separaban para cortarles las salidas; procuraban acorralarlo. Pero el chamaco los esquivaba, los dejaba atrás, salía disparado en otra dirección.

Y con tanto movimiento, con tanto taconeo, con tanto agitar las espadas y las capas, la tormenta arreciaba más y más.

Pasaron muchas horas antes de que los seis Truenos lograran atrapar a Tajín. Cuando finalmente lo consiguieron, estaban sofocados y sudorosos. Bajaron con tiento, cuidando dónde ponían los pies. ¡Qué espectáculo de desolación! ¡La milpa inundada y rota! ¡Los grandes árboles arrancados de cuajo! ¡El mar embravecido como una mala fiera! ¡El viento, que tarda en recuperar el sueño, rondando como un mal pensamiento! Llegaron rendidos a su casa.

—¿Dónde está ese bribón? ¡Déjenme ponerle las manos encima! —gritó el Trueno Mayor, furioso porque Tajín se había llevado sus cosas y más furioso todavía porque la tormenta lo había dejado hecho una sopa.

Pero no recibió respuesta. Nadie podía hablar. Los seis hombrecitos resoplaban penosamente para recuperar el aliento.

—¡Entréguenme a ese granuja!



Quiero azotarlo, triturarlo, machacarlo, picarlo, aporrearlo, molerlo, macerarlo, pulverizarlo... Ya después le pondremos un buen castigo.

El Trueno Mayor no podía quedarse quieto. Se tiraba de los bigotes, furioso. Estaba tan enojado que acabó por provocar la risa de sus hermanos. Sin embargo, lo que Tajín había hecho no era cosa de risa; de manera que los Truenos comenzaron a deliberar para decidir lo que debían hacer con el muchacho.

Tras discutir un buen rato los Truenos llegaron a una decisión. Ataron fuertemente a Tajín y lo llevaron al mar para tirarlo al agua.

—Ahí llevan a Tajín —decían los árboles sacudiendo gozosamente sus ramas.

—Por fin nos dejará tranquilos —parlotean los monos.

—Ahora sí podremos trabajar en paz —fue corriendo la voz entre las hormigas rojas y entre las hormigas negras, que no

rompieron filas ni siquiera para festejar la buena nueva.

Bien dentro del mar lo tiraron. No querían los Truenos que Tajín pudiese regresar.

Y desde entonces allí vive Tajín. Ha crecido el muchacho; ha cobrado fuerzas. Y de vez en cuando recuerda sus aventuras aéreas. Abandona entonces las profundidades marinas. Surge entonces cabalgando el viento desatado y hace galopar las nubes enloquecidas y los cielos repentinamente sombríos se desbaratan en una lluvia incontenible, mientras los relámpagos y los truenos se suceden sin conceder respiro.

Los ríos se desbordan, los árboles se desploman, los caminos se desmoronan, las cosechas se pierden, sufren los pueblos. Deben entonces los Siete Truenos trepar de nuevo a las nubes de tormenta para capturar a Tajín —al Huracán, como también llaman al muchacho—, para lanzarlo una vez más al fondo del mar.



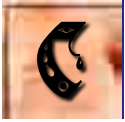
Referencia

Español. *Cuarto grado. Lecturas*, Secretaría de Educación Pública/ Comisión Nacional de los Libros de Texto Gratuitos, México, 2000.



Los árboles que lloran

Maya. Versión de Andrés González Pagés.
2005.



uando al principio del tiempo Noh Kú, o Sol Mayor, formó la Tierra del Mayab, llamó a uno de sus lugartenientes de más alta jerarquía, Yum Chaac, el Señor de las Aguas, y le dijo:

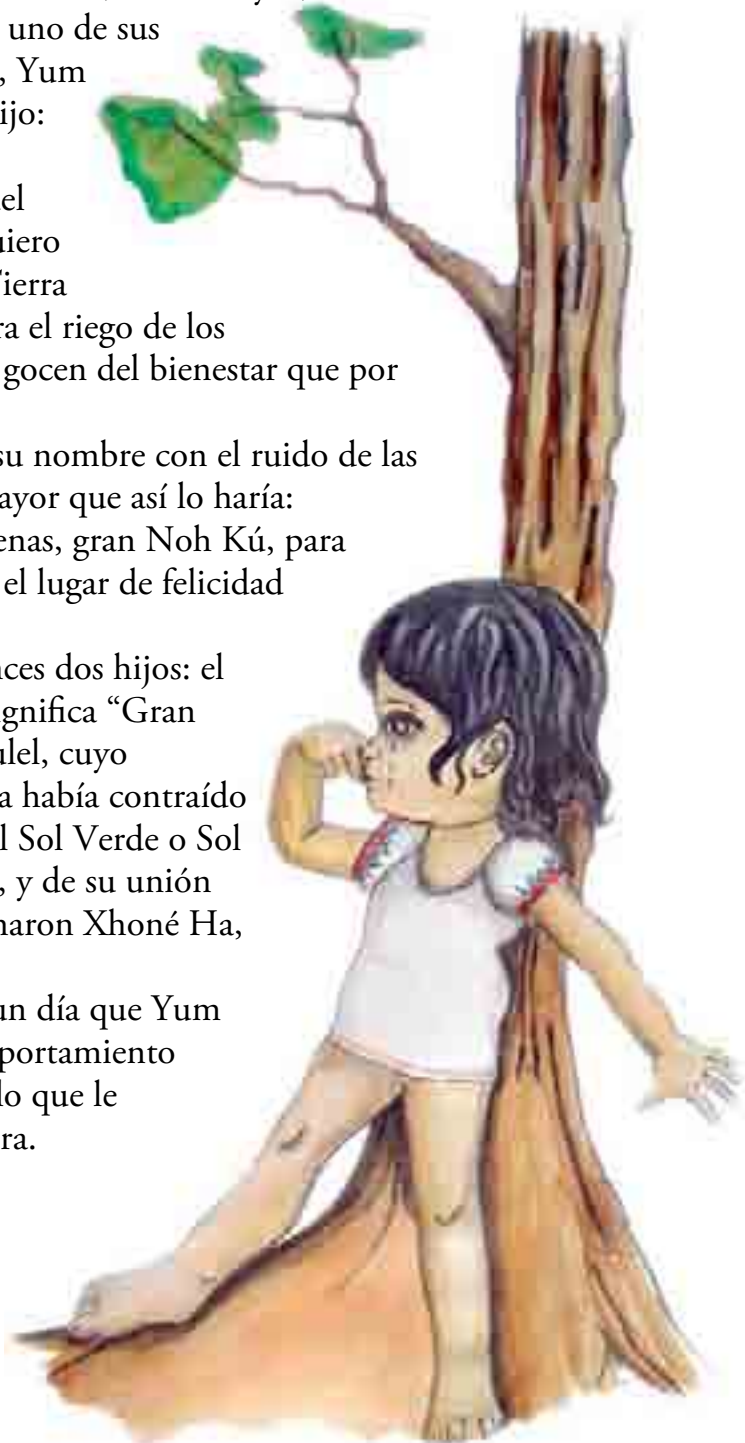
—Deseo que te encargues de repartir equitativamente las aguas del Cielo y de la Tierra. En especial, quiero que de toda el agua que hay en la Tierra dispongas una cantidad especial para el riego de los cultivos, de modo que los hombres gocen del bienestar que por su trabajo merezcan.

Yum Chaac, que había formado su nombre con el ruido de las gotas de la lluvia, aseguró al dios mayor que así lo haría:

—Haré con gusto lo que me ordenas, gran Noh Kú, para que este mundo que has creado sea el lugar de felicidad que por lo visto deseas.

El Señor de las Aguas tenía entonces dos hijos: el lozano Noh Zayab, cuyo nombre significa “Gran Corriente de Agua”, y la guapa Xbulel, cuyo nombre significa “Inundación”. Ella había contraído nupcias con el príncipe Yaax Kin, el Sol Verde o Sol Joven, hijo del Gran Sol o Noh Kú, y de su unión había nacido una niña, a quien llamaron Xhoné Ha, que significa “Agua Interior”.

Noh Kú o Sol Mayor consideró un día que Yum Chaac debía vigilar de cerca el comportamiento de las aguas que administraba, por lo que le ordenó que se fuera a vivir a la Tierra. El Señor de las Aguas obedeció sin tardanza, pero a su vez dispuso que para llevar a efecto debidamente la compleja labor de distribución del





preciado líquido debía hacerse ayudar, no sólo por su hijo, Noh Zayab, sino también por su hija, Xbulel.

El joven príncipe Yaax Kin, por su parte, fue asimismo requerido por su padre, Noh Kú o Gran Sol, para que trabajara cerca de él repartiendo la luz por todos los ámbitos del universo. De tal modo, la bella joven y su apuesto esposo no pudieron seguir viviendo juntos todo el tiempo. El joven príncipe sólo podía visitar a Xbulel y a su hija cuando lograba hacer un hueco en su trabajo y bajar a la Tierra apresuradamente.

Como por entonces tanto Noh Zayab como Xbulel eran aún muy jóvenes, en vez de ayudar cabalmente a su padre repartiendo todos los días equitativamente las aguas por la Tierra, mostraban una marcada preferencia por los juegos y las diversiones. Noh Kú se percataba de ello porque siempre andaba recibiendo quejas de los hombres, que a través de sus oraciones y súplicas lo enteraban de que por aquí y por allá los cenotes se secaban y los cultivos se echaban a perder, como consecuencia de no haber sido alimentados o regados con la debida oportunidad. Los jóvenes

hermanos sabían del enojo del dios mayor por los fuertes gritos que en forma de truenos llegaban a la Tierra, y que la hacían retemblar hasta en sus entrañas. Pero ellos, en vez de corregirse, cada vez se volvían más irresponsables y se escondían para seguir jugando y divirtiéndose.

Un día el cielo amaneció especialmente oscuro, lleno de nubarrones que presagiaban una tormenta fuera de lo común. Desde temprano comenzó a soplar un viento fuerte, que pronto se convirtió en todo un vendaval. Los árboles eran obligados por él a inclinarse casi hasta el suelo, incluyendo a los más fuertes, y parecía que en pocos momentos más iban a ser arrancarlos de cuajo.

Noh Kú demostraba así que había llegado al máximo de su enojo por el mal comportamiento de los hijos de Yum Chaac, y cada vez lanzaba más rayos a la Tierra, los cuales quemaban todo lo que encontraban a su paso. Los truenos que acompañaban al fuego del cielo eran los más violentos que hubiera habido nunca, y hasta los mismos cerros se estremecían como a punto de desmoronarse.



Presagiando lo peor, Yum Chaac llamó a sus hijos y les recomendó que ese día vigilaran con especial atención el curso de las aguas. Y, sobre todo, les recomendó lo siguiente:

—Queridos hijos, hoy, y todos los días como éste, en el que nuestro padre Noh Kú muestra su enojo por alguna razón que aún no nos ha revelado, todos deberemos extremar precauciones. Todos deberemos tener mucho cuidado en lo que hagamos, y ustedes en particular con Xhoné Ha, la nietecita a quien amo como a otra hija.

—Así lo haremos, querido padre —afirmó Noh Zayab conteniendo apenas las ganas de correr a jugar con su hermana en el campo.

Xbulel acostumbraba llevarse a su nena con ella a los juegos con los que sustituía su trabajo, y esta vez, viciada como estaba ya por la vagancia de tanto tiempo, no tuvo la voluntad necesaria para no fugarse con su hermano a jugar, y ni siquiera para dejar a su hija a buen cobijo ante el espectáculo del día, que cruzado por los rayos y el vendaval parecía estar a punto de convertirse en un caos.

Sin embargo, antes de ponerse a pescar con Noh Zayab a la orilla de un río, la muchacha dejó a su hijita dormida junto a un árbol llamado chucum, considerando que ese árbol, por su delgadez, no sería arrancado por el viento, así arreciase como nunca antes.

Pero entonces, como era lógico esperar, lo que ocurrió fue que las que no pudieron resistir el fuerte viento fueron las nubes, mismas que comenzaron a rasgarse por muchas partes y a dejar escapar una lluvia torrencial sobre toda la Tierra.

En ese momento sí que se asustaron finalmente los jóvenes hermanos Noh Zayab y Xbulel. Se disponían a elevar oraciones al dios mayor para pedirle que cesara aquella manifestación de su furia, cuando una ola surgida del agitado río al que habían ido a pescar los arrastró por la orilla varios metros, lastimándolos contra las piedras.

—¡Xhoné Há! —gritó Xbulel, poniéndose de nuevo en pie.

—¡Xhoné Há! —gritó asimismo Noh Zayab, mirando desoladamente en derredor sin que pudiera ver a la nena por allí cerca.

Ante la angustiada mirada del tío, sólo aparecían allí los matorrales empapados por la lluvia y estremecidos por el viento.

—¿Dónde la dejaste, Xbulel? —le preguntó a su hermana— ¡No debemos perder tiempo antes de encontrarla, pues esta tempestad puede aumentar todavía más su violencia y volverse sumamente peligrosa!

—¡Allá en uno de esos árboles tiene que estar! —contestó la muchacha, señalando hacia la distancia.

Entre las densas capas de lluvia, Noh Zayab pudo ver todavía un grupo de árboles chucum, incólumes a pesar del fuerte viento que doblegaba todo lo demás, incluyendo a los hermanos, quienes para no ser arrastrados caminaban tomados fuertemente el uno de la mano de la otra.

—¡Xhoné Há! —gritaban Xbulel y Noh Zayab, dirigiéndose hacia aquellos árboles. Su momentánea esperanza era que detrás del tronco de uno de ellos se oyera el llanto de la niña.

Pero al llegar junto al primer chucum, sólo vieron el charco que la lluvia había formado ya en torno a él.



—¡No fue aquí, entonces! —exclamó angustiada Xbulel.

—¡Busquémosla detrás de los demás troncos! —gritó Noh Zayab, arrastrando prácticamente a Xbulel en su nueva carrera.

Lamentablemente, en torno a todos los demás árboles los desesperados hermanos sólo pudieron encontrar charcos cada vez más grandes. Xbulel, entendiendo que aquella tragedia era consecuencia de su mal comportamiento, rompió a llorar en el hombro de su hermano, que también se sentía del todo culpable.

Al enterarse Yum Chaac y el príncipe Yaax Kin de que la nena había desaparecido, de seguro arrastrada por el río al comenzar a desbordarse, mostraron su gran dolor y atribuyeron a los hermanos la responsabilidad de tan grande catástrofe, que había afectado también, como ahora se sabía, a muchos de los pobladores de la Tierra. La muerte y la desolación se habían hecho evidentes en muchos pueblos al descender el nivel alcanzado por las aguas durante la tormenta.

Noh Kú, el Sol Mayor, también estaba terriblemente enojado, sobre todo por la pérdida de su nietecita, y en tales circunstancias llamó a Yum Chaac para decirle:

—Estarás de acuerdo conmigo, Señor de las Aguas, en que

desafortunadamente tus hijos merecen un severo castigo por su negligencia, la cual provocó mi enojo y la tragedia universal que ha ocurrido.

—Desde luego, gran Noh Kú —respondió Yum Chaac—. Es necesario darles un escarmiento que equilibre la balanza de la justicia, aunque no pueda





disolver el dolor que tanto tú como Yaax Kin y yo mismo sufriremos siempre, y que es el de haber perdido a la pequeña Xhone Há.

El Sol Mayor concluyó:

—Pues entonces, Señor de las Aguas, es a ti a quien corresponde darles el castigo que creas justo.

Yum Chaac actuó de nuevo sin tardanza, para terminar de aplacar la ira de Noh Kú. Llamó primero a su hijo, Noh Zayab, y con gran dolor en el rostro le comunicó la decisión del Sol Mayor y le impuso la siguiente sentencia:

—Si desperdiciaste tu tiempo sólo divirtiéndote en los campos en vez de trabajar también en ellos, vivirás desde ahora y para siempre, convertido en el agua que no quisiste trabajar, bajo la piel de la Tierra.

El muchacho desapareció de la escena al ser llevado por una fuerza insuperable hacia su nuevo destino.

Por eso ahora, cuando se rasca o perfora la corteza terrestre en cualquier parte de la península de Yucatán, se hace evidente la presencia de un manto de agua, y ha sido posible la apertura de pozos tanto para el riego como para el consumo directo de lo seres humanos.

A continuación, Yum Chaac llamó a su hija, Xbulel, para referirle asimismo

la decisión del Sol Mayor. Cuando hubo terminado, con un dolor aún mayor en el rostro, la sentenció del siguiente modo:

—A partir de ahora serás de agua y esperarás con desesperación la tempestad, para invadir las tierras de labranza y también las ciudades, siempre en busca de Xhone Há, e indeciblemente sufrirás al no encontrarla.

Igual que momentos antes había ocurrido con su hermano, Xbulel fue retirada de la presencia de su padre por una fuerza extraña e insuperable.

Por eso ahora los vientos parecen gemir dolorosamente durante las tempestades. Es la voz adolorida de la princesa Xbulel, que en vano pregunta por su pequeña hija, abandonada por ella misma un lejano día de irresponsabilidad y desamor.

El castigo de los dos hermanos desobedientes fue justo. Pero el de los árboles de chucum, que han debido arrastrar el mal prestigio de no haber protegido de la tormenta a la pequeña Xhone Há, ese castigo fue y sigue siendo injusto. Por eso todavía hoy quien los observa suele sorprenderse al ver que un copioso llanto baja por la corteza de su tronco, que es como su rostro, hasta el punto de que pareciera haber caído sobre ellos recientemente una lluvia muy intensa.

Referencia

Rosado Vega, Luis, "Los árboles que lloran", de *El alma misteriosa del Mayab*, en José Rogelio Álvarez (comp.), *Leyendas mexicanas*, 4, Editorial Everest, S. A., León, 1998.





El Tlalocan, o Paraíso de Tláloc

Teotihuacana.

Versión de Andrés González Pagés.

2005.



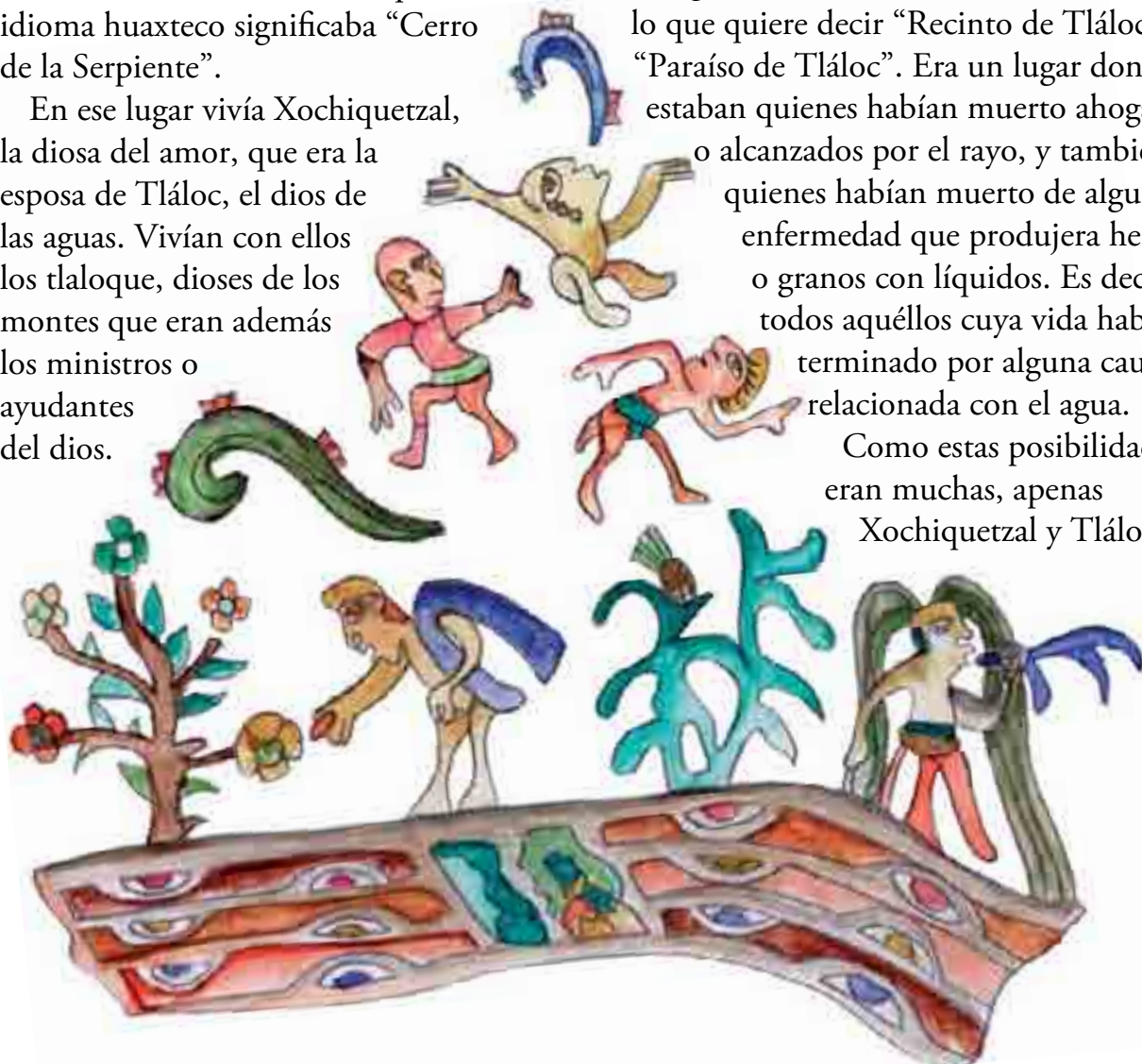
Ubicado en el Primer Cielo, en el penacho de nubes que siempre estaba encima del cerro de la Malinche, cerca de la cueva donde Quetzalcóatl formó al primer hombre, había otro promontorio más, llamado Tamoanchan, que en idioma huasteco significaba “Cerro de la Serpiente”.

En ese lugar vivía Xochiquetzal, la diosa del amor, que era la esposa de Tláloc, el dios de las aguas. Vivían con ellos los tlaloque, dioses de los montes que eran además los ministros o ayudantes del dios.

Con tanta divinidad alojada allí, el lugar no podía sino ser espléndido, o representar algo muy especial.

En efecto, se encontraba también allí en las entrañas del cerro de la Malinche, el lugar de delicias llamado “Tlalocan”, lo que quiere decir “Recinto de Tláloc” o “Paraíso de Tláloc”. Era un lugar donde estaban quienes habían muerto ahogados o alcanzados por el rayo, y también quienes habían muerto de alguna enfermedad que produjera heridas o granos con líquidos. Es decir, todos aquéllos cuya vida había terminado por alguna causa relacionada con el agua.

Como estas posibilidades eran muchas, apenas Xochiquetzal y Tláloc





crearon el maravilloso lugar se encontraron con que los aspirantes a morar en él eran asimismo muchos. De tal modo, los mencionados dioses decidieron organizar a aquellos muertos en equipos para que jugaran y para que trabajaran en cosas placenteras, pues se trataba de premiarlos, ya que incluso a la hora de la muerte les habían sido fieles.

—Yo pienso que deberemos formar equipos para el juego de pelota —dijo Tláloc, que era muy dado a los deportes y siempre que se convertía en lluvia corría incansable de un lado para otro.

—¿Y qué te parece —le dijo su esposa, viendo que no todos los muertos eran igual de altos y fuertes como para desempeñarse bien en el juego favorito de Tláloc— si mejor eso lo haces tú con quienes encuentres aptos para el caso, mientras yo convoco a quienes quieran jugar a la serpiente del agua?

Aquel juego consistía en que varios individuos formaran cadenas tomados de las manos, pero pasando la izquierda por debajo de las piernas para que el compañero de atrás se la tomara con la derecha, y entonces, como si fueran todos un río, caminaran hacia donde todos hubiesen convenido que estaba el mar.

—Me gusta la idea —aseguró el dios del agua—; siempre y cuando todos ellos canten mientras caminan. Porque recuerda que si nuestra primera intención es que todos quienes aquí radiquen sean felices, también lo es que ellos mismos contribuyan a serlo.

—¡Hum! —exclamó pensativa Xochiquetzal— Esa podría ser una regla común para el Tlalocan: ¡que todos sus pobladores canten de continuo, a fin de que en los demás cielos se sepa que tu paraíso es el lugar de la felicidad eterna!

“Lo cual además me dará bastante prestigio en la Tierra”, pensó Tláloc para sus adentros, “pues mucha gente querrá morir relacionada conmigo antes que con el fuego u otras causas, sabiendo que va a ser feliz ya para siempre.”

Otros juegos y actividades que Tláloc y Xochiquetzal organizaron en el Tlalocan fueron la natación y el buceo, en los ríos verdaderos del lugar, y el arte de atrapar mariposas para estudiarlas y luego soltarlas, habiéndolas dibujado antes en bonitos pliegos de papel amate.

También dispusieron contingentes que se avocaran al cuidado de diversas flores y de cultivos como maíz, calabaza, frijol y quelite, a la vez que chile y jitomates, todos los cuales les permitían, como en vida, mantener sus viviendas





bellamente adornadas y gozar, durante las comidas, de manjares exquisitamente condimentados.

Bien pronto el Tlalocan pudo reconocerse desde la entrada misma al cerro de Tamoanchan, porque desde él llegaban las muestras de alegría que significaban los cantos de la gente feliz.

En opinión de Xochiquetzal, este prestigio se mantenía además por las viandas que allí se cocinaban y cuyo exquisito olor se extendía hasta más allá de los alrededores del cerro.

Además de las muertes por ahogamiento en agua, o por causa de un rayo, el día que las personas se morían de enfermedades contagiosas e incurables, los nahoas de la cultura teotihuacana no las quemaban, como era lo común respecto de las víctimas de otras enfermedades, sino que las enterraban, les ponían semillas de quelite sobre las quijadas y les pintaban la frente de azul, con papeles cortados en el colodrillo, o sea la parte posterior de la cabeza.

Los vestían también con papeles y les ponían una vara o una rama en la mano, para que pudieran ayudarse a caminar hasta el Tlalocan o para que al llegar allí la agitaran en señal de gusto.

Los preparaban así para su llegada al que llamaban “paraíso terrenal”, donde, se sabía, reinaban por siempre jamás “la verdura y el verano”. Pero donde, sobre todo, como ya hemos visto, reinaba la alegría.

Iban allí además los niños que habían sido sacrificados en honor de Tláloc, y ya en el Tlalocan tenían derecho a ser incluidos en todos los juegos y actividades propias de su edad, así como



a ser divertidos por los adultos, quienes a menudo los paseaban en hombros.

Sí, todo era alegría en el Tlalocan. Pero un día llegó a él un guerrero que habiendo estado destinado, como todos los guerreros nahoas, a vivir después de su muerte junto a Quetzacóatl en el luminoso paraíso del dios supremo, había tenido recientemente la mala suerte de ahogarse por salvar a una anciana que había caído a un lago.

—Estoy seguro de que convendrás conmigo, querido Tláloc —le dijo Quetzalcóatl al dios de las aguas—, en que este nuevo héroe venga a vivir su vida eterna en mi paraíso y no en el tuyo. Su muerte por agua ha sido del todo circunstancial, habiéndose debido ni más ni menos que a su característica más importante, o sea la valentía, misma que yo premio trayendo a sus dueños a mi paraíso.



El guerrero estaba feliz de oír a Quetzalcóatl refiriéndose a su persona en tan elogiosos términos, y gozaba ya de una felicidad anticipada mirando de reojo hacia el interior del dorado paraíso del dios del Sol. Algunos amigos suyos, muertos durante una reciente guerra, estaban platicando bajo un árbol florido. Al verlo, lo saludaron a señas y le mostraron su alegría porque iba a unirse a su grupo de guerreros deificados.

Los dioses se despidieron y Quetzalcóatl le dio al compungido guerrero una palmada de consolación en el hombro. Luego éste, tratando de no mostrarse demasiado triste ante Tláloc, lo siguió hasta las puertas del paraíso menor, recibió el par de ramas de ocote que el propio dios le ofrecía y, a una muy amable indicación suya, entró en el Tlalocan.

—¡Oh, hermanos en la gracia de Tláloc!
—elevó su voz el guerrero, agitando



Él les contestó con un ademán que por igual mostraba su infinita alegría.

—¡Para nada, mi querido y supremo Quetzalcóatl! —dijo Tláloc sorprendidamente— Si ordenas eso, el Orden del Universo se verá amenazado, pues siempre que se dé un caso así en el futuro habrá que hacer lo mismo, y correríamos el riesgo de que a la larga las excepciones superasen a los hechos normales.

—¡Tienes razón! —aceptó Quetzalcóatl— Llévate contigo a este valiente guerrero, y que goce por siempre de la felicidad natural que puedes ofrecerle.

al aire sus ramas e interrumpiendo los variados juegos y labores de aquel día— ¡Les pido que me acepten como uno más de ustedes, ya que no me fue dado transgredir las leyes universales para morar en adelante en el paraíso del gran Quetzalcóatl, como parecía ser mi destino, dadas las glorias que para él conquisté en muchas guerras contra bárbaros invasores!



Los vecinos más cercanos veían cómo el guerrero agitaba al viento sus ramas de ocote, cual era la obligación de todo quien se integraba a aquel paraíso, en señal de alegría, pero también escuchaban con atención no exenta de azoro sus pesarasas palabras, si bien no podían ponerse tristes debido a que ellos ya pertenecían a uno de los dos reinos de la eterna felicidad. Tampoco pudieron ponerse tristes cuando el guerrero dejó correr algunas lágrimas, aunque todos, afirmando con la cabeza, lo hicieron sentir que se compadecían de él.

—¡Más que muchos otros hombres, que no combatieron honrosamente contra los enemigos de Quetzalcóatl — siguió diciendo el recién llegado orador, quien se enjugó las vertidas lágrimas—, yo merecía haber recibido en mi rostro la imposición de la máscara de ónix que convierte en dioses a los hombres! ¡Pero por salvarle la vida a una buena mujer que resbaló hacia un lago, mis piernas se vieron enredadas en las plantas del fondo, y hube de morir por agua en vez de recibir en el trance culminante la luz del sol o la energía de Xipe-Totec, el hacedor de los vientos!

Una señora que antes del sentido y bello discurso estaba calentando el comal para cocinar, entre otras que terminaban de amasar el maíz molido, se dirigió así a quien lo había pronunciado:

—¡Bienvenido seas pues entre nosotros, gran guerrero! Y en nombre de todos los que aquí vivimos por la gracia de Tláloc, te invito a que olvides para siempre tu pena y goces a partir de ahora de nuestra misma felicidad.

El guerrero aceptó gustoso, y en correspondencia a su buena disposición los propios dioses Xochiquetzal y Tláloc asistieron al banquete que los de Tlalocan le organizaron en la casa de a misma señora para recibirlo. Ella se lució en primer término con un vistoso y oloroso manjar hecho a base de calabaza con quelites y chile, acompañado de tortillas recién hechas y calientitas.

Cuando ya estaban en la sobremesa, unos jóvenes se le acercaron a decirle:

—Venimos a proponerte que formes parte de nuestro equipo de bastoneros para jugar a la pelota.

Tláloc, que estaba ahí cerca, se volvió a mirarlo con gesto interrogante.

—¡Desde luego! —aceptó él —¿Cuándo podré jugar mi primer juego?

—Mañana mismo apenas amanezca, pasaremos por ti para ir al campo —le prometieron—. No deberemos acabar muy tarde, para que el calor de la estación no nos fatigue.

—¡Nosotras les prepararemos el desayuno para después del juego! —dijo la señora de la casa.

Muy sonriente, Tláloc le dijo a su esposa, la diosa Xochiquetzal, que la invitaba a ir al partido al día siguiente. Ella aceptó a cambio de que al término del juego fueran a la exposición de mariposas que los aficionados a esos insectos iban a inaugurar también ese día. Tláloc dijo que se sentiría muy complacido de estar allí, y de rubricar el día con una buena lluvia que bajara el calorcito que por aquellas fechas, en efecto, andaba apretando más de la cuenta.



Referencias

Rodríguez, Antonio, *El hombre en llamas, Historia de la pintura mural en México*, Thames and Hudson Londres, México, 1967.

Torquemada, fray Juan de, *Los veinte y un libros rituales: Monarquía indiana*, citado por Alfonso Caso en "El paraíso terrenal en Teotihuacán", *Cuadernos Americanos*, núm. 6, México, 1942, pp. 127-136.

Toscano, Salvador, *Arte precolombino de México y América Central*, México, 1952.

Trejo, Silvia, "Tlalocan, recinto de Tlaloc", extracto de *Dioses, mitos y ritos del México antiguo*, SRE/IMCI/Miguel Ángel Porrúa, México, 2000, en *Arqueología*, México, vol. XI, núm. 64, *sf.*



Leyendas coloniales





El puente de Los carmelitas

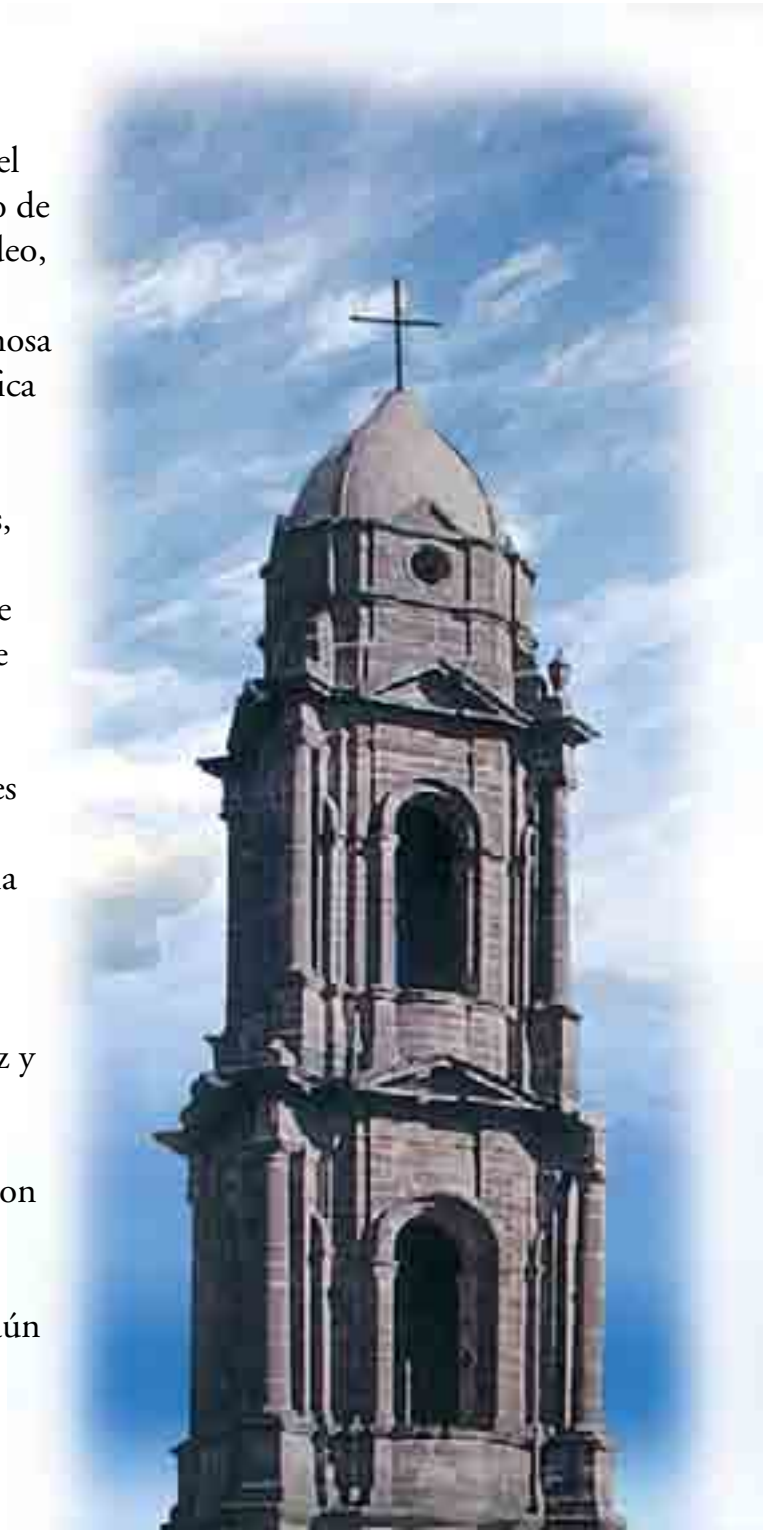
Guanajuatense. Versión de Andrés González Pagés.
2005.



Salvatierra fue la primera población del estado de Guanajuato en alcanzar el rango de ciudad, lo cual ocurrió el año de 1644. Se ubica en el valle de Guatzindeo, al cual cruza el río Lerma-Santiago y cuyo nombre significa “Lugar de hermosa vegetación”. Ello, en la región geográfica conocida como El Bajío.

Rica en arquitectura colonial civil y religiosa, que se ejemplifica en casonas, haciendas y conventos con patios de arcadas de diversos estilos, la ciudad de Salvatierra se halla cruzada de noroeste a sureste por el ya mencionado río Lerma-Santiago, que antiguamente recibió el nombre de río Grande. Antes de abandonar la urbe, en su extremo sur, el torrente se deja caer en una bella cascada que más allá, internándose en un multisecular bosque de sabinos, propicia la formación de posas que los del lugar han hecho suyas para su solaz y esparcimiento.

Al parecer, los primeros edificios públicos construidos en la ciudad fueron el templo y el convento del Carmen, de estilo barroco churrigueresco y de ornamentación exquisita, visible ésta aún hoy en retablos y pinturas de la época.





Su construcción, a cargo de los monjes carmelitas, comenzó en 1646, para ser terminados en 1655. En el convento del Carmen ocurrieron no pocos de los hechos que más adelante vamos a referir.

En relación con este convento existe otra construcción admirable en Salvatierra, iniciada también en el siglo XVII. Es el todavía hoy usado puente de Batanes,* que los mismos monjes carmelitas tuvieron a bien levantar sobre el río, y en el cual habría de darse un hecho de armas en tiempos de la guerra de Independencia: el 16 de abril de 1813 se celebró en él una batalla en la que el general insurgente Ramón Rayón, hermano del célebre don Ignacio López Rayón, fue derrotado por Agustín de Iturbide.

Antes de la construcción de ese puente, el río Lerma-Santiago cobraba muchas vidas, sobre todo en la época de lluvias, pues pese a su fuerza y peligrosidad no eran pocos los hombres que se aventuraban a cruzarlo. Lo hacían necesitados de conseguir los granos que se producían en la hacienda de San Nicolás de los Agustinos, situada al oriente de Salvatierra, y las frutas que a través de la gran ciudad de Valladolid llegaban de la tierra caliente.

Desde su celda del convento, fray Diego de Cristo observaba el río implacable y pensaba en la posibilidad de librar a su ciudad de las calamidades que le ocasionaba.

El monje había comenzado a imaginar la construcción de un gran puente que atravesara el impetuoso cauce, y se puso a trabajar en ello. Lo primero que hizo fue plasmar su deseo en un lienzo que

despertara en el padre prior su buen ánimo a favor del proyecto.

Un día, estando ya por terminar su trabajo, se propuso no abandonarlo mientras su idea no quedase expresada con toda claridad en el dibujo que la mostraba. De tal modo, no oyó la llamada que la campana de la torre del templo del Carmen hacía a todos los frailes para que se reuniesen en el coro del convento, como todos los días, a cantar los salmos de David.

Sólo cuando pudo ya admirar satisfecho la realización plástica de su sueño, el canto de sus hermanos pudo entrar en sus oídos. Apenado, tomó su breviario de cánticos y se dirigió al lugar de la reunión, que era el coro del convento. A su llegada, tratando de no interrumpir el sonoro canto de los demás frailes, fue a postrarse ante el padre prior, a fin de que le levantase el castigo a que se habría hecho merecedor por su tardanza.

—Levántate, hijo —fue el cálido recibimiento del padre prior—. Dios ha de saber bien que no por estar haciendo algo impropio de tu alta condición de siervo suyo es que llegas tarde. ¿O es que sintiendo menguada tu salud has debido tomarte un tiempo para reponerla?

Fray Diego de Cristo consideró la pregunta de su superior como una afortunada oportunidad que no debía desaprovechar. Allí mismo se propuso solicitarle una audiencia para hablarle ampliamente de su proyecto de construir un gran puente sobre el río Grande.

—Mi tardanza, oh Padre —le contestó—, se ha debido a la necesidad que tenía de concluir un proyecto de gran beneficio para nuestra orden



religiosa y para nuestra ciudad. Como puedo parecerle poco humilde por estas palabras, te solicito me permitas mostrártelo y borrar en ti esa impresión.

No sin sorpresa por la osadía de su subordinado, el padre prior le concedió la audiencia que le solicitaba, y al día siguiente quedaba en realidad admirado tanto por el detallado dibujo hecho por el fraile como por la convincente elocuencia de su exposición.

—¡Vaya! Creo que tu proyecto es razonable, hermano, y que su realización, tal y como ayer lo decías, podría acarrear un gran beneficio para nuestra orden religiosa y para nuestra querida ciudad de Salvatierra. Buscaré la aceptación del señor obispo.

Bien recibido que fue también el proyecto de los carmelitas por las altas autoridades eclesiásticas, la construcción del puente sobre el río Grande comenzó





en pocas semanas, con el propósito de terminarlo en el menor tiempo posible.

Así, los enormes pilares del puente comenzaron a crecer con el gran entusiasmo de los frailes y de los peones que habían sido contratados para la magna obra. Todos ellos sabían que estaban propiciando con su arduo trabajo el desarrollo de Salvatierra. Sin embargo, aun yendo todo tan bien, el ánimo del padre prior se vio de pronto invadido por el decaimiento.

La razón de su estado era que desde el arranque mismo de la obra, fray Diego de Cristo había ido mostrándose cada vez más autoritario y soberbio con los demás monjes y con los peones contratados. Incluso a él llegaba a mostrarle poca consideración en algunos momentos.

El padre prior trataba de atraer al monje para hacerle notar su proceder equivocado, mismo que a la larga pudiera perjudicarlos a todos.

—¡Hijo, quisiera tener una plática contigo...!

—¡Discúlpame, padre, pero debo atender a ciertos requerimientos de los hombres que ahora mismo están levantando una trabe en la primera sección!

Y, como ya se ha dicho, fray Diego estaba irreconocible por igual ante sus hermanos que frente a los trabajadores no religiosos:

—¡Voto al Cielo que no sabéis leer, hermanos! ¿Es que el Demonio os ha cerrado el entendimiento y ya no interpretáis con cordura lo que yo claramente os indico en estas instrucciones?

La consecuencia fue que de pronto la obra, al principio tan dinámica, terminó casi por paralizarse. Ante la altanería de fray Diego, los trabajadores externos dejaron de presentarse a trabajar. Entonces, ya no sólo el padre prior, sino muchos de los frailes, trataron en distintos momentos de persuadir al hermano de que si cambiaba su mal trato a los trabajadores, y a ellos mismos, todos volverían a ocupar con gusto su puesto en los trabajos del gran puente.

Pero tanto el padre prior como los frailes fueron despedidos una y otra vez con los peores modos imaginables. El fraile-arquitecto más parecía un poseso que un servidor de Dios:

—¡Idos ya de mi presencia, si no queréis que acabe de perder los estribos sobre tu despreciable físico, so testarudo!

Todos quienes participaban en la obra se lamentaban de no poder interpretar el proyecto de fray Diego como él lo requería. Y una pregunta terrible comenzó a recorrer todo Salvatierra:

—¿Habrà alguien en alguna parte que pueda llevar a buen término nuestro puente, o deberemos mirar por siempre esta lamentable obra inconclusa avergonzando a nuestra ciudad y a nuestro paisaje?

—¡Ningún alarife o maestro de obra satisfacen a fray Diego!

El propio autor del proyecto había comenzado a creer en la imposibilidad de que pudiera llegar a concluirse.

Pero, a diferencia de todos los demás pobladores de Salvatierra, que lamentaban que así pudiera ser, él, enfermo de orgullo, no hacía otra cosa que burlarse de la que consideraba una incapacidad total para entenderlo:



—¡Son todos unos bellacos privados de juicio!

Una tarde en que fray Diego caminaba por una orilla del río, reprobando con ojos de fuego a los religiosos y albañiles que buscaban en él una respuesta al problema, le salió al paso un hombre alto y rubio, quien le dirigió las siguientes palabras:

—¡Fray Diego! ¡He estudiado tu proyecto, y creo que puedo continuarlo y aun llevarlo a buen término pronta y satisfactoriamente. Te solicito me permitas explicarte la forma en que proseguiría los trabajos, pues confío en que comprobarás que entiendo tu idea y en que te convencerás de mi talento para desarrollarla.

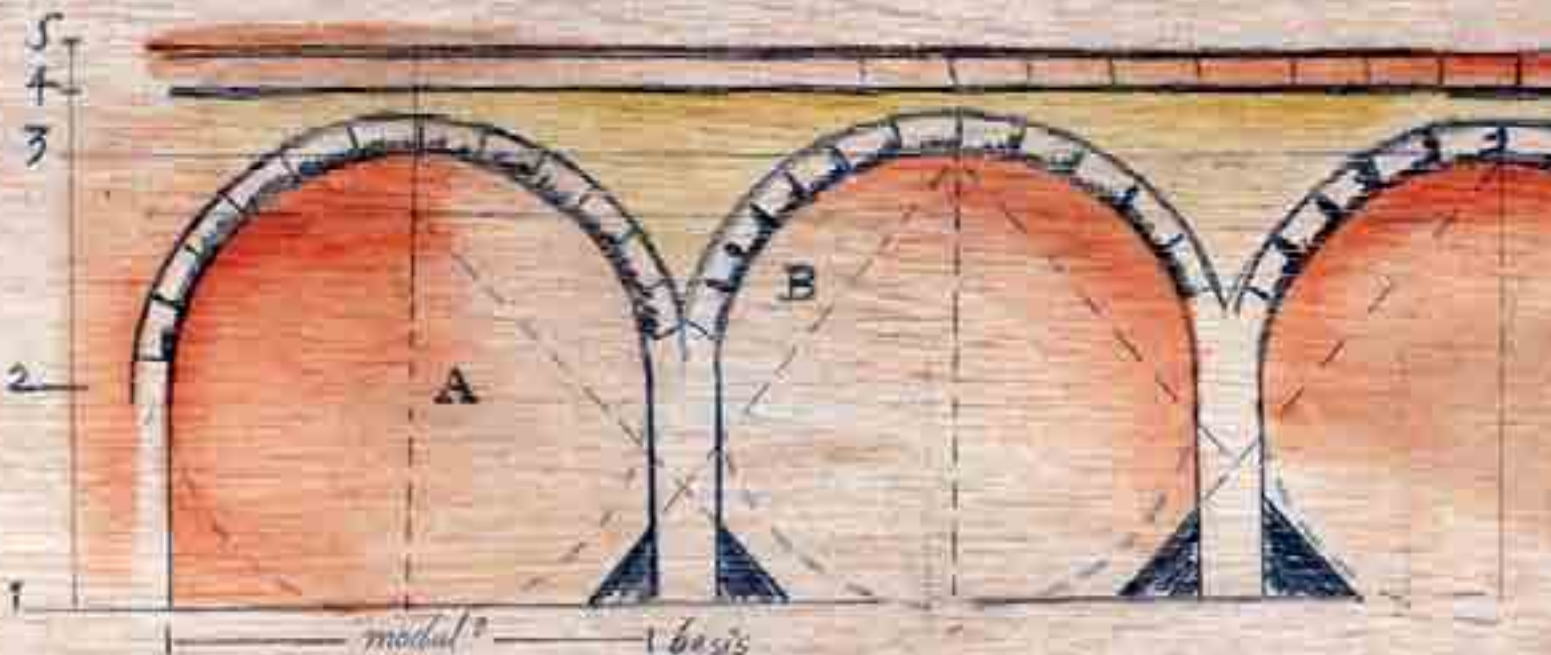
Después de escuchar a Juan de España, que así dijo llamarse el desconocido, quien decía además ser un alarife recién llegado de la península, fray Diego aprobó su propuesta y se dispuso a ir a pedirle al padre prior que se le contratase de inmediato. No importaba que hubiera

de concedérsele al recién llegado la condición de que, además de la paga, lo hospedaran en el convento.

Otro monje, fray Francisco de la Madre de Dios, que era el encargado de los peones y de quienes se ofrecían voluntariamente para trabajar en la obra, había alcanzado a oír lo dicho por Juan de España a fray Diego, y el alarife no le inspiró ninguna confianza. Mientras el fraile-arquitecto corría prácticamente por el camino, fray Francisco fue diciéndole a su hermano carmelita que reflexionara antes de hablar con el padre prior. Como era ya costumbre, fray Diego sólo tuvo malos modos para él.

—¡Idos de mi presencia, hermano! ¡Y que no os vuelva yo a ver por las obras del puente hasta su término! ¡Cuando regrese de hablar con el padre prior nombraré a otro encargado de los peones!

Esperanzado en que la obra pudiera seguirse ya, pues el calendario avanzaba rápidamente hacia la época de lluvias, el padre prior autorizó que Juan de España se hiciese cargo de los trabajos.





También autorizó que el nuevo maestro de obras, además de recibir la paga que a su puesto estaba asignada, pasara a ser huésped temporal de la congregación. Fray Diego y el nuevo alarife regresaron a la obra sumamente complacidos, y el fraile-arquitecto ordenó a todos sus subordinados, frailes y peones, la inmediata continuación de los trabajos a las órdenes del recién llegado. Sin excepciones, aquéllos no dejaron de mirar la situación con recelo:

—¡Ese tal Juan de España es todavía más arrogante que fray Diego de Cristo!

—Sí; realmente.

Hago votos por que todo esto no resulte en un nuevo fracaso. Sin embargo, una sorpresa general, y la gran satisfacción del fraile-arquitecto, fueron que durante los siguientes días las obras avanzaron con mucha rapidez.

El puente daba muestras de poder llegar a término en un poco más de tiempo. Juan de España cobraba gran prestigio por toda la ciudad, y su éxito se comentaba entre la nobleza con las mejores expresiones:

—¡Al fin estamos cerca de domeñar al río Grande!

—¡Estoy de acuerdo! ¡El nuevo alarife tuvo que haber sido enviado a Salvatierra por el mismo Cielo.

Pero la verdad era muy distinta, pues en el interior del convento el padre prior estaba angustiado por la súbita caída del orden. Bajo la mala influencia de Juan de España y la complicidad de fray Diego de Cristo, ya casi ningún hermano iba al coro por las mañanas ni por las tardes a cantarle al Creador. En los pasillos y los claustros donde antes reinaban la paz

y el silencio propicios para la oración, se oían ahora altas voces y toda clase de ruidos distractores. Se dejaba de levantar la cosecha en la huerta; se comía de pie en medio del bullicio; los pasos antes discretos eran ahora sustituidos por los más inútiles y groseros apresuramientos.

Aun así, se llegó el día en que el puente sobre el río Grande quedó concluido. Gustosa y alegre, la población entera de Salvatierra se reunió ante el padre prior para dar gracias al Cielo y celebrar el feliz término de la obra. El superior agradeció en especial a fray Diego de Cristo y a Juan de España sus buenos empeños, lo mismo que a todos quienes habían colaborado en los trabajos. Y, luego de bendecir el puente, mientras la población festejaba ya el acontecimiento con música y danzas, regresó al convento a orar, para que así como afuera reinaba la alegría, retornara la paz al interior del santo edificio.

El superior se entregó entonces a una profunda oración a su patrona, la Virgen del Carmen. Las horas pasaron, y afuera, poco a poco, toda la ciudad fue regresando a la tranquilidad. De pronto, a altas horas de la noche y sin que el padre prior pudiera darse cuenta, allá sobre el monte de Culiacán comenzó a fraguarse y a caer una terrible tormenta.

Hasta la celda del padre prior llegaban las ráfagas de un viento que parecía no sólo querer apagar las llamas de los cirios, sino llevarse todo lo que encontraran a su paso. Pero esas violentísimas ráfagas, más alarmantes que cualesquiera otras que pudieran recordarse, no llevaban fuerza suficiente para arrancar al superior de su diálogo con la Santa Madre de Dios.



Sólo cuando encontró la solución al terrible problema por el que su congregación atravesaba, el padre prior se puso en pie. Tomó la imagen de la Virgen ante la que había estado orando, y fue con ella a la celda que le había asignado a Juan de España. Entró y caminó hasta el pie del lecho, donde el maestro de obras parecía estar esperándolo, no sólo con cara de pocos amigos, sino con un franco aspecto diabólico.

—¡En el nombre de la Madre de Dios, te conmino a que ahora mismo salgas de este santo convento! —expresó con toda autoridad, tanta que los ojos del otro hombre se agrandaron como a punto de saltar de sus órbitas.

De inmediato, Juan de España, que reposaba vestido, abandonó su celda como si fuese otro vendaval, y no se detuvo hasta la puerta del convento. Quitó el cerrojo con un gran golpe y reemprendió su carrera hacia la tormentosa noche.

Con el ruido del cerrojo y las voces del padre prior, que ahora le gritaba al hombre aquél que se alejara para siempre del Salvatierra, todos los frailes se despertaron y fueron a ver lo que pasaba. Por coincidencia, de afuera llegaban en ese momento varios de los peones que habían trabajado en la construcción del puente. Asustados, venían a dar una mala noticia:

—¡Padrecitos! ¡Padrecitos! ¡El río está muy crecido!

—¡Está golpeando contra las columnas del puente, como queriendo derribarlo!

En efecto, allá afuera los grandes pilares parecían estremecerse ante el embate del caudal embravecido. Temiendo un desastre, muchos parroquianos se habían

llegado hasta el punto para ayudar, con sus oraciones, a que el gran puente resistiera.

Como si la hora se hubiera adelantado, en ese momento comenzó a tocar la campana del templo, anunciando el nuevo día. En un punto del nuboso cielo acababa de abrirse un hueco por el que un rayo de luz lograba colarse. El padre prior miró fijamente las aguas, levantó la imagen de la Virgen del Carmen que seguía llevando en brazos, y convocó a los presentes a entonar el Ángelus en honor de la Santa Madre de Dios.

—¡*Angelus Domini nuntiavit Mariae...*!

—entonó el padre prior, poniéndose de rodillas.

—¡*Et concepit de Spiritu Sancto!*

—contestaron los fieles que lo rodeaban, imitándolo en su actitud piadosa.

—¡Ave María! —corearon todos.

En ese preciso instante el viento cambió su dirección, llevándose la fuerte lluvia hacia las montañas. Todos quedaron sorprendidos al oír que también un fuerte alarido se alejaba hacia la aún tormentosa cumbre del cerro de Culiacán, y al comenzar a recibir los cálidos rayos del sol, que los dejaban ver cómo las aguas del río tomaban su nivel normal.

—¡Milagro! ¡Milagro! —comenzó a oírse entre los allí reunidos, y el grito feliz fue recorriendo todas las calles de Salvatierra, a medida que iba extendiéndose previamente la noticia de la derrota del demonio por parte de los carmelitas.

Fray Diego de Cristo volvió a postrarse ante el padre prior, a quien pidió perdón por su mal comportamiento de antes.



Y todos volvieron a entonar el Ángelus, mientras el superior bendecía de nuevo el puente con la convicción de que nunca más habría de verse amenazado por fuerzas contrarias a las del Cielo.

*Batán: máquina generalmente hidráulica, compuesta de gruesos mazos de madera, movidos por un eje, para golpear, desengrasar y enfurtir** los paños.

**Enfurtir: dar en el batán a los paños y otros tejidos de lana el cuerpo correspondiente.

Referencias

Corona Núñez, José, "Leyenda del puente de los carmelitas", de *Voces del pasado*, en José Rogelio Álvarez (comp.), *Leyendas mexicanas*, 2, Editorial Everest, S. A., León, 1998.

La Enciclopedia de los Municipios de México. Salvatierra, Guanajuato, www.e-local.gob.mx/wb2/ELO_CAL/EMM_guanajuato

Vargas Somoza, Federico, "Salvatierra: The Golden Gate of the Bajío Region", *México desconocido on line*, México, 16 de agosto de 2005, www.mexicodesconocido.com.mx/english/pueblos_y_otros_rincones/occidente/detalle.cfm?idsec=39&idsub=0&idpag=2105





Cuando se cambió el mundo, o cuando cayó el diluvio

Nayarita. Versión de Andrés González Pagés.
2005.



Había en San Mateo del Mar un campesino llamado Juan, que vivía solo, con su pareja de perros. Como todos los hombres de su pueblo, nuestro amigo trabajaba siempre de sol a sol en la labranza de la tierra, por lo que regresaba por las tardes muy cansado a hacerse de cenar, lo mismo que a sus canes. Éstos le cuidaban la casa durante su ausencia, y velaban luego su profundo sueño, con el que Juan recobraba las fuerzas necesarias para el trabajo del siguiente día en el monte.

Una noche Juan soñó que un amable señor vestido de blanco, al que sólo semanas más tarde pudo identificar como el mismo Dios, venía a visitarlo hasta el pie de su cama para hablarle de este modo:

—Juan, quiero avisarte que el mundo se va a acabar, porque se va a voltear al revés y entonces va a ser ya de otra manera.

El campesino, que era un hombre muy práctico, se quedó un rato pensando en que si se ponía a atender las palabras del señor aquel de su sueño y hacía partícipes del asunto a los otros hombres de pueblo, en vez de irse todos a trabajar decidida y calladamente al campo iban a irse a la cantina para ponerse a discutir días y días sobre las probabilidades de que el vaticinio resultara cierto, y luego nadie iba a tener en sus casas los alimentos que necesitaban y tanto ellos como sus familias sufrirían hambre. Él mismo estaría en problemas, así como sus queridos y fieles perros, que en ese





momento habían venido a despedirlo hasta la puerta.

—¿Estás seguro de lo que debes hacer al respecto, amo? —parecieron decirle ellos al abstenerse de hacerle los arrumacos diarios y al mantener la cola rígida, a diferencia de la forma alegre como la movían todas las mañanas— ¡Piensa con calma antes de decidir esta situación tan delicada!

Durante todo aquel día Juan tuvo el tiempo suficiente para aquilatar la conveniencia o inconveniencia de contarle su sueño a los demás campesinos de San Mateo del Mar, y ya al caer a tarde decidió que sería muy tonto si le prestaba oídos a un señor desconocido, por amable que fuera, cuya única gracia era haberle hablado durante un sueño. Así, al término del trabajo con las verduras que estaba cultivando dirigió sus pasos hacia el camino, a cuya vera otros hombres se disponían a regresar al pueblo.

Pasaron unas semanas, y Juan prácticamente se olvidó de aquel extraño hecho que en un principio no había dejado de inquietarlo.

Pero de pronto, otra noche igual de tranquila que aquella de su primer sueño, el mismo señor amable y vestido de blanco hizo su aparición junto a su cama para decirle lo que ya la primera vez le había dicho, y algo más:

—Juan, ¿ya está listo lo que te encargué?

Y como Juan le hizo saber que no había comenzado todavía, el señor se mostró molesto y le dijo:

—Bueno, vengo a avisarte otra vez que ya va a llegar el fin de mundo. Todo va a quedar cubierto por el agua del mar, porque los seres humanos ya son muchos y no más se han dedicado a hacer maldades. Quiero que te pongas a torcer mucho mecate de palma.

Nuestro amigo consideró entonces que era absurdo que porque se fuera a acabar el mundo él tuviera que ponerse a torcer mucho mecate de palma.

—Decididamente —pensó—, creo que debo cenar más ligero, para no seguir teniendo este sueño que ya empieza a parecer pesadilla.

Sus perros, en cambio, al despedirlo aquella mañana, le ladraron como para decirle que no estaban de acuerdo con tal parecer. Debido a esa agresiva actitud de sus compañeros de la vida, mientras regaba su milpa y sus siembras de frijol y de calabaza, todo el día se la pasó Juan reflexionando en si debía o no prestar atención al mensaje del amable señor vestido de blanco.

Y su conclusión fue la de que debía pedirle a ese señor que si de veras él debía ponerse a torcer mucho mecate de palma, con un fin desconocido, se le volviera a aparecer esa noche durante el sueño y volviera a ordenárselo, no sin antes decirle quién era, cómo sabía que el mundo iba a acabarse y para qué iba a necesitar él tanto mecate de palma.

Llegada esa noche, Juan tuvo la suerte de volver a soñar con el señor de las otras veces. Como siempre, vestía de blanco, y le dijo:

—Mira, Juan, si tú quieres saber quién soy y por qué sé que se va a acabar el mundo, te lo voy a decir. Primero te diré que el mundo se va a torcer, se va a hacer otro mundo distinto de este en el que vives. Y esto va a ocurrir porque el mar se va a levantar y lo va a cubrir todo, y todo lo que ahora vive se va a morir, incluyéndote a ti si no me haces caso en lo que te sugiero de que te pongas a hacer una cuerda muy larga torciendo mecate de palma.

No obstante que estaba dormido, soñando, Juan empezó a temblar del susto que le provocaron aquellas palabras del visitante de blanco.



—Y luego —se atrevió a preguntarle—, ¿qué voy a hacer con la cuerda de mecate de palma; para qué me va a servir?

—Cuando veas que el mar crece y crece —continuó el señor—, tú te traes tus dos perritos y tus tres alimentos, el maíz, la calabaza y el frijol, y te subes a tu canoa.

—¿Y el mecate de palma, qué voy a hacer con él? —insistió Juan.

—Ése también lo pones en tu canoa, pero antes le amarras en un extremo el metate con el que haces las tortillas, y lo dejas afuera, atorado en alguna parte, para que te sirva de ancla y puedas regresar a tu casa cuando el mar vuelva a bajar. Mira, Juan, si no quieres hacerlo, tú sabes; pero yo ya te avisé.

Y ya se iba el señor otra vez sin identificarse, cuando nuestro amigo, repuesto del susto por la idea de que él sí iba a poder regresar a su casa con sus perritos, lo detuvo con la pregunta que consideraba principal:

—¿Y te vas a ir de nuevo sin decirme quién eres?

El señor de blanco se detuvo en el umbral mismo de la puerta, y se volvió a mirar a Juan para decirle:

—Yo soy tu Dios, Juan, y harás bien en creerme.

Entonces Juan se despertó otra vez muy asustado, pero ahora por pensar que había estado desatendiendo la petición con la cual el mismo Dios de los Cielos quería beneficiarlos a él, a sus dos perritos y a sus tres alimentos.

Apenas amaneció, en vez de irse a la milpa como todos los días, se puso a cortar ramas de palma y, cuando consideró que eran suficientes, comenzó a torcer el largo mecate que necesitaba. Sus dos perritos le mostraban su alegría retozando cerca de él y cumpliendo sus órdenes al pie de la letra: que si vayan a traerme mazorcas de maíz, y se las traían; que si vayan a traerme más mazorcas, y le traían más mazorcas que él iba juntando

en un rincón de su casa para, el día señalado, subirlas a su canoa junto con el frijol y la calabaza que también pensaba juntar.

Por la tarde, al regreso de la labranza, sus amigos campesinos se sorprendieron de aquel mecate tan largo, y sobre todo de que Juan siguiera torciéndolo y torciéndolo sin parar y como sin cansarse. Entonces le preguntaron:

—¿Pues qué pasó contigo, Juan? ¿Para qué es ese mecate tan largo?

Y él, por si también querían salvarse del cambio del mundo, les contó lo que le había venido sucediendo con sus sueños. Pero ellos sólo se burlaron de él y le dijeron que ya se estaba volviendo loco.

—Pues, crean o no crean lo que les cuento —les dijo entonces Juan, muy decidido—, así soñé.

Y siguió torciendo el mecate, hasta que se le acabaron todas las hojas de palma que había juntado. Entonces empezó a llover torrencialmente, y el mar a subir y a subir. Juan supo que era hora de juntar además el maíz, la calabaza y el frijol, y de subirse a su canoa con sus perritos y sus alimentos.

Todo el tiempo del diluvio, que fue de muchos días, Juan pudo alimentarse y darle de comer también a sus perritos haciendo tortillas a mano y batiendo pozol, y haciendo además dulce de calabaza.

Luego, cuando dejó de llover y las aguas comenzaron su descenso, Juan iba recogiendo el mecate, de modo que pudo así regresar exactamente a su casa. Como todos sus compañeros habían perecido, igual que toda la gente del mundo, y como al parecer se habían perdido también todos los alimentos, decidió que debía seguir trabajando para obtener otros nuevos en adelante.

Un día regresó del campo y vio con sorpresa que ya estaban hechas las tortillas. Y lo mismo pasó a día siguiente.

¿Cómo era eso posible, se preguntó Juan, si ya no había en el mundo nadie más que él y sus perritos, y ni él ni sus perritos habían echado esas tortillas al comal?

A tercer día, Juan hizo como que se iba a trabajar muy quitado de la pena, igual que siempre. Pero a medio camino se regresó, con el propósito de ponerse a espiar desde la barda lo que ocurría en su casa. Y, una vez allí, lo que escuchó y vio fue lo siguiente:

—A mí me toca moler hoy el maíz, y a ti te toca hacer las tortillas —le decía uno de sus perritos al otro, mientras los dos retozaban en el jardín.

—Quítate la piel y ponte este pedazo de tela como ropa —le contestó el otro.

Acto seguido los dos perritos se



quitaron la piel y se cubrieron con unos trapos que el segundo de ellos había traído. Luego empezaron a trabajar, mientras Juan los veía con chicos ojotes. Pensando en qué hacer ante tal situación, nuestro amigo se fue, entonces sí, a su parcela. Pensaba también en cómo agradecerle a sus perritos aquella prodigiosa colaboración, con la que sin duda estaban queriendo demostrarle el cariño que le tenían, y pensaba, finalmente, cómo recompensarlos a la altura de su buena acción.

Al tercer día de saborear las ricas tortillas que los perritos echaban, Juan decidió lo siguiente, lo cual hizo apenas regresó otra vez antes de tiempo a su casa: mientras ellos trabajaban en lo suyo, vueltos como niños por no tener puesta su piel, él le echó sal a las pieles y fue a esconderlas lejos, de modo que los ahora niños ya no pudieron volver a ponérselas.

Aunque al principio los niños estaban muy tristes por no poder volver a su anterior estado, acabaron por conformarse. Y como eran una niña y un niño, se casaron y tuvieron descendencia, con lo que empezó a crecer de nuevo el género humano, hasta que el mundo volvió a poblarse, para ver si esta vez sus miembros son mejores y no provocan de nuevo la ira de Dios.

Referencias

Aramoni Burguete, María Elena, “El diluvio y el quinto sol, marcas indelebles en la conciencia histórica de nahuas y totonacas”, en Masfener Kan, Elio, *Etnografía del estado de Puebla*, t. Puebla Norte, Secretaría de Cultura de Puebla, México, 2003.

“El Diluvio Universal”, Programa 167 de Redes, dirección y presentación de Eduard Punset, www.rtve.es/tve/b/redes/semanal/pg167/semana.htm

Ramírez, Elisa, “El Diluvio”, *Arqueología*, núm. 43, vol. VIII, México, s/f.



El manantial de la Alcantarilla

Michoacana. Versión de Andrés González Pagés.

2005.



La ciudad de Pátzcuaro, en el actual estado mexicano de Michoacán —nos dice el profesor Leo A. Todos—, es pródiga en tradiciones. De todas las etapas de su historia —agrega con evidente convicción— pueden narrarse hechos sobresalientes que a todos los mexicanos nos llenan de orgullo...

... Por ejemplo, de su época colonial data la hermosa leyenda que ahora me dispongo a contarles, misma que lleva por nombre “El manantial de la Alcantarilla”.

—Pero, antes de seguir adelante —sigue diciéndonos el profesor A. Todos—, debo advertirlos de que, como en el caso de algunas otras tradiciones, no sólo de la ciudad de Pátzcuaro, sino de cualquier otro lugar poblado por seres humanos, no existe una sola opinión sobre este sucedido, ni tampoco es privativo de esa bella ciudad de las orillas del lago del mismo nombre. Continúo ahora, con la venia de ustedes:

... Hubo en Pátzcuaro un fraile franciscano llamado Vasco de Quiroga, quien por su alma grande fue llamado nada menos que Tata Vasco por los indios purépechas, los naturales del lugar.

... ¡Permítanme ustedes, amigos lectores, otra advertencia que les dará la dimensión de este reconocimiento a don Vasco de Quiroga por parte de los antiguos michoacanos! Si tomamos en cuenta que el nombre de Tata fue aplicado por esta etnia en primer lugar al sol, a quien tenían por dios principal, o sea Tata Huriata, y que otro personaje a quien los pobladores de Michoacán se lo dieron fue don Lázaro Cárdenas, a quien aun hoy siguen recordando como Tata Lázaro por todos los beneficios que llevó a





los habitantes de ese estado cuando era su gobernador, se verá la importancia que en tiempos de la Colonia se daba a aquel fraile.

... ¡Y no era para menos, pues fue él quien en 1540, siendo obispo de Michoacán, se opuso a la esclavitud y comenzó a tratar humanamente a los purépechas, luego de que los primeros capitanes españoles de la Conquista los habían maltratado hasta el punto de quemar vivo a su rey Tzinzicha Tangáxoan!

... Después, entre otras muchas actividades piadosas que llevó a cabo, don Vasco de Quiroga se dedicó a enseñar artes y oficios a los indios, y a dar continuidad a una labor que ya había iniciado en la ciudad de México y que consistía en la fundación de los que llamaba “hospitales-pueblo”. Se trataba de edificios donde a los indios se los curaba de sus enfermedades a la vez que se les enseñaba a fabricar artesanías y a cultivar granos y hortalizas para el consumo local. Desde luego, también se enseñaba allí la nueva religión, que era la política de la Corona española. En el caso concreto de los hospitales-pueblo de Michoacán, eran, éstos lugares donde don Vasco de Quiroga buscaba propiciar en los indios purépechas la recuperación de la confianza en sí mismos, luego del brutal trato que habían recibido de los soldados españoles.

Después de esta interesante disquisición, el profesor Leo A. Todos retoma el tema central de este cuadernillo:

—En primer término, debo informar a ustedes que casi en el centro de la actual ciudad de Pátzcuaro, mero frente a las puertas del Museo de Arqueología, se encuentra el monumento a la Virgen de la Salud, la patrona local. Hoy, este punto es parte de la magnífica urbanización trazada por el propio don Vasco de Quiroga.

Pero por aquellos tiempos había aquí, según la tradición, una campiña elevada desde la que podían observarse el lago y las montañas del horizonte.

... Cierta vez, una fuerte sequía flagelaba tanto la ciudad como sus alrededores.

Aunque los lugareños veían caer copiosas lluvias a lo lejos, sobre las mencionadas montañas, padecían en su lugar de residencia una escasez del líquido vital que estaba poniéndolos en peligro de pérdidas graves en los cultivos, y de enfermedades por sed y carencia de higiene.

Preocupado por esa grave situación, que además estaba dificultando los trabajos de cura en los hospitales-pueblo, don Vasco de Quiroga elevó al Cielo sus oraciones solicitando humildemente remedio para tan enconado mal.

Con la confianza de que sus ruegos serían escuchados en lo Alto, salió a recorrer la ciudad, tratando de llevar consuelo y esperanza a quienes más sufrían por lo severo del clima.

No había caminado mucho impartiendo bendiciones, cuando, abriéndose paso entre la multitud que lo rodeaba, una pobre madre se acercó a él trayendo en





brazos a su pequeño hijo, que respiraba ya difícilmente.

—¡Se me muere de sed mi niño, Tata!
—le dijo— ¡Apiádate de nosotros y cúralo, por favor!

Como muchas otras veces ante el dolor de quienes él sentía como sus hijos, el rostro de don Vasco fue cruzado por unas lágrimas que él hubiera querido sentir crecer como ríos, para mitigarlo. Entonces, poseído de santa ira, rogó una vez más por su gente:

—¡Madre y Señora nuestra de la Salud!
—exclamó sin apartar los ojos del Cielo—
¡Intervenid ante tu Divino Hijo, para que se digne aliviar tanto sufrimiento de quienes lo han aceptado como padre y señor!

Don Vasco de Quiroga pidió entonces a todos quienes lo rodeaban, incluida la agobiada madre que llevaba en brazos a su moribundo hijo, que se postraran de hinojos y se unieran a él en su ruego. Y luego, clavando su cayado en la tierra que pisaba, hizo esta petición culminante:

—¡Por la sangre de tu Divino Hijo, dadnos agua, Madre y Señora nuestra de la Salud!

Ante los azorados fieles, comenzó en aquel momento a manar agua bajo el cayado del obispo.

—¡Milagro! —era la voz unánime de la multitud.

Don Vasco tomó un poco de aquella milagrosa agua en el cuenco de sus manos, y la llevó a los labios del niño. Ante el nuevo milagro de la recuperación inmediata del infante, la expresión de la madre y el de las personas que estaban más cerca cambió del agobio a la alegría.

—¡Milagro! —fue oyéndose por toda la ciudad, y don Vasco mandó de inmediato organizar acciones de gracias que habrían de prolongarse varios días. Asimismo, lanzó un bando por el cual conminaba a los patzcuarenses a hacer uso del nuevo

manantial sin olvidarse de la bondad de la Virgen de la Salud, a quien debían verdaderamente tan enorme gracia.

La población entera de la ciudad pudo en adelante satisfacer sus necesidades del líquido vital, y esta misma población, y la de todos los pueblos vecinos, comenzó a visitar a menudo el manantial milagroso, no sólo para beber de él sino para orar a su vera. Al paso de los días, el cauce había crecido hasta tener un buen diámetro y conformar un arroyuelo que bajaba hacia el lago, para mantenerlo vivo.

—Poco después —nos dice el profesor Leo A. Todos—, fue construido el monumento que hoy conocemos. En él, que se levanta sobre el punto en que ocurrió aquel milagro, puede leerse aún la leyenda que los conmovidos fieles esculpieron en su piedra:

“En esta caja se distribuye el agua del manantial que el gran padre Dn. Vasco de Quiroga hizo brotar con su báculo pastoral en 1540.”

—Ahora bien, amables lectores

—continúa el profesor A. Todos—; como les decía al principio de esta narración, existe otro punto de vista sobre el origen del manantial de la Alcantarilla, de la ciudad de Pátzcuaro. Es nuestra obligación darla a conocer a ustedes como lo hemos hecho con la anterior, para que ustedes mismos ejerzan su criterio y adopten la que los convenza.

... El cronista de la ciudad que posee el dicho manantial, maestro Enrique Soto González, dice que los hechos ocurrieron más bien de otro modo. Nosotros, con base en sus palabras, podemos imaginar esos hechos como ahora les cuento:

... Buscando la forma de ayudar a su pueblo durante aquella terrible sequía, don Vasco de Quiroga se puso a recorrer la ciudad y a observar el terreno con sumo cuidado.



... De pronto vio que un pajarillo volaba con insistencia a esconderse tras unos matorrales muy verdes, saliendo y volviendo a entrar en ellos una y otra vez. Habiéndole simpatizado aquel frágil pero hermoso representante del reino animal, pero sintiendo también curiosidad al ver el matorral verde y tupido en medio de muchos herbazales amarillentos por el rudo clima, don Vasco, no sin sorpresa, pudo ver que el pajarillo salía siempre de tras los matorrales escurriendo algunas gotas de agua.

... Se acercó al lugar, apartó las tupidas hojas con su cayado y descubrió un pequeñito espejo de agua en el suelo.

—Lo demás —nos dice el profesor Leo A. Todos— pudo haber sido como la tradición lo cuenta y como nosotros mismos lo interpretamos.

... De otra parte, cabe decir que esta historia del pajarito que entra y sale de un manantial en principio oculto, también forma parte de otra leyenda michoacana. Es una leyenda que podríamos llamar “El manantial del colibrí”, donde la princesa Tzintzin y su novio Quianícoti se quedan un día platicando de más, hasta que el sol se oculta. Entonces ella no puede ir ya por el agua necesaria para que cenén en su propia casa, y le pide a Tata Huriata, angustiada, que la ayude. El dios hace que el viento sople para que sus rayos iluminen precisamente unos matorrales de los que un pajarillo sale mojado, y al mirar Tzintzin de cerca descubre un manantial antes oculto y soluciona su problema.

—Regresando ahora al manantial de la ciudad de Pátzcuaro —nos dice el profesor A. Todos— he aquí por qué tiene ese nombre tan curioso, cualquiera que haya sido su origen:

... Llegó un tiempo, quizás a mediados del siglo XVIII, en que el arroyo formado por el manantial creció tanto, que se

desbordó del propio lecho que había abierto en el terreno, rumbo al lago. La Plaza de Armas, y la colonia entera, estaban permanentemente inundadas.

... Por ese motivo, el gobierno de la ciudad determinó corregir el curso del arroyo hacia una alcantarilla que estaba a la entrada de la plaza. Y allí estuvo vertiéndose su agua durante más de dos siglos, hasta que siendo gobernador del estado Tata Lázaro lo entubó y unió así su cauce a otros, para establecer la red de agua potable de la ciudad.

... Finalmente, amables lectores, les sugerí también al principio que esta leyenda del milagroso nacimiento del manantial de Pátzcuaro no es privativa de Pátzcuaro. También existe, más o menos en iguales términos, en la ciudad de Zacapu, que se encuentra al otro lado del lago. Sólo que allí no se le atribuye a don Vasco de Quiroga, sino al benefactor local, fray Jacobo Daciano, quien según esto lo habría generado después de 1848, año en que fundó esta otra ciudad michoacana.

Referencias

Soto González Enrique, *Relatos y leyendas de Pátzcuaro*, Pátzcuaro, 1988.

Zacapu, en Michoacán, Presidencia Municipal de Zacapu, Morelia, 1973.





El origen del lago de Tequesquitengo

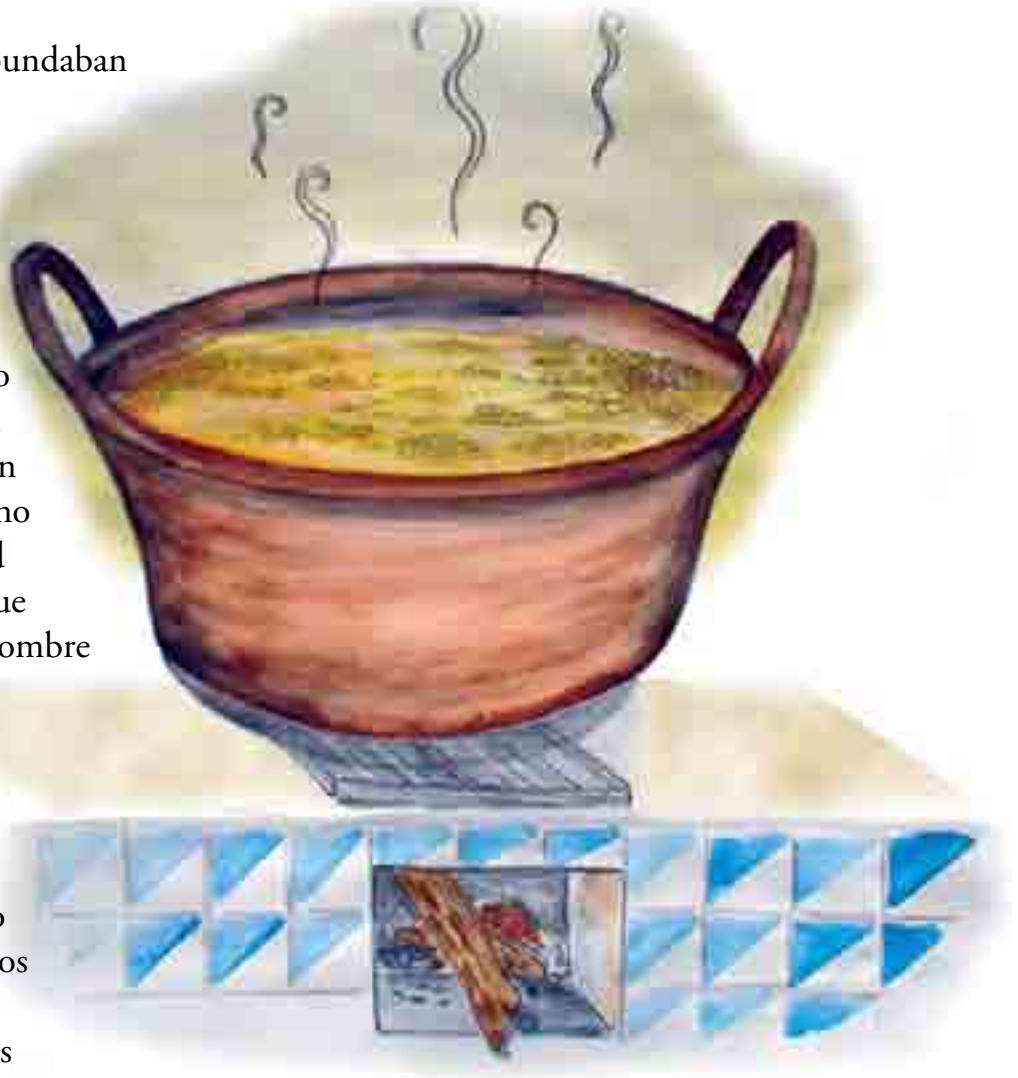
Versión de Andrés González Pagés.
2005.



En una hondonada de la parte sur del estado de Morelos, cerca de Zacatepec, había un pueblito cuyo nombre era el de Tequesquite. Se llamaba así porque en su suelo abundaba esa piedra cenicienta del mismo nombre, que confiere a los alimentos, al ser mezclada con ellos, un sabor exquisito. Es el caso de los elotes, la calabaza y los cacahuates.

En consecuencia, abundaban entre las amas de casa de Tequesquite las excelentes cocineras, quienes luego de recoger durante la mañana pedazos del dicho material calcáreo por los alrededores del pueblo, acostumbraban preparar platillos que no sólo hacían la felicidad de sus familias, sino que pronto alcanzaron renombre más allá de su región.

Después de algún tiempo, los días de mercado, que eran los jueves, comenzaron a dejarse llegar al pueblo viajeros de muy diversos orígenes, atraídos por la creciente fama de los





alimentos preparados por las señoras de la localidad.

—¡Hum! —era la expresión general—
¡Qué delicioso está este caldo de calabacitas!

—¡Y estos granos asados de maíz!
¿Cómo me dijo usted que se llaman?
—le preguntó un viajero a la señora del puesto.

La señora no recordaba que el viajero le hubiera hecho ya antes esa pregunta, ni que ella le hubiera mencionado un nombre de los maíces asados, pues hasta entonces no se le había ocurrido darles uno. Pero, pensando rápido, acuñó éste que

pronto se haría famoso:

—¡Se llaman “esquites”!
—dijo muy contenta—
¡Para que su nombre se parezca al del pueblo donde los hacemos!

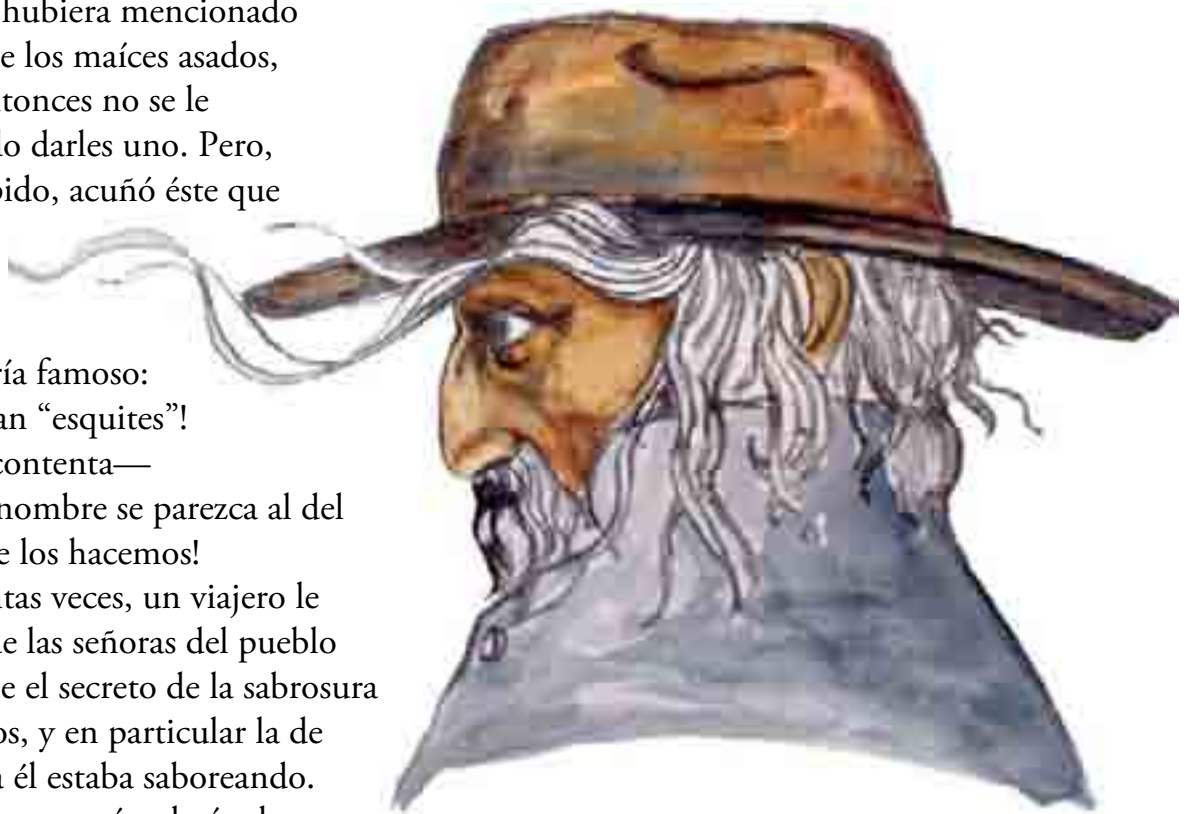
Una de tantas veces, un viajero le pidió a una de las señoras del pueblo que le revelase el secreto de la sabrosura de sus platillos, y en particular la de éste que ahora él estaba saboreando. Pero la señora se negó a decírselo, sospechando que el hombre regresaría a su lugar de origen a hacerle la competencia a su pueblo, y calculando que eso sería perjudicial tanto para ella como para los suyos.

—¿Podría usted decirme, estimada señora, cómo preparan las cocineras de Tequesquite estos platillos tan sabrosos?

—¡Como se preparan en cualquier otra parte! ¡No tienen nada de particular, a no ser nuestra buena mano de cocineras!

Las siguientes semanas, otros viajeros anduvieron por los puestos del mercado no sólo saboreando los sabrosos platillos del lugar, sino tratando de obtener la preciada información. Pero todas las señoras que los atendían tuvieron el acierto de no decirles el secreto.

—¡No puede ser que no les pongan algo en especial —decía alguien, casi molesto—, porque no en todas partes saben así!



—Pues, sí —se mantenían firmes las señoras—; todo es cosa de hacerlos con gusto, y ya.

Esa misma noche el pueblo de Tequesquite se reunió en asamblea, y decidió establecer vigilancia en todos los alrededores, para impedir el espionaje a la hora de la recolección de las maravillosas piedras. Y una opinión en particular fue muy bien aceptada, por su importancia para mantener el secreto:



—Yo creo —dijo don Juan, el más viejo de los tequesquiteños— que en adelante sólo las cocineras debieran recoger el tequesquite, mientras los hombres jóvenes vigilan y los demás seguimos en nuestras labores de siempre, que son trabajar en las milpas y en las huertas.

Al día siguiente, en efecto, varios viajeros intentaron entrar en el pueblo, con el pretexto de querer saborear los sabrosos platillos que las señoras de allí preparaban. Pero los hombres les negaron la entrada, dándoles la definitiva explicación de que ese no era día de mercado.

Pero como desafortunadamente nunca falta en las comunidades alguien que las traicione, al siguiente día de mercado Pedro Molesto, que era un brujo malo, se puso a observar quiénes eran los viajeros, para luego seguir a uno de ellos y revelarles el secreto. Encontró oportunidad de hacerlo en el primer recodo del camino hacia Zacatepec, y allí lo abordó de este modo:

—¡Viajero, no te asustes por mi modo de vestir, y óyeme esto que quiero decirte y que sin duda considerarás conveniente!

Una vez revelado el secreto del pueblo, el brujo le prometió al viajero entregarle una buena carga de la piedra que daba el buen sabor a la comida del lugar, a cambio de recibir de él otras mercancías.

Luego Pedro Molesto regresó al pueblo con la intención de recoger también él pedazos de la magnífica piedra. Las mujeres le preguntaron para qué los quería, y él pretendió engañarlas diciéndoles que también él deseaba obtener que sus alimentos tuvieran el

mismo sabor que los que habían hecho famoso a Tequesquite.

—No te preocupes, Pedro —le dijo la más cercana a él—; nosotras cocinaremos con gusto para ti.

—Te llevaremos a tu cabaña nuestros más deliciosos manjares—, le aseguró otra de ellas.

Pedro Molesto se vio obligado a retirarse de aquel lugar donde el tequesquite abundaba, aceptando sólo de dientes para afuera la propuesta que acababan de hacerle. Pero se escondió no muy lejos de allí, para esperar a que las mujeres se separaran y tomaran camino a sus casas. Trataría de convencer a alguna de ellas de que le entregara parte de su carga, aunque para ver cumplido su deseo tuviera que atemorizarla.

Viendo que una iba sola ya por un camino solitario, le salió al paso y le dijo:

—¡Buena mujer! Entiendo que tú y las demás cocineras deseen halagarme preparando para mí sus exquisitos platillos; pero yo también quiero aprender a cocinar con el tequesquite. Por eso te pido que me regales un poco del que has levantado esta mañana, y que no le digas a nadie que me has hecho este favor.

—¡De ningún modo haré nada que vaya en contra de lo que el pueblo ha decidido, Pedro Molesto! —exclamó valientemente la cocinera.

—¡No me desobedezcas, mujer —la amenazó el brujo malo—, porque puedo hacer que caiga sobre ti un castigo terrible!

Como veía claro que la mujer no iba a entregarle ni una pizca del tequesquite que aquella mañana había recogido,



Pedro Molesto tomó la decisión de quitárselo por la fuerza, así tuviera que huir de inmediato del pueblo.

Durante el forcejeo, la mujer alcanzó a golpearlo con una de las piedras, lo cual encolerizó al brujo malo. Y, perdiendo éste la cabeza, la golpeó con tal fuerza con su bastón, que la privó de la vida.

Tratando de no ser acusado por su crimen, el brujo colocó el cadáver de la pobre mujer sobre unas piedras del camino, de modo que todo pareciera haber sido un accidente. Luego recogió las piedras de tequesquite y huyó a su choza, en espera de que anocheciera para poder huir del pueblo con ellas.

Como era de esperarse, al no llegar la pobre mujer a su casa a la hora de costumbre para hacer la comida, causó la alarma de sus familiares. Intuyendo lo peor, su esposo y sus hijos salieron a buscarla.

—¡Nunca antes mi buena esposa había dejado de llegar a casa puntualmente! —decía el jefe de la familia.

—¡Mi corazón se agita en mi pecho, oh, padre! ¡Siento mucho temor por lo que haya podido ocurrirle a nuestra querida madre! —se lamentaba el mayor de sus hijos.

Los demás comenzaban a llorar. Y, como por desgracia sus temores obedecían a la terrible realidad, no tardaron mucho en encontrar el cadáver de la desventurada cocinera.

—¡Ay de mí! ¡La veo caída sobre aquellas piedras!

—¡Madre! ¿Qué te ha ocurrido?

Ya durante el velorio, al platicar los deudos que al encontrar a su difunta ésta no llevaba consigo ningún pedazo de

tequesquite, y al asegurar las otras mujeres del pueblo que después de la jornada se habían despedido de ella cuando ya todas habían llenado de piedras sus canastos, todos concluyeron que se había tratado de un asesinato movido por el robo.

—¡Ay de mí! —exclamó entonces el doliente esposo— ¡Creo que todos estamos pensando lo mismo!

En efecto, en la mente de todos quienes asistían al acto de velación se dibujó la misma imagen:

—¡Pedro Molesto! —exclamó el hijo mayor.

—¡Sí! —dijo una cocinera— ¡Él quería recoger a fuerzas el tequesquite hoy por la mañana, aun habiéndoselo prohibido a los hombres la asamblea!

Acto seguido, el doliente esposo y un grupo de amigos fueron al lugar donde habían encontrado el cuerpo, para observar con detenimiento. Allí y en los alrededores encontraron, todavía grabadas en el camino, muchas huellas del brujo malo que por la mañana la dolorosa sorpresa les había impedido descubrir. ¡Y esas huellas iban precisamente hacia la choza de Pedro Molesto!

—¡Vamos a buscarlo! —gritó alguien, enardecido.

—¡Vamos! —corearon otros.

—¡Pero vayamos en silencio, no sea que se nos escape! —agregó alguien, y todos estuvieron de acuerdo.

Empujado por la indignación, el grupo no llamó a la puerta de la choza del brujo, sino que la derribó a golpes antes de que Pedro Molesto pudiera reaccionar. El brujo estaba haciendo magia negra frente a un horroroso altar, lleno de calaveras humanas y animales ponzoñosos disecados.



—¡Salgan de aquí, malditos! —gritó al verse rodeado por tanta gente, y comenzó a arrojarles los objetos de su altar, e incluso las piedras de tequesquite que le había robado a su víctima unas horas antes. Cuando entre varios hombres hubieron maniatado al brujo, el esposo recogió una de esas piedras y, mostrándola a todos, les dijo:

—¡Esta es la prueba de que ha sido él quien mató a mi querida esposa! ¡Estas son las piedras de tequesquite que ella seguramente recogió por la mañana!

Entonces, a Pedro Molesto no le quedó otra posibilidad que admitir que era el autor del asesinato de la cocinera.

—¡Sí, yo la maté! —le gritó a todos— ¡Y lo volvería a hacer, si ella volviera a negarse a darme la carga que le pedía!

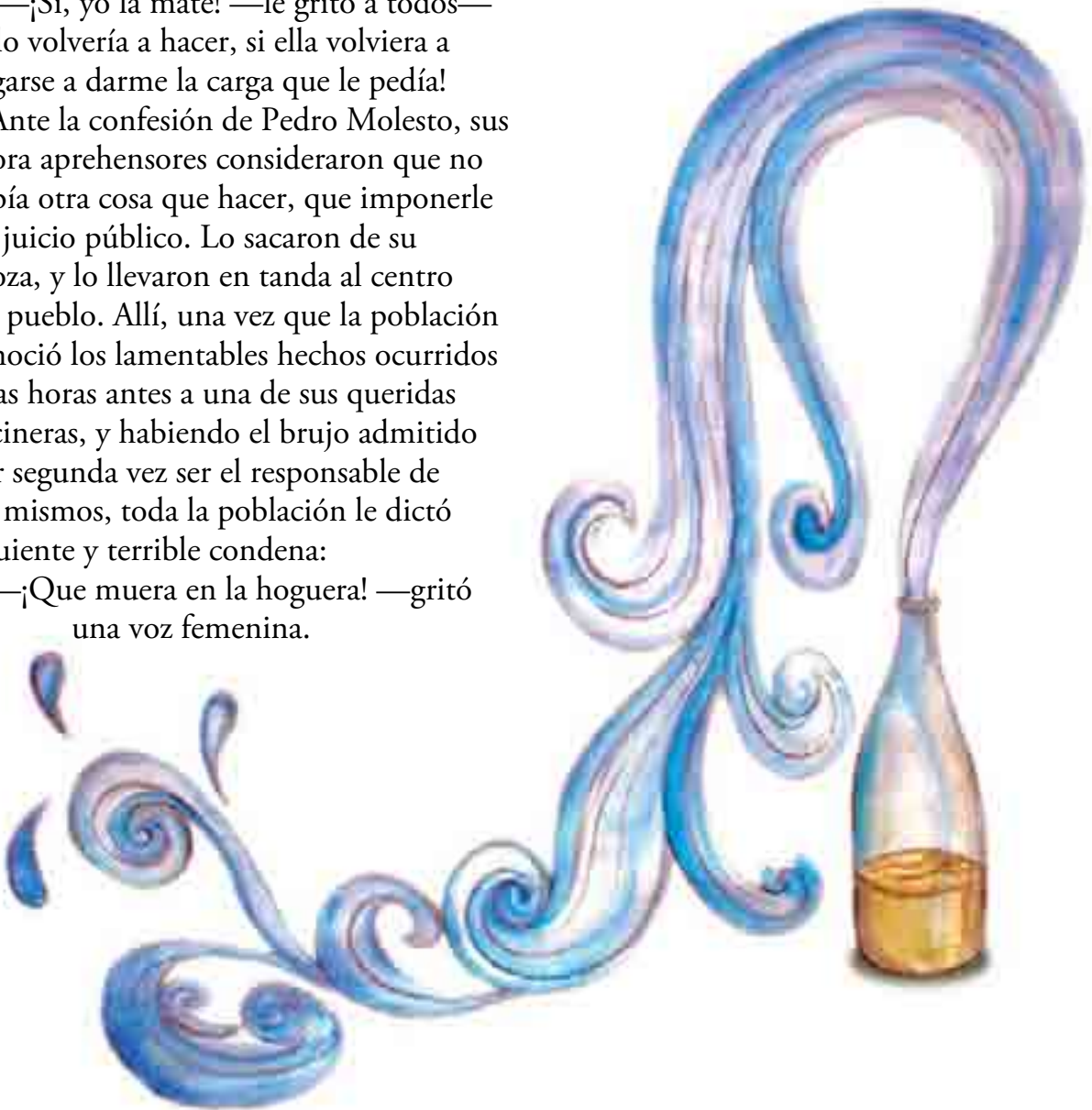
Ante la confesión de Pedro Molesto, sus ahora aprehensores consideraron que no había otra cosa que hacer, que imponerle un juicio público. Lo sacaron de su choza, y lo llevaron en tanda al centro del pueblo. Allí, una vez que la población conoció los lamentables hechos ocurridos unas horas antes a una de sus queridas cocineras, y habiendo el brujo admitido por segunda vez ser el responsable de los mismos, toda la población le dictó siguiente y terrible condena:

—¡Que muera en la hoguera! —gritó una voz femenina.

—¡Sí! ¡Quemémoslo ahora mismo!
—confirmaron muchas voces entre la multitud.

Antes de morir, el brujo les hizo saber que de todos modos el pueblo iba a desaparecer, pues él mismo le había lanzado una maldición.

En efecto, al día siguiente el centro de Tequesquite amaneció inundado. Nadie podía ver que el brujo había puesto allí una botella con arena de mar, de la que no dejaba de salir agua salada. Pedro Molesto la había puesto en el preciso centro del pueblo una vez que había decidido abandonarlo, para que todos sus pobladores murieran ahogados.





Ellos decidieron abandonar de inmediato el sitio e irse a vivir a un punto de los alrededores, donde los abuelos contaban haber visto también piedras de tequesquite. De ese modo no perderían su ya rica tradición. En el momento en que salió la última familia, el caserío entero se hundió en medio del gran estrépito de las aguas. Así se formó el lago hoy conocido como Tequesquitengo en recuerdo del pueblo que un día estuvo en su lugar.

Cuentan los actuales pobladores de la orilla que en algunas noches de luna, cuando no hay lluvias que lo alimenten, y como para que pueda darse fe de lo que se ha transmitido de generación en generación, en medio del lago alcanzan a asomarse las puntas del campanario principal de la antigua iglesia.

Referencia:

Rosales Ortiz, Sandra Nancy, "Leyenda de la laguna de Tequesquitengo", colab. de Antonio García Montaña, en José Rogelio Álvarez (comp.), *Leyendas mexicanas*, 3, Editorial Everest, S. A., León, 1998.





El pez que cenó San Juan

Oaxaqueña. Adaptación de Andrés González Pagés
sobre la idea manejada por el escritor Andrés Henestrosa
en su texto del mismo nombre.
2005.



Hubo un tiempo en el que en una de las poblaciones de pescadores cercanas a Juchitán y a Tehuantepec, antes de retirarse a sus casas después de la jornada, ellos solían comer a diario a bordo de sus barcas y al vaivén de las suaves olas ofrecidas por el viento. Uno de esos pescadores era el evangelista San Juan.

Lo que vamos a relatar ocurrió cuando todavía este santo no era discípulo de Cristo, pues aún no se conocían. Pero, precisamente, ocurrió porque el santo quería conocer a Jesús.





Aquella noche, como todos sus compañeros pescadores, San Juan tomó de su barca un puñado de humildes pececitos de los que hacía rato acababa de sacar del agua con su larga red, y que a la mañana siguiente, muy temprano, iría a vender a los mercados de los distintos pueblos de las orillas. Luego de haberlos puesto en un pedacito de red que siempre usaba para eso, fue atravesándolos uno a uno con el unos palitos que siempre traía, a fin de ponerlos a asar a la lumbre de la fogata que otro pescador había hecho en tierra, y en la que otros más ya estaban preparando su propia cena.

Cuando consideró que los pececillos habían alcanzado el punto

—¡Aunque sea humilde —le dijo San Juan—, tendremos una sabrosa cena, como todas las noches!

—¡Como corresponde a quienes la obtienen con su trabajo honesto, Juan! —le contestó su amigo.

—¡Así es! —aceptó el santo.

Con el ceño fruncido, otro pescador cenaba sus pececillos en la barca de junto.



exacto para ser ingeridos, San Juan los quitó de los palitos y volvió a ponerlos en su pedazo de red para traerlos consigo de nuevo al interior de su barca.

Junto a él caminaba Martín, su compañero de oficio, que traía su propio hato humeante de pececillos asados. Martín, con una gran sonrisa, se saboreaba de antemano.

Luego de oírlos, les mostró su desacuerdo reconviniéndolos con no muy buenos modales:

—¡Son ustedes unos ingenuos! ¿Creen acaso que un pescador deshonesto no encontraría el mismo sabor en el pescado que se come, siendo el mismo que el de ustedes y habiéndolo asado en la misma lumbre?



—Creo que nuestro amigo Martín lo dice en un sentido figurado —le explicó el santo—; se refiere a que es grande la satisfacción que nos da a los seres humanos disfrutar de un alimento obtenido honestamente.

—¡No nada más eso! —aseguró Martín— ¡A mí de veras me saben mejor mis alimentos cuando he hecho bien mi trabajo, y no tanto cuando no lo he hecho así!

—¡He ahí un milagro consecuente con el mejor o el peor de nuestros comportamientos! —dijo San Juan.

—¡Bah! —gritó el pescador de la barca de junto, más molesto que antes— ¡Insisto en que son ustedes unos ingenuos...

Y, poniéndose en pie, pareció querer golpear a los dos amigos al decir estas otras coléricas palabras:

—... y sepan que me molesta mucho oír tonterías como esa de que la diferencia de sabores que este tonto ha percibido se trata de un milagro! ¡Los milagros no existen!

Para no buscarse un problema con pescador tan intolerante, San Juan y Martín fueron a sentarse en los travesaños de su propia barca, igual que lo hacían siempre para cenar. En el entendido de que eran de la misma opinión, dieron en silencio gracias al Cielo por el beneficio obtenido por su trabajo y sacaron de sus respectivas redes, cada quien, un primer pececillo para comérselo.

—¡Hum! —exclamó San Juan luego de saborear el bocado que le había quitado al suyo cerca de las costillas— ¡Sabe muy bien esta blanquísima y pequeña carne!

Ya estaba preparándose el pescador de junto para molestarlos de nuevo, sin duda

por si insistían con lo del milagro, cuando entre la luna y una colinita cercana se dejó oír otra voz:

—¡Juan! ¡Juan! —gritaba alguien.

—¿Quién me busca con tanta necesidad de encontrarme? —preguntó el santo en voz alta, poniéndose él mismo en pie.

—¡Juan! —repitió el hombre que apareció tras la colinita, corriendo ahora hacia la barca de los amigos, tras haberlos avizado —¡Frente a Juchitán está pasando Jesús de Nazaret, a quien tú me has dicho que deseas conocer!

—¡Oh! —exclamó San Juan— ¡Qué excelente noticia me das, hermano! ¡Iré al pueblo!

Y acto seguido, por la necesidad de ir rápido a conocer a Jesús, San Juan arrojó a las aguas el pececito que estaba comiendo, al mismo tiempo que se apresuraba a salir de la barca. Ante la despectiva mirada del pescador de junto, fue seguido por su amigo Martín y por el propio hombre que le había dado la buena nueva, cuyo nombre era Ramiro.

—¡Espero que lo alcancemos!

—exclamó el santo con cierta ansiedad.

—Pienso que sí —afirmó el recién llegado—, porque le preguntó a unos que estaban allí si alguien de ellos deseaba ir a predicar con él, y han de estar hablando sobre ese asunto.

—¡Ah! —exclamó el santo sin aminorar el paso— ¡Pues yo deseo hacerlo!

Ya en lo alto de otra loma, Ramiro señaló a un grupo de personas que hablaban en una esquina de las afueras del pueblo, identificando a Jesús:

—¡Allí está todavía, Juan! ¡Hemos tenido suerte!



—¡El Cielo te colme de bendiciones por esta buena acción, hermano! —le contestó el santo a Ramiro. Y luego, para su otro amigo, agregó—: ¡Y a ti, Martín, gracias de igual modo por acompañarme despreciando tu cena, que estaba muy sabrosa!

—Pues, si tú has logrado llegar a tiempo para conocer a ese peregrino —le dijo Martín—, y si no te resulta molesto, Juan, yo me vuelvo sobre mis pasos precisamente para ir a terminar mi ración. ¿Quieres que te lleve a tu casa la tuya más tarde?

San Juan, intuyendo que a partir de ese momento su vida sería la de los caminantes, le contestó:

—No, Martín; yo creo que ya no regresaré. Toma mis pescaditos para ti, y si te sobran compártelos con tu familia.

Gracias a la oportuna comunicación de Ramiro, San Juan pudo conocer a Jesús e integrarse de inmediato al grupo de pescadores que más adelante serían conocidos como “los doce apóstoles”, quienes ayudaron a Jesús a predicar su doctrina por todo el Istmo de Tehuantepec.

Y mientras Martín, de nuevo en su barca, terminaba de cenar muy contento porque San Juan había podido conocer a Jesús, como era su deseo, y muy contento también por no tener que soportar ya al pescador agresivo, quien se había marchado ya, en el fondo del mar ocurría algo que en el lenguaje de hoy en día conocemos con el nombre de “providencial”: el pescadito apenas mordido que San Juan había devuelto al agua cobró nueva vida.

“¡Lástima —habría pensado Martín de saberlo—, pues le habría hecho ver su error al pescador incrédulo”.

Pero quiso el milagro que en el costado del pececito vuelto a la vida permaneciese el hueco del trozo que San Juan le había arrancado con los dientes. Y al hacer pareja y reproducirse, siendo ya otra vez un “pececito” normal, o casi normal, por lo del bocado que le faltaba, el milagro también fue reproducido. Es por eso que hoy, en los mercados del Istmo, y sobre todo en los de Tehuantepec y Juchitán, se lo encuentra ya como una especie propia de la región, a cuyos individuos pueden contársele las costillas.

Y, desde que estos hechos ocurrieron, los pescadores istmeños llaman al pececito de referencia *benda gudó apóstol*, que significa “el pez del que comió el apóstol”.



Referencias

Enciclopedia de los Municipios de Oaxaca. Región Istmo, www.oaxaca.gob.mx/municipios/municipios.html

Henestrosa, Andrés, “El pez que cenó San Juan”, *Los hombres que dispersó la danza*, en José Rogelio Álvarez (comp.), *Leyendas mexicanas*, 3, Editorial Everest, S. A., León, 1998.

Millán Valenzuela, Saúl, “Huaves/Mero Ikooc”, *Oaxaca de cara a la nación, Monografías*, Gobierno del Estado de Oaxaca, Secretaria.técnica@oaxaca.gob.mx

Zárate Toledo, Ezequiel, “La pesca en San Mateo del Mar”, *Procesos adaptativos y sistemas de poder en una comunidad de pescadores: San Mateo del Mar, Oaxaca*, tesis, ENAH, México, 2002.

Leyendas modernas





La Llorona

Hidalguense. Versión de Andrés González Pagés.
2005.



En la región de los llanos de Apam, del estado de Hidalgo, suele oírse todavía hoy la siguiente historia entre los trabajadores del campo:

Al término de los festejos, en las noches en que la lluvia ha cesado y los caminos se ven ya de nuevo alumbrados por la luna, y por igual en las poblaciones que en las muchas haciendas o rancherías de la región, si los hombres regresan solos a sus casas y en un momento de su regreso pasan cerca de arroyos o jagüeyes, o si caminando o cabalgando en grupo uno de ellos se aparta por entre algún magueyal, nopalera o huizache cercanos al agua, al retomar el camino o tratar de reincorporarse al grupo es frecuente que al paso le salga una mujer de otro mundo, que es La Llorona.

Se trata de una mujer vestida con una larga túnica de luminoso blanco, con amplia falda igualmente luminosa; su cabellera es larga y oscura, y sus brazos permanecen tranquilamente sueltos hacia la tierra. Puede presentarse por igual de pie al nivel del suelo que suspendida en una enramada, una penca de maguey o un brazo de nopal.

La mujer es muy bella y está siempre sonriente; no pronuncia palabra alguna y al parecer por su voluntad se cumple que los grillos suspendan en ese momento sus agudos silbidos y los coyotes sus sonoras quejas en la lejanía. A diferencia de lo que se sabe de





otras figuras espectrales femeninas, e incluso de otros momentos de esta misma mujer a la que ahora nos referimos, ni la oscura cabellera ni el claro ropaje de La Llorona son agitados entonces por el viento. De tal modo, aunque inesperada, su presencia no produce en los pobladores del lugar ninguna sensación de miedo, ni mucho menos la sensación terrorífica que suelen producir de inmediato, según se dice, las imágenes espectrales.

—¡Oh hijitos míos! ¡Nos vamos ya a perder! ¿A dónde los llevaré para salvarlos?

Después, la adolorida mujer seguía despacio, ya en silencio, hasta llegar al Meztlipán, que así se llamaba el que hoy conocemos como lago de Texcoco, y se sumergía en sus aguas.

Por eso el agua puede ser, para algunos investigadores actuales, además del líquido que nos da la vida y nos mantiene vivos, la “materia de la desesperación”, así



Sabido es que en otros tiempos, cuando se aproximaba ya el cumplimiento de los malos augurios recibidos por el emperador Moctezuma, acerca de que su pueblo sería sometido por extranjeros de blanca tez y larga barba, esta misma mujer, que era la diosa Cihuacóatl, la madre del Sol, una vez caída la noche recorría lentamente las calles de la Gran Tenochtitlan, como en una procesión religiosa, con el rostro cubierto por un leve velo, lanzando sollozos y elevando al cielo dolorosos lamentos como estos:

como “lo cotidiano de lo sobrenatural y la representación de la desesperanza”.

Para la simbología actual el agua también representa la muerte; en el caso de La Llorona prehispánica, que se sumergía en las aguas del Meztlipán, significaría además la muerte de la madre, una especie de suicidio o inmolación de sí misma ante lo inevitable de la Conquista española.

Más tarde, ya en la etapa histórica de México llamada “La Colonia”, La Llorona siguió mostrando su dolor por



la caída del pueblo azteca y todos los pueblos antiguos del continente. El escritor Artemio del Valle Arizpe refirió así los hechos respectivos que ocurrían en la ciudad de México:

“... en la Plaza mayor, toda en quietud y en sombras... Allí se arrodillaba esa mujer misteriosa, vuelta hacia el oriente; inclinábase como besando el suelo y lloraba con grandes ansias, poniendo su ignorado dolor en un alarido largo y penetrante; después se iba ya en silencio, despaciosamente, hasta que llegaba al lago, y en sus orillas se perdía...”

Otro importante escritor mexicano, Alfonso Reyes, opinó que ello tal vez tuviese que ver con “Todas esas voces oscuras, de abuelos indios, que lloran en nuestro corazón.”

Seguía en ese tiempo La Llorona ocultando sus facciones tras un velo igual de blanco que toda su vestimenta, mismos que el viento hacía revolverse como para revelar dramáticamente su lastimoso estado de ánimo, pues sin duda la adolorida mujer sentía haber perdido a muchos de sus hijos, pero, también, para mostrar que sentía en su ser mismo la pérdida de la felicidad de aquellos de sus hijos que habían sobrevivido a la Conquista.

Tenía La Llorona en aquellos anteriores tiempos, en los prehispánicos y en los de la Colonia, una actitud de desesperanza, pues, según otros autores, su rostro cubierto podía querer simbolizar al pueblo que bajo la dominación española había perdido su carácter esencial.

Pero el hecho de que en los tiempos previos a la llegada de los españoles La Llorona se sumergiera o desapareciera en

las aguas del lago de Texcoco, situado al oriente de la Gran Tenochtitlan y que la misteriosa mujer se volviese hacia el oriente y se inclinase como besando el suelo y llorando con grandes ansias, podría significar una invocación al renacimiento, pues algunos otros pueblos, como los totonacas, creían que al oriente estaban las almas de los niños que volverían a nacer.

En nuestros días, en cambio, según los hombres del campo de los Llanos de Apam refieren, La Llorona sí les muestra su rostro a quienes se les aparece.

Esto es relevante, pues significaría que la espectral mujer ha mudado su carácter, pasando de símbolo de la desesperación al de una nueva esperanza que busca, además, reafirmarse de inmediato por medio del amor. Para comportar una nueva posibilidad de desarrollo para su pueblo, La Llorona se habría despojado de su carácter de madre para investirse con el de amante. Por eso ahora, en el relato que venimos comentando, La Llorona tiene el rostro descubierto al aparecersele al hombre que anda en noche de luna, cerca de los arroyos o los jagüeyes. Le hace saber así que es bella y claramente le sonríe para luego invitarlo a que la siga entre las sombras.

Para algunos investigadores, esta nueva situación revela, no sólo la posibilidad de recuperar los antiguos sitios sagrados que el agua simboliza, sino la de recuperar igualmente la esencia de nuestras antiguas formas de vida mediante la apertura a secretos insondables. También significaría una moderna conjugación del *pathos* y el *eros** de nuestro pueblo. Es decir, el paso de la antigua carga social y moral





por la pérdida de nuestra idiosincrasia, al júbilo ante la posibilidad de un nuevo destino, sano y pleno de oportunidades.

Porque al andar La Llorona hoy por los arroyos, los jagüeyes y los nacimientos de agua, sugiere la búsqueda de lo que en otro tiempo tuvo un carácter sagrado. En efecto, esa dignidad se otorgaba a tales sitios antes de la Conquista, a la vez que se los relacionaba con los dioses del agua.

Alguno de los hombres de los Llanos de Apam a quienes La Llorona ha secuestrado refirió, pasado el trance, que en aquel primer momento del cruce de miradas en la penumbra del campo pareció formarse un tenue hilo de color azul entre la mirada de la bella mujer y la suya, mismo que poco a poco fue ampliándose hasta formar una especie de velo en el que el propio narrador acabó por sentirse envuelto...

Ya modernamente, en los tiempos cercanos a la guerra de Independencia, una bonita canción fue compuesta y comenzó a cantarse por todo el país. Es la que lleva precisamente por título “La Llorona”, misma que todavía hoy sigue siendo muy popular. Sobre todo en una de sus estrofas más tradicionales, esta canción revela el sentido erótico al que acabamos de referirnos:

*Ay de mí, Llorona,
Llorona,
Llorona, llévame al río.
A ver si sus aguas juntan,
Llorona,
tu corazón con el mío.*

Algo espectacular en nuestros días, se dice, es que los raptados por La Llorona amanecen a veces en lugares muy alejados de aquellos en los que se los vio por última vez la noche anterior; es decir, en lugares muy alejados del sitio donde se apartaron hacia algún arroyo o jagüey y quisieron encaminarse de nuevo hacia su grupo o, solos, directamente hacia su vivienda.

Al desaparecido, ni habiendo ido a caballo, y ni siquiera en el supuesto de que hubiera contado con un vehículo de motor —cosa imposible, pues sus acompañantes sabían que no había sido así—, le hubiera sido posible cubrir una distancia tan grande como la que lo separaba entonces del punto en el que había vuelto a aparecer. Esa distancia siempre demasiado grande para haber sido cubierta en tan poco tiempo, aun empleando cualquier medio común y corriente.

Y, al preguntársele a los propios raptados sobre lo que sucedió mientras estuvieron con La Llorona, ellos no dicen nada, como si hubiesen firmado con el femenino espectro un pacto de no revelarlo. Sin embargo, sí llegan a esbozar sonrisas mayor o menormente sugestivas de que les fue muy bien. Los raptados se muestran contentos entonces; no sólo satisfechos de lo que pudo haber ocurrido, sino, incluso, como esperanzados en la posibilidad de otro rapto, o de algo igual de feliz, o más feliz aún, que pudiese ocurrir en el futuro.



* **Pathos**: vocablo griego que significa “enfermedad”;
Eros: vocablo griego que significa “amor”.

Referencias

Apud, Montell García, Jaime, *La conquista de México-Tenochtitlan*, fragmento de una carta que envió Alfonso Reyes a Antonio Mediz Bolio en 1922 (en Rivas, “La Llorona o la...”).

De Valle Arizpe, Artemio, *Cuentos del México antiguo-Historias de vivos y muertos. Leyendas, tradiciones y sucesidos del México virreinal*, Editorial Porrúa, México, 1999 (en Rivas, “La Llorona o la...”).

Garibay, Ángel Ma., *Visión de los vencidos. Relaciones indígenas de la conquista* (versión de textos nahuas), UNAM, “Biblioteca del Estudiante Universitario”, Miguel León Portilla (introducción, selección y notas), Alberto Beltrán (ilustraciones de códices), 9a edición, México, 1982.

González Pagés, Andrés, “Ranchería”, en COD, *para lectores de ojos solventes*, Consejo Editorial del Gobierno del Estado de Tabasco, México, 1980.

———, “Cantata para llorona y órgano”, en *Retrato caído*, “Letras Mexicanas”, Fondo de Cultura Económica, México, 1981.

Martínez Ruiz, José Luis, *El Charro Negro de la Noria de Xochimilco* (El agua y seres sobrenaturales en Xochimilco), tesis doctoral, ENAH, México, s/f.

Rivas López, Helena, “La Llorona o la desesperanza de un pueblo”, *Razón y palabra, Primera Revista Electrónica de América Latina Especializada en Tópicos de Comunicación*, núm. 33, junio-julio de 2003.



Las golondrinas de agua del salto de San Antón

Morelense. Texto de Andrés González Pagés.
2005.



En su cometido de someter a los pueblos indígenas del antiguo México, para hacerlos súbditos de la Corona española y cristianizarlos, Hernán Cortés, al frente de su regimiento de caballería y de sus hombres de a pie, abandonó su posición en medio de las huertas de Tlaltenango y partió rumbo al pueblo de Tepuztlán. Por medio de un intérprete, su amigo tlahuica Yoatzin, tlatoani o señor de Acapantzingo, le había platicado de la alta producción de oro, papel de árbol de amate, ixtle y cal que allí había. Asimismo, le había hablado sobre la creencia generalizada de que las poderosas cumbres que rodean ese sitio habían sido la cuna de Ce Acatl Topiltzin Quetzalcóatl, y que allí cerca, en un punto llamado Amatlán, se veneraba a aquel dios con especial dedicación y fasto.

Uno de los soldados de Cortés, Juan García, llevaba consigo a su hijo, muchacho diestro tanto en el arte de montar como en el uso de la espada. El nombre del valiente joven era Felipe.

A medida que descendían de los espinazos de Cuauhnáhuac hacia las llanuras que bordean la sierra del señor Tepoztécatl, en la mente del conquistador y de casi todos sus hombres se adelantaban ya los hechos de armas que habrían de ocurrir en Tepuztlán, y luego también en Amatlán, en caso de no rendirse de inmediato los habitantes de esos dos poblados. Cortés





y los suyos sabían que eso era lo más probable, dado el prestigio guerrero de los xochimilcas. Por su parte, ellos habían debido esforzarse mucho antes de poder doblegar a algunos grupos de éstos en las escaramuzas que meses antes antecedieron al sitio y a la toma de la Gran Tenochtitlan.

Mientras avanzaban, pensaban los españoles en la estrategia que seguirían para no verse encajonados de pronto en el “Valle sagrado de Tepuztlán”, entre los montes ya próximos y la sierra de más atrás, a la cual los naturales llamaban del cerro Ehecatépetl, y que según ellos era la casa del señor Ometochtli Tepoztécatl, tan mítico como Quetzalcóatl, y quien era venerado como uno de los dioses del pulque.

Los soldados españoles imaginaban de igual modo su acción posterior, encaminada a destruir la montañesa pirámide del ídolo Dos Conejo, de cuya existencia Cortés también tenía conocimiento. Pero, sobre todo, los soldados blancos y barbados imaginaban ya las joyas de oro que obtendrían de los

lugareños, arrebatándoselas si ellos no se las daban por las buenas.

En la mente de Felipe, en cambio, otra era, y única, la imagen que se proyectaba: Era ésta la imagen de Citlalli, la bella hija de Yoatzin, con quien el joven se había conocido en la huerta de Analco, y con quien había aceptado jugar

caminando y saltando sobre las piedras que el propio tlatoani había mandado poner frente a la gran cueva que contenía dentro de sí un adoratorio para sus dioses locales.

Era éste un lugar de vegetación exuberante y a la vez iluminado por muchos pájaros de colores y de cantos

armoniosos, y en ese lugar Citlalli y Felipe habían corrido

varias veces, haciendo círculos que remarcaban el espacio asimismo circular del fondo de la barranca. El sitio

formaba un cañón decorado, en su lado norte, por imponentes columnas basálticas hexagonales.

Desde luego, al conocerse los dos jóvenes se había operado entre ellos el prodigio de que parecían hablar el mismo idioma. Y así, sin necesidad de ningún intérprete que se interpusiera





entre su mutua admiración y su mutua necesidad de verse a solas, al término de su juego, y en la penumbra de una cueva abierta bajo las enormes columnas pétreas, cuya entrada estaba cubierta por la espesa vegetación, los dos jóvenes se habían reconocido enamorados el uno del otro. Igualmente, se habían prometido participar cuanto antes a sus respectivos padres su intención de unirse en matrimonio.

Por eso, mientras la columna española avanzaba hacia el sagrado valle de Tepuztlán y la plática de la soldadesca se centraba en los temas de la guerra y el despojo, Felipe observaba la lejanía que iba dejando a sus espaldas. Suponía él que su amada estaría hablando en esos momentos con su padre, el tlatoani Yoatzin, sobre su común deseo de unir sus vidas.

Más tarde, durante la batalla, Felipe decidió sustraerse de ella para no matar gentes que eran hermanos de raza de la joven a quien amaba. Y luego, cuando todos los soldados se disponían a mostrarle a Cortés las joyas arrancadas a los de Tepuztlán, luego de acabar con ellos, para que él escogiese lo que les gustara para sólo así dejarles lo demás del botín, como acostumbraban a hacerlo, Felipe le confesó a su padre no haber tomado parte en la matanza de indios ni en el despojo de sus cadáveres.

Juan, encolerizado, le dijo a Felipe que le daría una oportunidad más. Dividirá en dos sus propias ganancias y le diría a Cortés que su hijo estaba ahora recuperándose de un repentino resfrío en el interior de una choza no incendiada, y que por ello no se había presentado a la

repartición. Pero le advirtió que debería olvidar para siempre a Citlalli.

—¡Si te empeñas en seguir pensando en esa joven que te distrae de tus obligaciones para conmigo y para con el capitán Hernando Cortés, yo mismo habré de quitarte la vida, Felipe! —le dijo, blandiendo su espada frente al joven.

Acto seguido, el cruel soldado salió hacia el centro del pueblo aún en llamas, para asistir a la reunión que su capitán acostumbraba hacer luego de cada batalla.

Felipe recordaba haber visto que unos guerreros indios habían tratado de emboscar a sus atacantes españoles en una cueva cercana a una pequeña pirámide. Debía de ser la entrada al camino mágico que iba, según su amada Citlalli, por debajo de la tierra hasta la barranca de Analco, donde ellos habían hecho su compromiso.

Los soldados habían terminado por apresar a los indios y los habían traído atados de manos. Y, como de seguro habrían dejado la cueva sola, Felipe se dirigió a ella, cuidándose de no ser visto por nadie.

El joven tardó tres días con sus noches en atravesar las galerías subterráneas, llenas de afiladas rocas y pozas de amenazadoras aguas. Pero durante su travesía, sin dejar de pensar un solo momento en su amor por Citlalli, fue guiado siempre por una luz tenue que le marcó el camino y le indicó frutos que parecían crecer a su paso para servirle de alimento. Además, un viento siempre activo le daba fresca y respiro constantes, y lo animaba de continuo a esforzarse por alcanzar pronto su meta.



Cuando ya sólo le faltaba cosa de una hora para salir a la superficie, Felipe comenzó a oír claramente, aunque a lo lejos, los bellos cantos de los pájaros de la barranca de Analco, por lo que sintió que su alma se alegraba. Pero, asimismo, creyó oír allá atrás, surgiendo de las intrincadas oscuridades que ya había recorrido, las voces de algunos soldados españoles. Era seguro que venían persiguiéndolo. Esas voces se adivinaban aún muy lejanas, era cierto, pero eran terriblemente reales.

Cuando el joven salió por fin a la boca de la cueva, tras las brillantes hojas de un gran árbol que los reflejos de una poderosa luna iluminaban, su corazón comenzó a dar unos vuelcos de gozo nunca antes sentidos por él. Porque allí mismo, en pie y dotada de una belleza aún mayor que la que había ocupado hasta entonces toda su mente y su recuerdo, estaba esperándolo su amada Citlalli.

Después de reiterarse mutuamente su amor ajeno a cualquier condición, Felipe le refirió a su amada en primer término los terribles hechos de armas ocurridos en Tepuztlán y la terrible sentencia recibida de su padre. Luego le habló también de las maravillas que volvieron del todo agradable su viaje por debajo de la tierra. Por último, la advirtió de que quizás su mismo padre viniera ya tras él, para cumplir su severa sentencia.

El joven vio entristecerse el rostro de su amada, y trató de animarla:

—¡No te preocupes, amor mío! ¡Mi padre no me hará daño alguno, si tú me indicas hacia dónde podemos ir para que nunca nos encuentre!

Pero ella le dijo:

—¡Oh, Felipe, dueño mío! ¡Tampoco mi padre, el Tlatoani Yoatzin, ha consentido en que tú y yo nos unamos, y ha sido igual de severo al amenazarme por si volvía a verte!

—¡Pues huyamos entonces ahora mismo, amada mía! —le propuso Felipe.

—No es posible, al menos en este momento —siguió Citlalli—.

Un grupo de los mejores guerreros del señorío cumplen con el encargo de no perderme de vista. Están esperando a que salga yo de esta cueva, en la cual creen que estoy orando a nuestros dioses, a fin de acompañarme entonces de vuelta al palacio de mi padre, tal como lo hicieron antes al venir yo hacia aquí para esperarte.

Sólo entonces se reveló en la mente de Felipe la intención que Citlalli había tenido, al hablarle de la existencia de la cueva que comunicaba subterráneamente al pueblo de Tepuztlán con la cascada de Analco.

—Veo ahora que pensaste en la posibilidad de que yo necesitara huir de mis coterráneos en Tepuztlán, amada mía, y por eso me hiciste saber del camino mágico por el que podría regresar hasta ti; ¿no es verdad?

—Así fue, amor mío.





Acto seguido, Felipe reflexionó en que les sería casi imposible escapar de sus propios perseguidores y de los cuidadores de Citlalli, fuera que intentasen hacerlo ahora o más tarde.

Y entonces la joven, que parecía estar leyendo la mente de su amado, lo invitó a que consultaran a los dioses de la cueva. Ellos, le aseguró, sabrían impedir que los separasen, quienquiera que quisiera hacerlo, tlahuicas o españoles.

De pronto, Felipe sintió cierto temor por abdicar de su propia creencia y tener que acompañar a Citlalli en su ruego a sus propias divinidades. Pero recordó que ya eran varios los prodigios que conocía gracias a ellas, como lo eran los hechos de no necesitar un intérprete para entenderse con su amada y la luz que lo había guiado en su camino por las galerías subterráneas, así como las plantas frutales que se le habían ofrecido como alimento.

No lo dudó más, y se arrodilló junto a la joven. Al estar orando ante los ídolos del adoratorio, los dos enamorados oyeron las voces de los españoles que ya se acercaban, habiendo alcanzado un recodo del camino, y pudieron ver el resplandor de las teas con que venían alumbrándose.

—¡Ya están aquí mi padre y sus hombres! —exclamó Felipe.

—¡Sí! —admitió Citlalli— Pero, ¿pudiste oír como yo el consejo de mis dioses?

—Sí —dijo él—. Aún me cuesta trabajo aceptarlo; pero creo que no tenemos otra posibilidad.

Ella lo miró muy dulcemente, tomó las manos de él entre las suyas y lo animó con estas osadas palabras:

—¿Qué puede importarnos el hecho de no ser ya como somos ahora, si a cambio podremos estar juntos por siempre?

—¡Está bien, amor! —aceptó Felipe— ¡Ve a hacer tu parte, y yo me esconderé tras esa roca mientras pasan por aquí mi padre y sus hombres! ¡Luego, cuando tú regreses para cobrar nueva vida, correré en círculos, como lo hacíamos en nuestros juegos, hasta unirme de nuevo contigo!

Los enamorados se despidieron con un beso de enaltecido amor, y Citlalli salió de la cueva cuando ya incluso las palabras de los españoles, aunque parecían pronunciadas todavía por

sus sombras y no por sus cuerpos verdaderos, se oían ya con claridad a sus espaldas:

—¡A punto estamos de salir de esta

horrenda caverna, amigos, pues ya se oye el murmullo del viento y se respira con facilidad!

Felipe, ya tras la roca que le servía de cobijo, vio a su amada desaparecer tras las brillantes hojas del árbol de la entrada a la cueva. Casi inmediatamente después, al fondo, iluminados sus rostros como de diablos por las teas con que se alumbraban, vio aparecer a su padre y a los diez o doce soldados que venían a sus órdenes.





—¡He ahí la salida, al fin! —gritó el más cercano.

—¡Corramos a ella! —gritó el siguiente.

Y todos abandonaron pronto la cueva, sin suponer la presencia de Felipe tras la roca cercana y sin fijarse en el adoratorio oculto por las sombras.

—¡Bravo!

—¡Uf! ¡La vida otra vez!

Transcurrida una hora más, Felipe se despojó de la armadura con que siempre se había cubierto, para quedarse sólo con sus ropas de color negro y cuello blanco, a la usanza española. Abandonó su refugio y se asomó sigilosamente por entre las hojas del frondoso árbol de la entrada de la cueva. Llevó su mirada hacia el punto de la altura donde debería estar esperándolo su amada, a la derecha de las grandes columnas hexagonales de basalto, y ahí la vio, más bella aún que cualquiera de las veces anteriores, envuelta en una túnica de purísimo color blanco. El joven avanzó entonces hasta el círculo de piedras del fondo del cañón.

Al verlo llegar, la joven lo saludó y le envió un nuevo beso, soplándolo de su mano. El joven lo recibió sobre todo en su corazón, al que sintió crecer inmensamente. Le devolvió a ella el saludo y el beso, con una emocionada sonrisa igual a la que allá arriba alegraba el femenino rostro. Un gran viento comenzó a soplar, haciendo danzar a la vez las cabelleras de los dos. Entonces ella, levantando los brazos, se arrojó al vacío.

Felipe, asistido por un gran aplomo, vio a su amada convertirse en un blanco chorro de agua que al llegar a tierra y seguir nutriéndose desde lo alto empezó a

formar un riachuelo que iba ya en busca del curso de la barranca.

Sin esperar más, respiró hasta lo hondo y también él levantó los brazos para lanzarse hacia la luminosa e impresionante cascada. Lo hizo, y apenas sus pies se habían separado del suelo quedó convertido en un oscuro pájaro de collar claro, cuyas alas lo llevaron precisamente al chorro del agua. Comenzó a jugar con él, entrando y saliendo de la cortina repetidas veces.

Hoy en día, los visitantes de la cascada de Analco, que cubre una sugerente oquedad y que ha cambiado su nombre por el de “Salto de San Antón” (habiendo tenido antes el de San Antonio Analco), pueden gozar del espectáculo de la caída de agua de cuarenta metros, blanca como un velo de novia indígena, y de las golondrinas de agua que vuelan a su alrededor y en ella se bañan, negras y de cuello claro como la antigua vestimenta de un caballero español.

Referencias

www.conaculta.gob.mx/saladeprensa/2002/17may/amatlan.htm

www.hypatria.morelos.gob.mx/no8/notas.html

www.redescolar.ilce.edu.mx/redescolar/memorias/textocontexto/tepoz/leyen.htm

www.terra.com.mx/Turismo/articulo/085985/

Ndareje, río Lerma

Mexiquense. Versión de Andrés González Pagés.
2005.



En el cielo de lo que hoy es el valle de Temascalcingo, en el Estado de México, una mañana de luz se vio sobrevolar un águila en cuyo pico se distinguía una gran serpiente.

Unos pobladores del lugar llamados jñatjo, que en ese momento estaban trabajando la tierra y colectando frutos, admiraban el brillo y la belleza del ave, lo mismo que el ritmo de su vuelo. Y, también, la fuerza de la serpiente, que antes que muerta o siquiera herida se mostraba vital pese a haber sido apresada por el águila.

—¿Qué trae esa ave en el pico, padre? —preguntó un pequeño, sorprendido.

El hombre, que gozaba del momento tanto como su esposa y su hijo, le contestó:

—Una serpiente. No es extraño ver este espectáculo, pese a que esas pequeñas y a la vez largas criaturas poseen un veneno que puede dar una muerte rápida a sus captoras.

—Y tú deberás mantenerte siempre lejos de ellas, si las encuentras en tu camino! —agregó su madre—. ¡Porque también a nosotros los seres humanos pueden matarnos con su veneno!





—Sobre todo que ésta —agregó el padre— parece no estar muerta, y ni siquiera herida, pues se mantiene firme.

—¿Y si se tratara de una serpiente buena? —preguntó el niño.

Sus padres lo miraron con amor y el jefe de la familia, sin perder de vista el águila que sobre ellos volaba con la serpiente en el pico, le contestó:

—Pues si tú lo deseas, hijo, quizás se te conceda.

—¡Pero no intentes averiguarlo, hijito! —insistió entonces la madre, un tanto atemorizada, como adivinando las intenciones que el niño tenía de ponerse a jugar con la serpiente.

—¡Mmmm! —dudó éste— Yo quiero que ésta sea buena y no nos haga ningún daño.

—Pues concéntrate en ese deseo, hijo —le recomendó su padre—. Quizás capte tu pensamiento y nos muestre de algún modo que no quiere hacernos daño. De otro modo, yo tendría que matarla.

—¡De todos modos —insistió la madre—, no te acerques ni a ésta serpiente, si el águila llega a posarse por aquí y a soltarla, ni te acerques nunca a ninguna otra, hijo!

Cansada el ave, de seguro por venir desde muy lejos, fue planeando en círculos cada vez menores, hasta que pudo posarse en un pedregal cercano de Ñiñi Mbate, que era entonces el nombre del pequeño valle.

Jñatjo, que como ya se dijo era el nombre de quienes hemos visto presenciar estos acontecimientos, significa “los que hablan o existen”. Tiempo después pasarían a llamarse mazahuas, cuando llegaron a ser reconocidos ya como dueños de los venados de la región. Los jñatjo de esta historia estaban muy contentos porque el águila pudo llegar a posarse en su tierra, debido a que los otros pobladores del valle, los otomíes, no la habían atravesado con sus saetas. Porque “otomí” quería decir exactamente

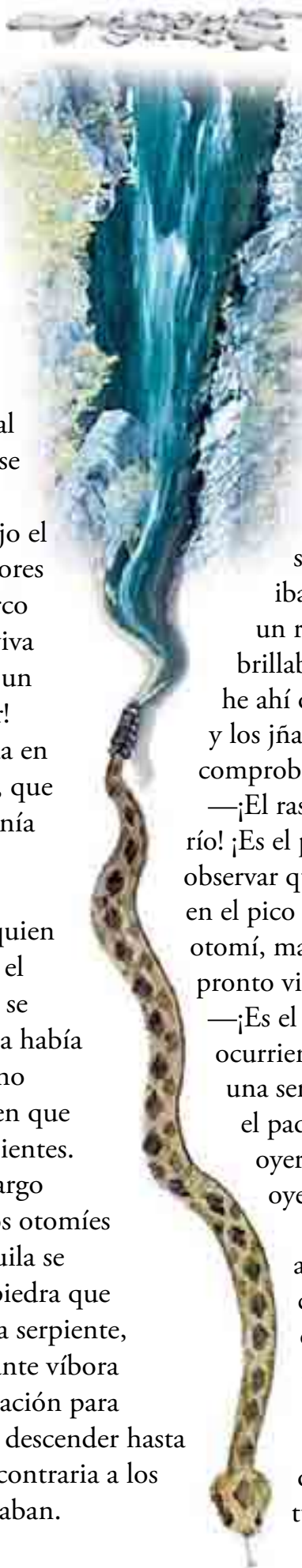
“flechador de pájaros”, y bien que los otomíes del valle, de haberlo querido, hubieran podido hacerlo.

Pero también los hombres de esta tribu, que andaban cazando en el bosque, se habían maravillado ante la vista del águila que en su pico llevaba una extraña serpiente, al parecer más viva que si estuviese en libertad.

—¡Espera, hermano! —le dijo el que parecía el jefe de los cazadores a otro, que había tensado su arco hacia el ave—. ¡Esa serpiente viva en el pico del águila puede ser un prodigio que debemos respetar!

El ave, ahora, aleteaba parada en una roca cercana. La serpiente, que en efecto estaba viva, se mantenía tensa en vez de contorsionarse como si estuviera muriendo o como si quisiera escaparse de quien la mantenía presa. Tal y como el cazador otomí había supuesto, se evidenció que entre el ave y ella había un acuerdo y que la situación no correspondía a la normalidad en que las águilas devoraban a las serpientes.

Como venía cansada de su largo vuelo, tanto los jñatjo como los otomíes pudieron ver que pronto el águila se quedó dormida sobre la gran piedra que había escogido para posarse. La serpiente, que resultó ser una impresionante víbora de cascabel, aprovechó esa situación para abandonar la boca del águila y descender hasta el terreno plano, en dirección contraria a los grupos humanos que la observaban.



—¡Mira, madre! — exclamó el niño jñatjo—
¡No quiere atacarnos ni a nosotros ni a los otomíes!
¡Es una serpiente buena!
Una vez en la llanura, el ofidio comenzó a deslizarse por el suelo, moviéndose como es la costumbre de estos reptiles, pero describiendo, en su caso, curvas muy espaciosas.

A la potente luz del sol, el rastro que la serpiente iba dejando a través del valle, un rastro cada vez más amplio, brillaba como si fuese de agua. Y he ahí que de pronto fue de agua y los jñatjo y los otomíes fueron a comprobarlo.

—¡El rastro de la serpiente es ahora un río! ¡Es el prodigio que esperábamos al observar que no venía muerta ni herida en el pico del águila —exclamó el jefe otomí, maravillado ante la corriente de pronto vigorosa.

—¡Es el prodigio que tú deseabas que ocurriera, hijo, al desear que fuera ésta una serpiente buena! —gritó el padre jñatjo, igual para que lo oyera su hijo como para que lo oyeran los de la tribu de enfrente.

—¿Quieres decirme así, jefe jñatjo —preguntó con gesto desconfiado el jefe otomí—, que piensas que la serpiente se ha convertido en agua para ustedes?

—¡Eso es exactamente lo que quiero decirles a ti y a los tuyos, jefe otomí!



—dijo el padre del niño y jefe de los jñatjo, con gesto firme pero no agresivo—. Aunque, por lo que te hemos escuchado decir, al haber advertido que la serpiente no venía muerta ni herida en el pico del águila, también tú crees que ella ha obrado este prodigio para ustedes.

Los dos jefes entendieron que la serpiente no había escogido a ninguna de las dos tribus en particular para prodigarse sobre ella, sino que había deseado hacerlas a las dos beneficiarias de su esencia convertida en agua.

—¡Compartamos entonces este río, jefe amigo! —dijo el otomí.

—¡Así será, jefe amigo! —aceptó el jñatjo.

Los dos grupos humanos agradecieron en primer lugar al águila dormida, que por su parte ya se había convertido en una colina, su regalo de la víbora de cascabel. Le rindieron sacrificios de frutas y animales. Además, a la propia víbora de cascabel le agradecieron su transmutación para beneficio de los pobladores de Ñiñi Mbate, y también le rindieron sacrificios de frutas y animales.

Después de haber hecho sacrificios en las riberas, que de pronto habían comenzado a llenarse de una variada vegetación y a poblarse con muchas especies de pájaros cantores, los jñatjo y los otomíes trajeron todas sus pertenencias de donde las tenían, para levantar sus ciudades al amparo de aquellas grandes aguas, que llamaron Ndareje. Las tierras de las orillas pronto fueron las más fértiles de cuantas los pobladores de antaño hubieran conocido, y de tal modo las dos comunidades comenzaron a experimentar un desarrollo

signado por la alegría en el trabajo, en el intercambio de sus productos y en la convivencia.

Al fondo de este paisaje, poco a poco crecía la montaña que un día fue el águila y que los del lugar nombran hoy Ndaxini. Este nombre quiere decir “cabeza de águila”, pues se sabe que en su centro permanece, aún dormida, el ave que aquella vez trajo la buena ventura desde el Cielo.

Actualmente, los hijos y los nietos de quienes esto presenciaron, en recuerdo de lo vivido por sus padres y abuelos, y en agradecimiento a aquella fundación que les dio a todos la posibilidad de la existencia, siguen llevando ofrendas de flores, granos y frutas tanto a la montaña como al río, que hoy tiene el nombre de río Lerma.

Referencias

Garduño Cervantes, Julio, “Temascalcingo. Monografía municipal”, en José Rogelio Álvarez (comp.), *Leyendas mexicanas*, 2, Editorial Everest, S. A., León, 1998.

Enciclopedia de los municipios de México, “Temascalcingo”, Secretaría de Gobernación, www.e-local.gob.mx/wb2/ELOCAL/EMMmexico.





Marina

Campechana. Versión de Justo Sierra Méndez;
adaptación de Andrés González Pagés.

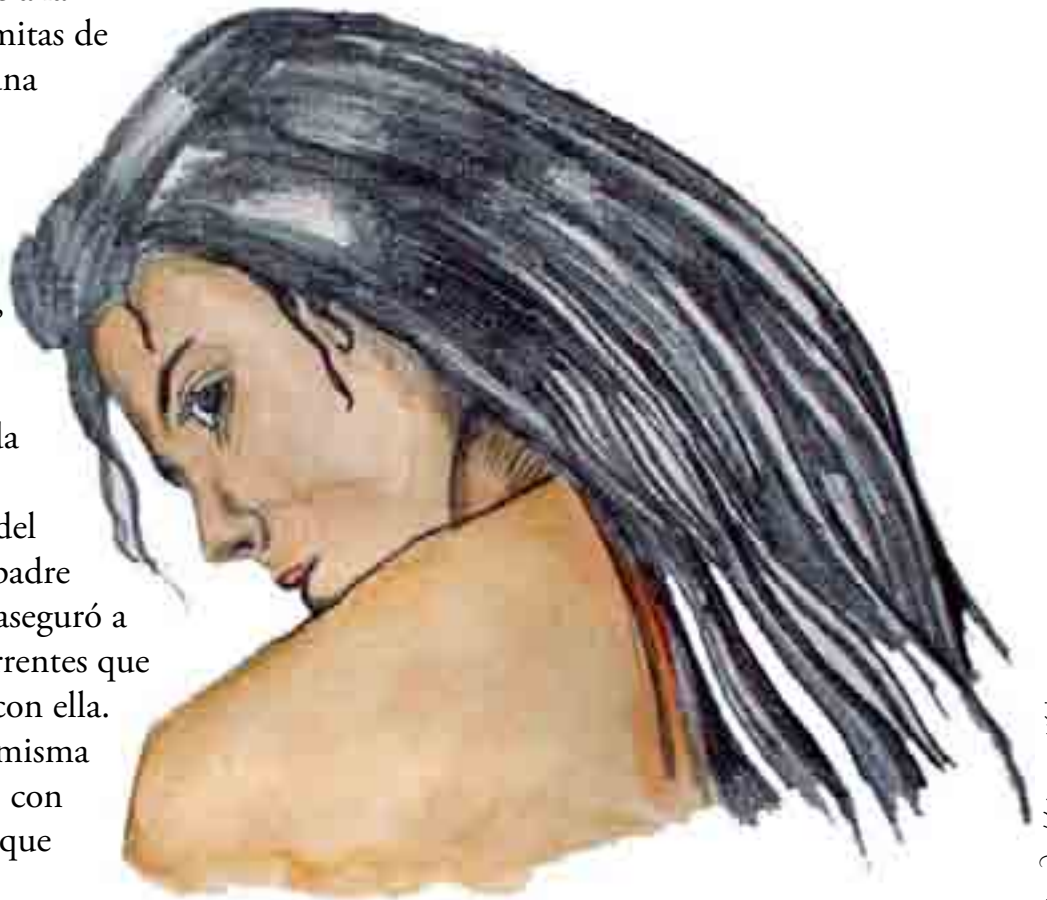
2005.



En un pueblito de la costa sudoccidental de Campeche, cercano a la capital del estado, vivía una joven de 16 años llamada Marina. Era esbelta como una palmera, y sus cabellos negros como el azabache. Sus ojos espejeaban con el color del zafiro en tanto que sus labios eran húmedos y rojos. Su piel, dorada por el propio viento de aquella tierra, se adivinaba, no obstante, más suave que la seda. De tal modo, la belleza de Marina parecía ser la culminación de la obra de brillantes luces y perfumadas flores que la naturaleza fincó en esa parte del Sureste de México.

Pese a todos estos atributos, que hubieran hecho felices a la generalidad de las damitas de su edad, Marina era una joven triste. Y esta es la explicación de su tristeza:

En las pasadas fiestas de San Román, en las que año con año se venera el Cristo negro que cuida de los marineros del pueblo, el rubio hijo del capitán con quien el padre de la joven trabajaba aseguró a muchos de los concurrentes que habría de desposarse con ella. Y también a la joven misma se lo había asegurado, con lo cual Marina sintió que conocía la felicidad.







Endiosada con las palabras del apuesto joven, ella correspondió a su propuesta de matrimonio con palabras igual de amorosas. Luego vio partir a su prometido por el mar, y quedó a la espera de su pronto regreso. Pero, como mal augurio, el regreso tardó mucho en ocurrir. El ostensible embelesamiento del principio fue convirtiéndose, al paso de las semanas y los meses, en llorosa melancolía.

De las mujeres del pequeño pueblo, unas sabían el drama de Marina; otras, lo adivinaban.

—La triste está enamorada —decían todas, porque las mujeres no se equivocan cuando se trata de la enfermedad del amor.

Ramón, piloto de la lancha Rafaela, buen muchacho y amigo de Marina y de su padre, había cultivado siempre la ilusión de unir su vida a la de ella. Por eso agregaba ahora a su frustración inicial el disgusto de verla a sufrir por la ausencia del incumplido pretendiente. Pero, respetuoso del drama de la joven, decidió abstenerse de pedir su mano.

También el padre de Marina se dolía al verla tan apesadumbrada. Incluso, temía por su salud, pues su piel iba adquiriendo poco a poco el color aperlado de las flores de cera.

Todas las tardes, con los ojos velados en discreto llanto, la joven solía cantar frente al fuego del crepúsculo esta canción que un poeta había compuesto para ella:

*Soy Marina, la flor de la playa,
son mis labios de miel y coral:
Pescadores,*

*tened blancas guirnaldas de flores
donde pase el cortejo nupcial.*

*Soy la concha de nácar, la brisa
me columpia con manso vaivén;
Marinero del alma, te espero,
no me dejes llorar, ¡oh!, ¡ven, ven!*

Las olas, como un ave a la que se enseñase un canto, repetían “¡Ven... Ven...!”

Y Marina, sorprendida por este homenaje del inmenso mar, sonreía melancólicamente y se retiraba para no volver hasta la siguiente tarde. Mientras se alejaba del muelle, agradecida con las comprensivas olas, las miraba alguna vez, y luego al horizonte, y repetía:

—¡Ven! ¡Ven!

Al fin, una tarde, una mancha blanca apareció en dirección del puerto. Primero parecía una garza, pero pronto reveló ser la vela de una lancha. Marina la recordaba bien, y pronto pudo comprobar que era la embarcación de su amado. Una vez que éste pisó tierra, de nueva cuenta la joven oyó de sus labios las encendidas palabras de amor que tantas veces había deseado oír, y así, conociendo él la pasión no disminuida de Marina, supo entonces seducirla. Y sólo entonces la enteró de que no volverían a verse nunca. La besó en el pie antes de partir, y las olas repitieron las crueles palabras de despedida del que se alejaba.

—¡Te recordaré siempre, Marina!

Ella no derramó lágrimas esta vez, sino que sus ojos se negaron a derramar incluso un mínimo llanto. El gesto de su rostro, sin embargo, era el de quien está a punto de ser arrastrado por la locura. La barca de su amado se perdió para siempre tras el horizonte, y la joven se acostó en la



arena para permanecer allí inmóvil, como si se hubiera muerto.

Peligrosamente, el mar parecía querer reclamarla como suya. Minuto a minuto lanzaba cada vez más cerca sus olas, hasta la punta de las trenzas de Marina, dejando en ellas su huella de gotas de cristal.

Así, empapado el cuerpo, y pese a ello ardiendo en fiebre, la encontró su padre. Horas después, postrada en su lecho, y consumida aún por el amor al que acababa de traicionarla, comenzó a delirar.

Fue entonces cuando su padre se enteró de lo ocurrido antes de la partida del supuesto pretendiente. Apenas amaneciendo el nuevo día, se dirigió al muelle, desató su lancha y remó rumbo al puerto para hablar con el padre del joven seductor.

El hombre, antiguo jefe suyo, lo recibió con aparente beneplácito; pero su alegría duró sólo hasta el momento en que el viejo Felipe le contó lo sucedido. El hombre, sordo a las palabras del quejoso, le dijo con todo cinismo:

—No te preocupes, mi viejo amigo; sabedor de que mi hijo andaba distrayéndose en vano pensando en tu hija, a fin de aliviar esa situación imposible dispuse lo necesario para que se fuera a estudiar a Barcelona, en España. Precisamente ha partido ayer en el barco que salió de Campeche.

De vuelta en el muelle del pueblo, como no tenía ánimos para bajarse de su lancha, con tranquilas paletadas Ramón acercó la suya hasta él. Entonces el padre de la joven le hizo sus confidencias hasta que los dos lloraron juntos, de ira el uno, de desesperación otro.

—¿Y Marina, cómo está? —preguntó luego Ramón, trayendo su mirada desde el horizonte, donde antes la había puesto.

—Al amanecer tenía ya menos fiebre en el cuerpo—contestó el padre, regresando la suya del mismo punto—, pero más fuego en los ojos.

Las siguientes palabras del joven piloto estuvieron signadas por la vehemencia:

—¡Don Felipe! ¡Es mi deseo el de tomar a Marina por esposa y darle mi nombre, que es honrado! ¡Ahora mismo, a reserva de lo que ella decida, le solicito a usted me conceda su mano!

Visiblemente conmovido, el padre de Marina le respondió:

—¡Tu nobleza es admirable, hijo, y me conforta en este malhadado trance; pero piensa en que ella pudiere llevar ahora en su seno un vástago del miserable que la sedujo!

—¡También a ese inocente le daré mi nombre, si es el caso y si Marina me acepta! —afirmó el joven piloto, levantándose para poner al mar como testigo.

Entonces el padre de Marina, temeroso de que el rumor maligno que nunca falta impidiera la felicidad de la pareja, si su hija consentía en formarla, le habló a Ramón de unos ahorros de los que ellos podrían hacer uso para mudar su residencia a otra ciudad donde no fuesen conocidos...

Apenas supo del restablecimiento de Marina, el joven piloto se presentó en la casa donde ella y su padre vivían desde que la esposa y madre muriera. La joven, sentada ante la ventana, en un vetusto sillón de cuero, vio que Ramón cruzaba la cerca del jardín y supo bien a lo que



iba, igual que lo sabría toda mujer en una circunstancia semejante. Como pese a la enfermedad de su cuerpo su alma había logrado mantenerse sana, la expresión de su rostro pudo pasar de inmediato del dolor a la ternura.

—¡Marina! —le dijo el joven piloto cuando estuvo junto a ella— ¡Lo sé todo, y te pido el favor de que escuches lo que quiero decirte!

—Dime lo que quieras, Ramón, por la bella amistad que siempre nos ha unido —le contestó la joven, con voz muy dulce.

—¡Quiero pedirte que seas mi esposa!

—¡Ramón, amigo querido! ¡Tú no te mereces esto!

—¡La vida a tu lado es el mayor premio al que puedo y deseo aspirar en mi vida, Marina!

—¡Qué bueno y admirable eres; pero yo..!

Sin dejarla terminar, el joven piloto le dijo al oído quizás lo mismo que le había ofrecido por la mañana a su padre. Porque ella, con una nueva sonrisa de ternura, lo miró fijamente y le contestó:

—¡Gracias, Ramón!

Luego ella tomó la mano de él entre las suyas, la besó, y no pudiendo contener más su emoción dejó que de sus ojos brotara el llanto aprisionado tras ellos desde muchos días antes.

—¡Gracias, Ramón! —repitió Marina, con un gesto en el que el joven piloto supo ver una mezcla de admiración y agradecimiento.

—¡Soy yo quien te agradece a ti esta inmensa alegría, amor mío! —dijo él, besando las manos de ella y dejando que también de sus ojos brotara el llanto

muchos días contenido.

La fecha fijada para la boda, Ramón le llevó a su novia el velo de la virginidad que al contraer nupcias, según la costumbre, las desposadas debían ponerse en la cabeza. Desde luego, y aunque del mejor modo posible, para no ofender a su futuro esposo, Marina se negó a llevarlo durante la ceremonia.

Ante la insistencia de su novio, quien llegó a pedirselo de rodillas, ella también se arrodilló, largo tiempo, ante la imagen de la Virgen que había heredado de su madre. Finalmente, pálida y serena, aceptó.

—Está bien, Ramón —le dijo a su prometido—; lo llevaré puesto sólo porque tú así lo deseas.

Efectuada la boda, todo el pueblo gozó de la comida y el baile organizados por don Felipe en su casa. Caía ya la tarde cuando las muchachas comenzaron a entonar el canto de otro poeta de aquella tierra:

*Baje a la playa, mi dulce niña;
perlas hermosas le buscaré,
mientras el agua durmiendo ciña
con sus cristales su blanco pie.*

Marina bajó del muellecito de la casa a la playa. Siguiendo su costumbre, se descalzó y empezó a jugar mojando sus pies en las olas. Luego se quedó extática. Su mirada erró un momento por el horizonte, hasta detenerse, como magnetizada, en dirección del puerto. Y se repitió entonces la secuencia que había vivido la última vez que vio a su seductor:

Una garza blanca apareció en el horizonte, la que pronto reveló ser la vela



de una lancha que vino hacia Marina a toda vela. Saltó a tierra un mancebo: el gentil, el rubio joven que por primera vez vio ella en la fiesta del Cristo negro de San Román. Marina le tendió los brazos cantando:

*Marinero,
marinero del alma, te espero;
no me dejes llorando,
ven, ven...*

Dentro de la casa, las muchachas cantaban en torno a Ramón:

*La dulce niña bajó temblando;
bañó en el agua su blanco pie...*

Y, como si estas palabras hubieran sido una llamada de alarma, el novio reclamó a voz en cuello, mirando hacia todas partes:

—¡Marina! ¿Dónde estás? ¿Alguien ha visto a mi esposa?

—¡Yo la vi salir rumbo al muelle!
—contestó alguien, entre los invitados.

Sacudido por un mal presentimiento, Ramón corrió hacia el muelle. Al verlo desierto, bajó a la playa. Todos los invitados corrían por la arena tras él, incluido el angustiado padre de la novia.

—¡Marina! ¡Marina! —gritaban distintas voces.

De pronto, lamentablemente, todos pudieron ver flotando en las olas el velo blanco que Marina había portado en la cabeza durante su boda, y supieron que se la había llevado el mar.

—¡Marina, perdóname! —gritó Ramón, cubriéndose el rostro con las manos.

En nuestros días, pasado ya mucho tiempo de aquellos sucesos, año con año el mar hace en el mismo sitio un ligero remolino y parece que flota sobre él, un instante, el velo de Marina con su encaje de espuma.



Referencias

Sierra Méndez, Justo, “Marina”, *Leyendas de Campeche*, en José Rogelio Álvarez (comp.), *Leyendas mexicanas*, 1, Editorial Everest, S. A., León, 1998.

Popchón y Xulubchón*

Chiapaneca. Versión de Andrés González Pagés.
2005.



El Cañón del Sumidero es una falla geológica de 12 millones de años de antigüedad, a la que por decreto presidencial del 4 de diciembre de 1980 se dio la categoría de parque nacional. Se ubica al noroeste de Tuxtla Gutiérrez, la capital del estado de Chiapas, y de acuerdo con el gran río que corre por su lecho, el río Grijalva, sus dimensiones son colosales: tiene una longitud de 22 kilómetros, mientras que su anchura va de los doscientos metros al nivel del agua a los dos kilómetros en la parte alta. Después de haberse construido sobre él la presa Manuel Moreno Torres, más conocida como *Chicoasén*, y con el consecuente aumento del nivel de las aguas, se puede afirmar que la altura máxima de sus paredes naturales es de ochocientos metros, lo cual permite la presencia de micro ambientes con climas distintos al clima general de la región. La extensión total del Sumidero es de 21,789 hectáreas.

Este cañón puede ser admirado por vía terrestre, a sólo 23 kilómetros de Tuxtla. Cuenta con cinco miradores, que son, según se asciende por las montañas: La Ceiba, La Coyota, El Tepehuaje, El Roblar y Los Chiapa. Desde varios de estos miradores pueden verse los estratos sedimentarios geológicos que constituyen las paredes del cañón. El último de los miradores se encuentra en la máxima altura, la cumbre llamada Tepetchia, y en él funciona un restaurante de comidas y bebidas típicas. De otra parte, por vía fluvial, el recorrido se puede hacer partiendo desde el embarcadero de Chiapa de





Corzo, que se encuentra a 15 kilómetros de Tuxtla, o por el balneario de la isla Cahuaré, a sólo siete kilómetros de la misma capital.

Este recorrido tarda dos horas y media, y en él se pueden apreciar atractivos naturales como La Cueva del Hombre, La Cueva del Silencio, La Gran Curva, La Cascada Grande, El Castillo, El Cordón de Plata, la cascada llamada Árbol de Navidad, El Jardín y el Cañón de Muñiz; por último, es posible apreciar la majestuosidad de la construcción de la ya mencionada presa hidroeléctrica Manuel Moreno Torres, o *Chicoasén*, que envía su fluido eléctrico, además de a Tuxtla y a varias ciudades chiapanecas más, hacia el puerto de Veracruz y al centro del país, con un enlace a la central hidroeléctrica La Angostura, también de Chiapas.

Un sitio cultural digno de mencionarse, por revestir una importancia no sólo nacional sino internacional, es el Parque Zoológico Manuel Álvarez del Toro (Zoomat), el cual queda en el camino que va de Tuxtla a la presa. En él se exhibe únicamente fauna propia de la región, y se lo considera como uno de los más importantes de Hispanoamérica por tener la particularidad de que los “encierros”, o sean los lugares para las diversas especies que en él se exhiben, son naturales e iguales al hábitat original del que fueron traídas.

Por lo que se refiere a la vegetación, el paisaje del Sumidero es selvático, y esta selva es media y baja, pródiga en pinares, encinares y pastizales. Aquí, desde luego, viven muchos representantes de la rama neotropical del reino animal,

entre los que se destacan el pelícano café, el tucán cuello amarillo, la garza blanca, el hocofaisán, el mono araña y el oso hormiguero.

En el cañón está representada una gran parte de las especies de aves del país, pero, en contraste, también puede llegar a observarse todavía alguno que otro cocodrilo.

El Sumidero es el segundo sitio más visitado de Chiapas, después de las ruinas de Palenque. En temporada “alta”, o sea en época de vacaciones, lo recorren diariamente alrededor de mil personas, ya sea que paseen en lancha o lo contemplen desde lo alto.





Al comienzo de la década de los años sesenta del siglo pasado, una investigadora de nombre Calixta Guiteras Holmes visitó el estado de Chiapas para recabar información sobre su problemática. Así, pudo platicar con un tzotzil llamado Manuel, de la laguna de Chenalhó, de los altos del estado, quien le dio su parecer, apenas pensado y sin embargo ya legendario, sobre cierto problema que afronta el Sumidero y que iremos viendo con detalle al paso de los siguientes párrafos, en los que también reproducimos las opiniones de otras personas, entrevistadas más tarde por distintas personas.

Diremos en principio que antes de que el río Grijalva llegue a la llanura del estado de Tabasco, para atravesarla y desembocar en el Golfo de México, o sea mientras avanza por este hermoso cañón del que venimos hablando, recorre 14 municipios, cuyos desechos, desde hace muchos años, son arrojados diariamente a él. Si sumamos la población de sólo cinco de tales municipios: Tuxtla Gutiérrez, Chiapa de Corzo, Berriozábal, Acala y Chicoasén, veremos que se trata de más de medio millón de habitantes. En total, se hallan involucradas en este problema 180 comunidades y colonias del estado. ¡Todas arrojando sus desechos diariamente al río que pasa por el cañón del Sumidero!

Los mencionados desechos se acumulan sobre todo en un punto conocido como “El tapón”, y esto ocurre sobre todo en los meses de septiembre y octubre, cuando las lluvias son más abundantes.

“Es la zona donde se estrecha el río —ha afirmado el biólogo Jerónimo

Domínguez, del Instituto de Historia Natural—, y allí se acumulan desde plantas, flora flotante, lirio, troncos, madera talada o desgajada naturalmente, mucha basura, plástico, latas y metales.”

“El ‘tapón’ de basura llega a tener cien o 120 metros de largo. Las autoridades y los ciudadanos que con ellas colaboran en los trabajos de limpieza se tardan entonces hasta media hora o cuarenta minutos en atravesarlo”, advirtió Sergio, uno de los lancheros que cada día se encargan de transportar a los visitantes. Y continuó: “Los turistas nos dicen que éste ya no es el cañón del Sumidero, sino el cañón del basurero”.

Y hablando de otro factor que incide en esta problemática, cientos de pequeños afluentes desembocan en el Grijalva a su paso por el cañón. Pero, por ejemplo, en Berriozábal, municipio cercano a Tuxtla Gutiérrez, los arroyos están contaminados.

“Normalmente, cualquiera avienta su basurita, que ahí se queda”, dijo otra vez al respecto Antonio Centeno, habitante de ese mismo municipio. Y luego agregó: “Estos arroyos que desembocan en el cañón se han convertido en un verdadero tiradero; mire usted lo que encontramos: parte de un chasis de carro.” Y hasta animales muertos suelen encontrarse allí.

Ahora bien, de igual modo es necesario informar aquí al amable lector que el periódico *Infosel Financiero*, de Tuxtla Gutiérrez, informó, el 12 de agosto de 2005, que “Trabajadores de la Comisión Nacional de Áreas Naturales Protegidas (Conanp) y de la Secretaría de Turismo de Chiapas extraen diariamente alrededor de 12 toneladas de basura del río... y aun



así no logran despejarlo.” En la campaña anual de limpieza del lugar se recogen más de sesenta mil toneladas de basura. Pero el problema resurge año con año y se agudiza, como ya dijimos, en la época de las lluvias.

A la entrada del cañón, escondidos entre los árboles, yacen los restos de un centro ceremonial chiapaneca, dedicado tal vez a Mandanda, la diosa que aun hoy los tzotziles reconocen como patrona del agua. Quizás para los miembros de dicha etnia la diosa siga hoy presenciando el desarrollo y los padeceres del Sumidero.

El gran fenómeno geológico que es este cañón aparece en el escudo de Chiapas, pues se sabe que cuando la Conquista fue escenario de una batalla decisiva entre españoles y chiapanecas. Aquel hecho dio origen a esta leyenda:

Al poco tiempo de haber llegado los invasores, los chiapanecas se revelaron contra ellos y se negaron a pagarles los tributos que les pedían. Para sojuzgarlos, los españoles organizaron una fuerza al mando del capitán Diego de Mazariegos. En enero de 1527 la expedición emprendió la marcha, siguiendo el mismo camino que antes había recorrido Luis Marín, el descubridor de la región. La expedición pasó por Quechula y siguió hacia la margen izquierda del río, internándose hasta llegar a Usumalpa (hoy San Fernando). De allí siguió el camino de Tamasolapa, hasta Tochtla (hoy Tuxtla Gutiérrez), donde la tropa acampó. Al día siguiente, cuando estuvo a la vista de Soctón, ciudad de los chiapas, Mazariegos habló a los guerreros por medio de un intérprete, invitándolos a la paz y a la obediencia al rey de España.

—¡Ya veis que os ofrezco la paz con las armas en la mano, y que os he vencido en más de dos encuentros, para que podáis creer que esta proposición sea una emanación del temor que me hayáis podido inspirar! ¡Persuadido como estoy de que sólo falsa gloria es incompatible con la humanidad, con el incendio y el destrozo, al hacéroslo me cuido poco de si atribuiréis o no a impotencia lo que no es más que filantropía!

Los chiapanecos respondieron con gritos, silbidos y descargas de piedra, y se replegaron a las peñas, dispuestos a la lucha. La batalla se generalizó con valor y coraje por parte de los dos bandos. Los chiapanecas peleaban como leones furiosos, según expresa Remesal, “hasta que no pudieron levantar los brazos” y, viéndose perdidos, fueron arrojándose desde la parte más alta con sus mujeres y sus hijos, terminando esta batalla en heroísmo.

—¡Nunca nos someterán, hombres blancos, pues todos nosotros moriremos antes de que nuestras familias sean ultrajadas por ustedes! —les gritó el rey de aquel pueblo mayense desde la cima, y al frente de su pueblo, a los soldados españoles que los perseguían.

Este relativo triunfo de los conquistadores motivó que el rey Carlos V otorgara a la capital de la provincia, la actual San Cristóbal, el escudo que ahora pertenece a todo el estado.

Demos ahora la palabra a la investigadora Calixta Guiteras Holmes, como lo habíamos anunciado hace unos momentos. Con base en la problemática aquí expuesta, ella le preguntó un día a un tzotzil, llamado Manuel, qué clase de



animal era el Popchón —como él y los de su pueblo lo llaman—, que a veces tapaba el “camino del agua” en los ríos de la región.

Manuel dijo:

—Era culebra de petate, como se llama. Era culebra que estaba tapando el agua. Y también le dijo Manuel a la investigadora:

—La *x'Ob* de Magdalena mató al popchón; ella es una muchacha galancita, bonita. Es una muchacha virgencita, porque es el Alma del maíz. Pero hay otro espíritu: el Xulubchón, una culebra con cachos; es la que está en el agua; arrastra las piedras grandes, los árboles dentro del río. Cambia el camino del agua. Cuando yo era chiquito, me bañaba en un lugar, y por allí fue abriendo su camino el Xulubchón. Ahora hay que bañarse en otro lado.

Y, a propósito del acto de bañarse, en el municipio de Berriozábal, en el arroyo denominado la “Poza de la Bruja”, los jóvenes procuran hacerlo en agua limpia, llevando a cabo actividades de saneamiento, aunque por los alrededores prevalece lo contrario: “Pues simplemente nos ponemos de acuerdo con los chavos —comentó a sus entrevistadores Joaquín, joven del lugar—, y vamos a trabajar en la poza para que esté limpia; si hay basura, la arrancamos.”

“La contaminación del Sumidero es un problema permanente —indicó Odetta Cervantes Bieletto, subdirectora de Parques Nacionales de Chiapas, de la Conanp—, porque se origina en el mal

hábito que tenemos los mexicanos de tirar la basura en cualquier parte... No se trata de limpiar y limpiar, sino de no ensuciar. Se trata de que las personas de todas esas comunidades y colonias dejen de disponer así de su basura.”

Las labores de limpieza en el Cañón del Sumidero son permanentes durante la temporada de lluvias, y en ellas participan no sólo trabajadores de la Conanp y de la Secretaría de Turismo, sino las cooperativas de lancheros y, como ya se sugirió en párrafos anteriores, numerosos voluntarios.

De acuerdo con información de la Secretaría de Turismo, en el año 2001 se sacaron del cañón 4 mil 400 toneladas de madera, 905 toneladas de lirio acuático y 16 mil 500 bolsas con plásticos; y en el 2002 se extrajeron 2 mil 985 toneladas de madera, 246 de lirio acuático, 295 de rellenos y 13 mil 726 bolsas de plástico.

Antes, esos desechos eran trasladados al basurero; pero desde el 2003, cuando el Parque Nacional “Cañón del Sumidero” quedó bajo la administración de la Conanp, los plásticos se reciclan y la madera se entrega a las comunidades, para tratar de reducir la tala allá en lo alto de las montañas.





* Sin ser una leyenda, el presente texto muestra una situación que da margen al nacimiento de una de ellas en nuestros propios días. Su propósito principal es, desde luego, llamar a la conciencia en pro de la conservación ambiental.

Referencias

CEBECH Dr. Belisario Domínguez, Chiapas,
rarchila@chiapas.net

chiapas.turista.com.mx

Guiteras Holmes, C, "Visión de las cosas", Los peligros del alma.

Visión del mundo de un tzotzil, Primera Ed. en español, Fondo de Cultura Económica, México, 1965.

www.terra.com.m/noticias/articulo/167516

<http://redescolar.ilce.edu.mx/redescolar/publicaciones/publicaciones/prodigios/sumidero/sumidero.htm>

[www.cfe.gob.mx/es/La Empresa/generacionelectricidad/visitasvirtuales/chicoasenhidroelectrica/](http://www.cfe.gob.mx/es/La_Empresa/generacionelectricidad/visitasvirtuales/chicoasenhidroelectrica/), CFE, Comisión Federal de Electricidad, Chicoasén, hidroeléctrica.

www.mexicodesconocido.com.mx.../bellezas_naturales/detalle.cfm?idpag=1796&idsec=6&idsub=0

www.mexicodesconocido.com.mx.../parques_nacionales/detalle.cfm?idpag=4450&idsec=7&idsub=0

www.esmas.com/noticierotelevisa/investigaciones/467757_html
www.panamundo.com/turismo-chiapas.html

www.senado.gob.mx/medalla_belisario.php?lk=docs/1963.html
www.sumidero.com

www.sumidero.com/infochiapas.html

www.viajapormexico.com/Home_Sub/RutaTuris_3a.htm,
Mundo Maya.

El libro *Leyendas del agua en México* se terminó de imprimir el mes de febrero de 2006, en los talleres de Carlos Alvarado Bremmer-Impresión y Diseño, Av. Río Churubusco 2005, Col. El Rodeo, Delegación Itztacalco, 08510, México, DF. La edición consta de mil ejemplares.

